

El resplandor de la palabra judía

Antología
de la POESIA ÍDISH
CONTEMPORÁNEA

Selección y versión
de ELIAHU TOKER



ediciones
ARTE & PAPEL

EL RESPLANDOR DE LA PALABRA JUDÍA

Antología de la poesía
ídish del siglo XX

Selección y versión de
ELIAHU TOKER

Introducción de Itzjok Niborski

Edición electrónica exclusiva de la Fundación Internacional
Raoul Wallenberg y la Casa Argentina en Israel Tierra Santa



DEL MISMO AUTOR

Poesía

- **Piedra de par en par** (1972)
- **Lejaim** (1974)
- **Homenaje a Abraxas** (1980)
- **La caja del amor** (1986)
- **Papá, mamá y otras ciudades** (1988)
- **Saga Judía** (1990)

Traducciones y Antologías

- **En sí** (poemas de Jacob Glastein, 1968)
- **H. Leivik** (1972)
- **Muestra de la poesía Idish del siglo XX** (1976)
- **Poesía de Avrom Sútzever** (1983)
- **A mi viejo** (1985)
- **Refranero Judío** (1986)
- **Celebración de la palabra, Poesía Judía** (1989)
- **Las picardías de Hérshle** (en colaboración, 1989)
- **Del Edén al Diván, Humor Judío** (en colaboración, 1990)
- **Feliz Bar Mitzvá, el libro de los 13** (1990)
- **Las ídiche mames son un pueblo aparte** (en colaboración, 1993)
- **Alberto Gerchunoff, entre gauchos y judíos** (1994)
- **Feliz Bat Mitzvá** (1994)
- **Sus nombres y sus rostros, Álbum sobre las víctimas del atentado del 18 de julio** (en colaboración, 1995)
- **Iluminaciones de los salmos / Iluminaciones del Talmud / Iluminaciones del Rabí de Kotsk / Maldiciones judías / Iluminaciones de la Cabalá** (1995)

Obras traducidas del ídish y del hebreo

- **Cuentos**, de Osher Shuchinsky (c. 1980)
- **Mi madre el general**, de Eli Saghi (1982)
- **Cantar de los cantares** (1984 y 1994)
- **Máximas de los maestros, Pirke Avot** (en colaboración, 1988)
- **Colonia Mauricio**, de Marcos Alpersohn (1991)
- **Hagadá de Pésaj** (1992)
- **El canto del pueblo judío asesinado**, de Katzenelson (1993)

En tapa:
¡Avanti!
de Marc Chagall

Diseño Gráfico y Tapa: Ester Gurevich

© 1996 Ediciones ARTE y PAPEL
Larrea 674 - 2o p. / Tel. (54-1) 961-7782
(1030) Buenos Aires / Argentina

Hecho el depósito de Ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

I.S.B.N. 987-9115-04-X

Introducción

EL ÍDISH Y SU POESÍA

Allá por el siglo X, contemporáneamente con la génesis de la mayoría de las lenguas europeas, en las ciudades ubicadas junto al curso medio del Rin, comienza a nacer el ídish. Se forja en el seno de comunidades judías recientemente llegadas del norte de Italia y norte de Francia con su bagaje de hablas románicas, enriquecidas por el hebreo-arameo siempre viviente en los estudios talmúdicos y en la liturgia. De estos elementos, a los que se suman el medio-alto alemán hablado por la población circundante y —más tarde— las lenguas eslavas, surge el ídish.

La síntesis de la nueva lengua no fue un proceso mecánico, sino sumamente creativo y complejo. Las formas y estructuras por ella seleccionadas de entre sus componentes, experimentaron notables transformaciones fonéticas, morfo-lógicas, sintácticas y semánticas, hasta convertirse en un instrumento original, de gran ductilidad y productividad, que resume de manera incomparable la mentalidad y experiencia de sus hablantes a lo largo de todo un milenio. "Nacido de una voluntad de explicar, simplificar y aclarar las enormes complejidades del hebreo, de la Biblia y del Talmud, surge espontáneamente. un idioma accesible a todos, una lengua sin vueltas ni ceremonias, que 'se habla por sí misma'. No tiene vías embrolladas ni pozos peligrosos. Está llena de ternura y sabiduría, de la sencillez y cordialidad de las madres bondadosas. Contiene muchas de las savias del alma judía" (Abraham Joshúa Heschel).

Desde su origen hasta fines del S. XVIII el ídish estuvo en constante expansión, y fue el principal medio de comunicación oral de toda la judeidad europea, de Holanda a Ucrania, del Báltico hasta Italia, e incluso ente los grupos judíos ashkenazíes (históricamente oriundos de Alemania) en los Balcanes y en la tierra de Israel.

Ya en el S. XV se desarrolla una lengua literaria relativamente homogénea, que queda fijada como norma hasta el S. XVIII, cuando se inicia la acelerada evolución que desembocará en el ídish literario moderno. Superando barreras entre dialectos y limitaciones resultantes del antiguo estilo de vida, la lengua llega al apogeo de su desarrollo y difusión en la centuria que precede a la 2ª Guerra Mundial.

Su utilización en la escuela y en la labor científica contribuye a ampliar su vocabulario, pero es la poesía moderna la que más aporta al desarrollo de las potencialidades del ídish, enriqueciéndolo asombrosamente a partir de sus recursos internos.

Con la emigración masiva de judíos de Europa oriental a fines del S. XIX y comienzos del XX, los hablantes del ídish llegaron a todos los confines del mundo. En las Américas (principalmente en Estados Unidos y la Argentina), lo mismo que en Israel, Europa occidental, Australia y Sudáfrica, continúa el uso y desenvolvimiento de la lengua en la escuela, el periodismo, el teatro y la creación literaria. El número de hablantes, estimado en 11 millones en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, mermó sensiblemente como consecuencia del genocidio (1939-1945), de las crecientes restricciones en la URSS a partir de 1930 (que culminaron con el exterminio físico de los principales escritores hacia 1952) y de la tendencia masiva al empleo de otras lenguas. No obstante, el conocimiento del ídish —a menudo como segunda lengua— está muy difundido entre los judíos ashkenazíes, y el interés por su estudio ha ido creciendo pese a la declinación de su uso. Actualmente el ídish, su folklore y literatura son estudiados en numerosas universidades de Israel, América del Norte y Europa occidental.

Entre los siglos XIV y XVIII la antigua literatura ídish alcanza un notable grado de evolución y un enorme influjo en las masas populares. La etapa culminante transcurre en los siglos XVI y XVII, cuando aparecen obras de la envergadura del poema de caballerías "Bove-Buj", de Eliohu Bójer; la colección de cuentos populares "Maise- Buj", las memorias de Glikl Hamel, la difundidísima traducción y comentario del Pentateuco para uso de mujeres, conocida como "Tzeneurene", y muchas otras. En general, en dicho período se cultivan en ídish di-versos géneros de creación literaria, y se producen obras de variados temas y pro-porciones: religiosas y seculares, morales-didácticas y picarescas, líricas y épicas, devotas y eróticas, originales y traducidas. Desde 1750, el movimiento jasídico —corriente hondamente renovadora de la religiosidad judía— aporta el tesoro de las enseñanzas impartidas por sus grandes maestros en forma de fábulas y relatos, entre los cuales sobresalen por su alto valor artístico los cuentos del Rabí Najmen de Braslev (1772-1811).

En el XIX cunde en Europa oriental el Iluminismo, movimiento que pro-pugna la modernización y secularización de la vida judía, para adaptarla a los grandes cambios socio-económicos y políticos que la afectan. Aflora entonces una copiosa literatura en ídish, orientada hacia la masa popular y con la aspiración de influir en ella. Pronto el estilo propagandístico inicial va cediendo paso a ex-presiones de mayor calidad artística, con las cuales se abre, en la segunda mitad del siglo, la etapa más fecunda de esta literatura.

Se registra a partir de entonces un desarrollo vertiginoso en todos los órdenes: en unas pocas décadas, la lengua literaria se depura y enriquece, la temática se diversifica, se refinan los criterios estéticos, se acuñan diversos estilos, se cultivan géneros no empleados hasta el momento y surgen escuelas, corrientes y agrupaciones literarias. Méndele Moijer-Sforim (1836-1917), Sholem-Aléijem (1859-1916) e Itzjok-Leibush Péretz (1852-1915) son los primeros protagonistas

de esta compleja evolución. A partir del último, la literatura ídish se va des-vinculando, paulatinamente, de la temática costumbrista —enfocada de manera crítica o benévola—, y va ganando plenitud como literatura de una nación, es decir, como el conjunto de realizaciones individuales de una cultura nacional y de aportes individuales a la comprensión de cuestiones nacionales.

Los comienzos de la poesía ídish no están registrados, pero los testimonios que se han conservado (desde el S. XIV) permiten inferir, en base a la avanzada técnica poética que revelan, una considerable prehistoria literaria.

En aquella primitiva poesía influyeron notablemente los modelos políticos germanos medievales y las traducciones literales (orales) del texto bíblico, que otorgaron al primer ídish literario una estilización ausente por completo en el lenguaje coloquial de la época. Gran parte de esa poesía estaba destinada a ser ejecutada por recitadores ambulantes. Se han conservado poemas épicos sobre temas europeos generales, especialmente de caballerías (el ciclo del Rey Arturo), o sobre temas bíblicos (el Libro de Samuel, el Sacrificio de Isaac, etc.), en versiones de los siglos XIV y XV. La métrica hasta esa época sigue, en general, a la de la poesía germana. Con Eliohu Bójer (1469-1549), creador de dos grandes poemas de caballerías, la poesía ídish se adelanta en más de un siglo a la alemana en la adopción del esquema métrico italiano de la "ottava rima". En la evolución posterior se vuelven a notar influencias de la poesía alemana, así como de la liturgia hebrea, tanto en lo que hace al texto como al acompañamiento musical indicado en muchos casos.

En el S. XIX se desarrollan paralelamente dos vertientes de la poesía ídish: por un lado la canción popular alcanza una gran vigencia en el plano genuinamente folklórico y también a través de las improvisaciones rimadas de los "bad-jonim", poetas cuya función consistía en animar casamientos con recitados de contenido entre burlón y moralizante. Por otra parte, los escritores de corte moderno, inspirados por el Iluminismo, se sienten constreñidos por las limitaciones que implica la falta de una tradición poética secular tan continua como la de otras literaturas europeas. En la segunda mitad de siglo XIX se produce la confluencia entre ambas vertientes. Los poetas cultos descubren la poesía popular y adoptan en muchos casos el esquema métrico y tonal de la canción folklórica. Ilustra esta confluencia una figura como Eliokum Tzunzer (1836-1913), a la vez "badjn" y poeta iluminista, uno de los anunciadores del sionismo en la literatura. Otros ejemplos: Avrom Goldfaden (1840-1908), padre del teatro y de la ópera en ídish; Mark Warshawski (1848-1907) y Zelik Bardíchever (1898-1937). Ya en plena etapa moderna, los ecos de la canción popular seguirán resonando en las obras de Moische Leib Halpern e Itzik Manguer, pero con un mayor grado de refinamiento y complejidad. Es que, al calor de los movimientos sociales y nacionales en auge a fines del S. XIX, la poesía para ser cantada va cediendo lugar a la poesía para ser recitada: S. Frug (1860-1916), I. L. Peretz y M. Rosenfeld aportan una profundidad y una vehemencia que no dejarán de estar presentes en ningún ulterior retorno al modelo popular.

La poesía ídish moderna se asume como apta para tocar todos los temas y aplicar todas las técnicas propias de la poesía occidental. La enorme dispersión

geográfica de sus creadores y lectores le confiere un carácter singularmente cosmopolita dentro de su tonalidad definidamente nacional.

En la era moderna, los acelerados procesos de urbanización, industrialización, secularización y emigración, que afectaron a las grandes concentraciones judías de Europa Oriental, hicieron cambiar de cauce a una enorme corriente de energía creadora, volcada hasta entonces en el tradicional quehacer de estudiar y comentar la Ley judaica. Gran parte de esa energía fue a parar al quehacer poético.

La poesía judía, en ídish tal como en hebreo, se convirtió, al despuntar el S. XX, en poesía de avanzada, concitadora de la más decidida adhesión popular, pe-se a que en siglos anteriores se había visto reducida a un rol relativamente modesto. Con pasmosa rapidez, la poesía ídish asimiló a grandes rasgos la preceptiva y también la imaginería política occidental —europea o americana—, constituyéndose en instrumento y expresión de una fecunda síntesis entre lo oriental y lo occidental, a través de lo judío y lo europeo.

El siglo XX encuentra a la judeidad inmersa en un complejo de procesos críticos simultáneos: luchas sociales en Europa y en América, forcejeos nacionales en Europa y en la tierra de Israel, secularización y pauperización en Europa oriental, secularización y ascenso económico-social en las Américas, surgimiento —en todas partes— de una clase intelectual secular y de una variada gama de problemas de identidad. La poesía ídish, en su momento de apogeo, re-coge y refleja todo ese intrincado panorama, y se integra con toda su carga a las corrientes y problemas del mundo contemporáneo. Aparece una acentuada receptividad ante las evoluciones de otras literaturas, al tiempo que se desarrollan recursos propios para la aprehensión de lo moderno.

Hasta alrededor de 1930 se da una proliferación de movimientos y agrupaciones que pretenden definir y orientar la poesía ídish en base a diversos enfoques ideológicos. Algunos de ellos ven en el compromiso político un marco unificador previo a la literatura. Otros, identificados con las corrientes modernistas, se aglutinan para poder apartarse de la política. De 1930 en adelante, el gregarismo literario se va a dar sólo en un sentido local. Cada vez gravitará menos la tendencia grupal, y los principales creadores, cualquiera haya sido el medio en que se formaran, se irán perfilando más por su individualidad que por su adscripción a determinada escuela.

En Estados Unidos, tras una primera oleada de poetas inspirados por la temática social, varios de ellos imbuidos de un notorio espíritu popular y nacional (Reizen, que inmigró con una gloria literaria ya ganada, Rozenfeld), aparece el grupo "Di lungue" (Los Jóvenes), de Mani Leib, Zishe Landau, I. I. Shwartz, H. Leivik, M. L. Halpern y otros, que reaccionan contra la retórica y el embanderamiento político en poesía. De ellos, Leivik es quien mayor estatura cobraría posteriormente, tanto por su finura lírica como por su honda preocupación —en el plano de la religiosidad más que en el de la política— por los problemas de la libertad, la conciencia y la redención. Halpern, en cambio, lo mismo que su coterráneo y amigo Moishe Nadir, fluctuará entre una militancia de izquierda (incluso periodística) sin demasiadas ilusiones, y la expresión

atormentada, a veces cínica, de las angustias y euforias erráticas del hombre desarraigado. Un poeta contemporáneo de los "lungue", pero mal comprendido por éstos, fue A. Lutzki, creador de un género peculiar, muy apto para ser de-clamado por un recitador-mimo, a caballo entre lo filosófico y lo trovadoresco.

Hacia 1920 un nuevo grupo, llamado "In Zij" (En Sí), sin dejar de reivindicar, al igual que los "lungue", el derecho a la expansión subjetiva y ala independencia ideológica, cultiva una poesía introspectivista, más intelectualizada y comprometida con las vicisitudes de la realidad. Los portavoces del grupo son Glantz-Leieles, Minkov y Glatshain. Este último emerge en la etapa siguiente como una de las individualidades más rotundas de la literatura ídish anterior y posterior a la Segunda Guerra Mundial, forjador de imágenes audaces y de creadones verbales insólitas, de las que se desprende su celo militante por la perduración de la conciencia nacional judía.

También por 1920 se formaba en Polonia una tendencia emparentada con el expresionismo alemán, de la cual es exponente el grupo "Di Jaliastre" (La Pandilla, orientado entre otros por M. Ravich y Uri Tzvi Grinberg), como también Arn Tzeitlin, etc. Su propósito es dar cabida en la poesía a lo caótico de la imagen, a lo cruel y clamoroso que, más allá de todo realismo, conforman la experiencia contemporánea. Uri Tzvi Grinberg es el exponente más cabal de esa etapa en cuanto poeta ídish, pues cesó prácticamente de crear en esa lengua al establecerse en Israel. Ravich y Tzeitlin siguieron cultivando, en su etapa norteamericana, una poesía agitada, anticlásica, que a menudo toma la forma de un inquieto diálogo con Dios.

Muchos poetas escribieron en ídish en Rusia después de la revolución de 1917. Los que por entonces eran ya hombres maduros o tenían hondas raíces en la tradición judía, enfrentaron el dilema de manejar un universo cultural mucho más vasto de lo que la "cultura proletaria" oficial estaba dispuesta a tolerar. Dovid Hofshstein, quien abandonó ese marco para pasar por una activa experiencia en Berlín y Eretz-Israel, y retornó luego a la URSS movido por la nostalgia de la tierra natal, es quien más patéticamente simboliza, de todos ellos, el drama del aherrojamiento de una conciencia nacional, drama que comparte con Shmuel Hal-kin y Leib Kvitko. Péretz Markish, surgido de la "Jaliastre" como un talento arrollador, protagonista de un nuevo génesis estético pretendidamente libre de vínculos con el pasado, llega a experimentar, sin embargo, una tensión similar y creciente tras su radicación en la URSS, hacia 1923. Otros, más jóvenes, producen poesía genuinamente identificada —no como forzada concesión al "proletcult"— con el espíritu soviético. Es el caso de Izi Jarik y más aún de Itzik Fefer, quien combina un impresionante virtuosismo técnico-poético con una máxima capacidad de acomodamiento a la realidad totalitaria. A todos ellos, lo mismo que a los autores llegados más tarde a la URSS tras consagrarse en el extranjero (Kulbak, Shternberg) los une, por encima de sus muchas disparidades, el lazo de un destino común: la liquidación (1937-1952), o bien el languidecimiento en una cárcel espiritual, como sobrevivientes resignados de una doble catástrofe.

Los núcleos locales que se constituyen en Europa en vísperas del genocidio, aunque no se centran en ningún credo ideológico o político compartido, tienen sin embargo rasgos que caracterizan a cada uno. En Polonia, Iejjel Lerer, Moshe

Knaphais y Ioisef Rubinshtein desarrollan una poesía esencialmente descriptiva, propensa a la creación de extensos poemas con elementos de crónica. En cambio "lung Vilne" (Joven Vilna), donde se revelan Avrom Sútzever, Jaim Grade, Eljonon Vogler, Leizer Wolf y otros, se destaca por la audacia de las imágenes, la riqueza de vocabulario y rima, la elegancia y la variedad de las formas.

La guerra y el genocidio determinan un viraje notable en la creación de los poetas judíos sobrevivientes y de aquéllos que aparecen después. Se borran corrientes y nucleamientos. Se nota una reconcentración en la temática nacional y, en la lírica, el reflejo de hondas maduraciones individuales. En el renacido Estado de Israel confluyen poetas veteranos y jóvenes, establecidos allí desde tiempo atrás o llegados después de la independencia: Ioisef Papiérnikov, Arie Sham-ri, lankev Fridman, Moishe Iungman, Rojl Fishman y muchos más, despliegan la noble diversidad de sus estilos y tonalidades sobre el contradictorio fondo histórico de la catástrofe y la reconstrucción.

En todas partes donde la poesía ídich palpita actualmente, exhibe entre sus logros —además de la elaboración individual y colectiva del duelo que ha sido una de sus grandes funciones en los últimos cincuenta años— una aguzada vigilia ante los vaivenes de la realidad, una sensibilidad lírica extremada y un ce-lo maravilloso por la pureza y originalidad del idioma, de estas palabras judías que, al decir de Glatshstein, fueron confiadas a los poetas en ídich "sobre los Montes Sinaí de los pueblitos judíos".

Itzjok Niborski

Prefacio

CLAVES DE UN INTENTO DE TRANSUSTANCIACIÓN POÉTICA

A través de su historia, y particularmente en lo que va del siglo XX, el pueblo judío ha producido, y continúa produciendo, *poesía judía* tanto en ídish como en hebreo, y también en inglés, francés, castellano y otras lenguas. No se me escapa, por lo tanto, que generalizar titulado *EL RESPLANDOR DE LA PALABRA JUDIA* a una antología dedicada exclusivamente a la poesía ídish, puede resultar abusivo. Pero mediante este título intenté sugerir que con esta obra no me propongo una aproximación erudita, histórica o apologética a dicha poesía, sino permitir que por boca de los poetas contemporáneos de lengua ídish, se exprese el alma judía conmovida por el amor, la belleza, la condición humana, la naturaleza, la muerte. Es decir que volcándolos al español, pretendo compartir ese judaísmo actual, riquísimo, uno y múltiple, vivo y vital, que se manifiesta a través de la palabra de estos poetas.

Dice el Talmud que *quien traduce literalmente es un falsificador*. Un idioma es un organismo vivo que condensa la esencia de un pueblo y la transmite de padres a hijos. Trasvasar esa esencia a la lengua de otro pueblo, significa luchar con cada palabra como Jacob con el ángel, para que se entregue y nos bendiga. Y apelando la poesía a las connotaciones más sutiles de cada vocablo, sacar a un poeta de su idioma original, implica comprobar que cada uno de sus versos late empapado de sobreentendidos, asociaciones, símbolos y sugerencias cuyo código subyace en la cultura y en las experiencias comunes al grupo humano del que proviene el poeta y cuyo idioma maneja. Traducir poesía supone, por lo tanto, deshuesar cada palabra, pesar cada verbo, paladear larga, reiteradamente, con el oído y las manos, en ambos idiomas, cada verso primero, la poesía como una unidad después, hasta lograr —sin que se evaporen poeta ni poesía— que un mismo canto resulte transparente y cargado de sentido a personas de cultura diferente, que parten de experiencias distintas.

Para concretar esta transustanciación poética del ídish al español, seleccioné autores y textos aplicando un criterio absolutamente subjetivo. No incluí necesariamente lo más representativo de cada tendencia, movimiento o autor, desde el punto de vista de un crítico o de un historiador literario, eligiendo en cambio aquellos textos dotados, a mi juicio, de una atmósfera poética genuina y pasible de ser vertida al castellano sin que se evapore, preocupándome más por serle fiel al aliento poético y a las sutilezas de la imagen y del idioma, que a la métrica o a la rima.

Mi primer plan contemplaba seleccionar una treintena de autores, pero su búsqueda puso en marcha una suerte de pesca milagrosa que —de un modo ingobernable— fue multiplicando el número de los poetas elegidos. Así, en el curso de una tan prolongada como placentera inmersión en el oceánico mundo de la poesía ídish contemporánea, los treinta se volvieron cuarenta, cincuenta, sesenta, y detenerme en setenta fue una de-cisión absolutamente desesperada y arbitraria. Conocedores de esta literatura habrán de reprocharme, y con razón, el no haber incluido a Frug, a Liesin, a Wogler, a Kerler, a Taliesin, a. Pero la producción poética de primera línea de este siglo en ídish fue —y es aún— tan generosa, que incluso duplicando la cantidad de poetas incorporados, continuaría omitiendo voces valiosas.

En lo que hace a los textos incluidos, muchos autores están representados solamente por uno o dos poemas en tanto que otros conforman verdaderas microantologías dentro de esta obra. También aquí juega el juicio subjetivo del compilador para quien, al seleccionar el material de algunos poetas, lo trabajoso consistía en decidir qué incorporar, mientras con otros la dificultad radicaba en decidir qué no incluir.

El ordenamiento de esta obra sigue una pauta cronológica, —el año de nacimiento de los autores—, adoptando de esta manera el criterio de muchas de las antologías consultadas. La variante que me permití introducir fue comenzar con el autor más joven en lugar de hacerlo con el mayor. Esta inversión del orden usual responde al deseo de allanar la lectura, dando la primera palabra a los poetas más cercanos en el tiempo, y dejando que sea el lector quien vaya internándose luego en el universo de los poetas anteriores.

Con la sola excepción de Itzjok Leibush Péretz —cuya narrativa encontrara traductores y editores en nuestro idioma— puede decirse que prácticamente todos los poetas incluidos en este volumen le resultan desconocidos al lector de lengua española; no existe en este idioma, por ende, tradición alguna en lo que hace a la escritura de sus nombres y apellidos. Hubo que optar entonces entre una castellanización forzada de los mismos o su transliteración aunque suenen un tanto exóticos. Opté por esta última alternativa ya que la transcripción fonética resulta útil para

que el lector se familiarice, aunque sea mínimamente, con el sonido del ídish y además para que quienes hayan leído a los autores en el original, los reconozcan sin tropiezos.¹

Una vez adoptada la transliteración de nombres y apellidos, hubo que decidir el modo de ponerla en práctica, tomando en consideración que ciertas letras del alfabeto hebraico no cuentan con un grafismo de sonido equivalente en español. Sin detenerme en sutilezas idiomáticas —que estarían fuera de lugar en una obra cuyo objeto no es la lengua ídish como tal— en las últimas páginas, al pie de la Guía de datos biográficos, se mencionan los principales problemas de transcripción y las convenciones elegidas para salvarlos.

La *Guía de datos biográficos* de los poetas antologados, que se incluye al final, nació como simple papel de trabajo, listado resumido de los principales ítems biográficos de sus fichas, y su único fin era servir al ordenamiento de la antología. Pero a medida que los datos fueron encolumnándose, comenzaron a relacionarse espontáneamente entre sí y a transformarse en una fuente de inesperadas asociaciones de ideas. Permiten visualizar, por ejemplo, que solamente un integrante de esta muestra, Rojl Fishman, nació fuera de Europa oriental, o comprobar el desplazamiento de la creación ídish de los centros americano y europeo al israelí. Entendiendo que el lector atento puede extraer otras ideas y conclusiones de este papel de trabajo, decidí incluirlo.

La bibliografía elegida que va al final del volumen, no se refiere a los libros utilizados para confeccionarlo, sino que incluye, a título ilustrativo, algunas de las antologías de poesía ídish aparecidas en diversos idiomas en lo que va del siglo e indica algunos estudios y textos valiosos referidos a esta lengua y su literatura. A pesar de no tratarse de un listado exhaustivo, en el caso del idioma español no tengo conocimiento de que haya mucho más que lo poquísimos que se mencionan. Por el contrario, en inglés existe una amplísima bibliografía sobre el tema, de la cual sólo se traen algunos ejemplos. En Israel se registra ahora un interés especial por la lengua, la cultura y la literatura ídish, pero a esta parte del mundo llega muy poco de lo que se produce en hebreo en este campo. También en idioma alemán aparecen en los últimos años antologías y estudios relacionados con la lengua que nos ocupa, hecho llamativo pero cuya explicación tal vez resida en un lógico interés por investigar los elementos del alemán antiguo que se conservaran vivos en el ídish, tal como los estudiosos del español los rastrean en el judezmo.

Una decisión importante a adoptar al darle forma definitiva a esta obra, se refirió a la escritura del nombre mismo del idioma cuya poesía

nos ocupa. La ignorancia reinante en el mundo de habla hispana respecto del ídish y su cultura, adquiere expresión gráfica en el caos imperante en la transcripción española de su nombre.² Lo usual es encontrarlo escrito según la grafía inglesa, *yiddish*, seguramente porque muchas de sus obras literarias llegan al castellano retraducidas del inglés.³ Los intentos de españolización parten a veces de esta versión a la que se le agregan y quitan letras; así podemos encontrarlo escrito *iddish*,⁴ *yiddi*⁵, *ídiz*⁶ y demás variantes. En algunas obras aparecidas recientemente en España parece imponerse un nuevo modo de identificar a esta lengua: *yídico*⁷

En nuestro medio sólo comienza a perfilarse un criterio más acorde con el español entre quienes traducen directamente de aquel idioma. Salomón Resnick y Luis Karduner adoptan la grafía ídisch, el primero con acento tácito. Lázaro Schallman, argumentando que resulta tan incorrecta para el castellano la sch alemana como la sh inglesa, sostiene que para decidir el modo de expresar la shiti hebraica hay que considerar que "tanto en la cultura española como en la hispanoamericana ha desaparecido, o tiende a desaparecer, toda influencia cultural germánica abriéndose paso la anglosajona"⁸ por lo que escribe ídish. Acotemos todavía que, desde un punto de vista estrictamente académico, la ortografía de este vocablo debiera expresar el diptongo inicial (y consonante e i vocal) con que se escribe y pronuncia este término en su idioma original, tal como lo sostienen Lerman y Niborski, quienes por esta razón lo escriben yidish.⁹ Por mi parte, tomando en cuenta los argumentos de Schallman y considerando que no son los especialistas los destinatarios de esta antología, opté por la grafía más clara y sencilla: ídish.¹⁰

La presente antología es producto de una tarea que —períodos de mayor y menor intensidad mediante— tomó una veintena de años. Una de las mayores dificultades a sortear fue la falta de material actualizado en bibliotecas y librerías: el acervo de las principales bibliotecas judías de Buenos Aires no incluye la enorme literatura poética creada en ídish durante las últimas décadas. Sólo la gentileza de escritores y estudiosos que pusieron a mi disposición sus bibliotecas, ayudó a paliar este déficit, aun-que sólo parcialmente.

Al finalizar esta antología me queda la sensación de haber sido parte de una tarea colectiva; de haber dialogado con decenas y decenas de poetas —vivientes o no— a través de sus obras; de haber forcejeado con ellos palabra a palabra, golpeando y acariciando una y otra vez sus poemas con delicadeza y prepotencia, para adecuarlos a un idioma completamente diferente de aquel en el cual fueran concebidos. Estos poetas son en definitiva, los principales protagonistas de esta tarea colectiva, como lo son también aquellos que, de diferentes maneras y desde distintos roles, participaron en la gestación y concreción de esta obra. En este sentido la probidad

intelectual me obliga a dejar sentada de manera especial la deuda que tiene esta antología con Itzjok Niborski, Leonardo Senkman, Esther Rollansky, Mark Turkow, José Okrutni, Golde Flami, Jacobo Kovadloff, Abraham Platkin y Abraham Lichtenbaum. En cuanto a Baruj Hager y Lea Hager, con su entusiasmo contagioso y sus críticas apasionadas, se ganaron con creces que les fuese dedicada la primera edición (1981) de este Resplandor de la palabra judía, cuya preparación había patrocinado, en parte, la Memorial Foundation for Jewish Culture de Nueva York.

Eliahu Toker

1. De todos modos se incluyen en las biografías, señalados con un asterisco, el modo como aparecen transcritos en letras latinas en sus libros, los nombres de los poetas incluidos.
2. Sucede otro tanto en el idioma francés. En la introducción a su antología de poesía ídich en versión francesa, Charles Dobzynski acota: "YIDICH: esta palabra se escribe generalmente en francés según una grafía alemana: *yiddisch* o anglosajona: *yiddish*. ¿Por qué no adoptar, de una vez por todas, la grafía que conviene mejor al francés: *yidich*, fonéticamente y morfológicamente la más apropiada? Es lo que hice aquí respaldado por excelentes lingüistas." ("*Le miroir d'un peuple*", página 19. Demás datos, ver Bibliografía).
3. Por ejemplo, de las ediciones españolas de la obra de Bashevis Singer, lanzadas con motivo de su coronación con el Nobel de Literatura, la totalidad de las que tuve ocasión de consultar escriben *yiddish*, así, a la inglesa. Se trata de libros de tres editoriales distintas: Noguer ("Los herederos"), Planeta ("Un amigo de Kafka") y Plaza y Janés ("Gimpel, el tonto"), los tres con pie de imprenta en Barcelona y año de edición, 1978 los dos primeros y 1979 el último.
4. Contratapa de "El tribunal de mi padre" de Issac Bashevis Singer, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1979.
5. En "Teatro dramático judío", prólogo y traducción de Cristóbal de Castro; Manuel Aguilar Editor, Madrid, 1930.
6. Revista "Hereditad", publicación de la *Fundación para el Fomento de la Cultura Hebrea*, dirigida por Carlos M. Grünberg; N° 7/8, Buenos Aires, Julio-Agosto 1946. En el mismo número aparece también escrito con esta grafía: *ídisch*.
7. Ver "Historia del Pueblo Judío"; obra en tres tomos, dirigida por H. H. Ben Sassón, *Alianza Editorial*, Madrid, 1988.
8. "Diccionario de hebraísmos y voces afines" de Lázaro Schallman, *Editorial Israel*, Buenos Aires, 1952, pp. 15/16.
9. Introducción al "Diccionario Yidish-Español" de J. J. Lerman e I. Niborski, IWO, Buenos Aires, 1979.
10. Pese a que la mayor parte de los diccionarios españoles continúan utilizando la grafía inglesa: *yiddish*, reemplazándola alguna vez por *jiddish*, el Diccionario Gran Omeba, dirigido por Diego Abad de Santillán (Buenos Aires, 1966), en su sexto tomo utiliza esta misma grafía: *ídish*.

ROJL FISHMAN (ROKHEL FISHMAN*)
*nacida en 191935 en Filadelfia, Estados Unidos,
se radicó en 1954 en Israel, en el kibutz Bel Alfa.
Formó parte del efímero grupo literario ídish
israelí Iung Isroel –Joven Israel—. Autora de
varios volúmenes de poemas en los que prima una
suave ironía sazónada por la ingenuidad y el
desparpajo, falleció en Israel en 1984.*

Eslabón tras eslabón

*

Y sobre la mesa,
de nuevo entre nosotros,
una botella de paradoja.

Y tu voz crece de nuevo
eslabón tras eslabón

eslabón tras eslabón
descienden ojo y mirada

Sobre la mesa, entre nosotros,
Solo una botella de añeja paradoja
Y cada uno vuelca en ella
Su propio rostro
Y cada cual bebe de ella
Su propia sed

*

La cucharadita de memoria
se me deslizó de la mano:
estoy dele olvidar.
ya ni siquiera me asombro.
al comienzo
quedaba muy perpleja:
¿Cómo pude olvidármelo?
Pero ahora
Ya no me asombro.
Estoy dele olvidar
Y es apenas el comienzo.
Tal vez cuando lo olvide todo
sabré finalmente
qué quedó de mí.
Que se hizo de mí.

Miradla

¡Miradla!
Está lista.
Y serena.
Y seguro de tener razón.
Y la llevan, efectivamente,
en brazos.

¡Oh, la sandía!
en su integridad,
en su verdor,
en su pesada plenitud,
respira profundo
y sueña dulcemente.

Un mesías.
Una víctima.

La llevan en brazos,
y los ojos de todos
se sonríen

He aquí que golpean
—silenciosa, juguetonamente,
(como la puerta de un amigo)
con el dedo doblado—
en sus costillas.
“Y vio que era bueno”
Si el veredicto es: sirve,
entonces su amigo, el mejor,
ha de ser el primeron en apuntarle
con un cuchillo.

¡Oh, la sandía!
¡Roja su dulzura!
¡Dulce su rojez!
Su elogio, su recompensa,
sobre cada labio.

ALEXANDER SHPIGLBLAT, nacido en 1927 en Kimpolung, Bucovina, desde 1964 vive en Israel, en la localidad de Petaj—Tikva. Es secretario de redacción de *Di Goldene Keit*, la mas importante revista literaria ídish que aparece hoy en el mundo, auspiciada por la Histadrut, central de los trabajadores israelíes.

Ciegos

Ciegos atraviesan la muerte
con bastones blancos
que parten
las tinieblas.

Pasan
a otras tinieblas
de las cuales tal vez solos ellos,
los nacidos ciegos
distinguen el color

Huellas en el tiempo

Nadie deja
huellas en el tiempo
como pasos
marcados sobre arcilla.

Temprano y tarde
—dos heridas rojas—
asoman y se hunden
rítmicamente
como el causal de la sangre.

Y el tiempo
es una virgen;
una hermana del creador.

Sacrificio de palabras

Desmenuzo las palabras
en letras
y cada letra
en barras,
puntos,
como niños
que desarman un reloj
para dar con el corazón
que golpea, tic—tac.

Escombros de palabras
enmohecen sobre mis labios
y añoran la tierra
donde nacieran.

Sacrificio de palabras.
El ángel, nuevamente
llego demasiado tarde.

Fronteras

Las fronteras
me atraviesan
como rayos láser.

No existe *Hinterland*;
Sólo fronteras
Que cortan
Y parten
La superficie:
Un mapa
De fronteras.

Y sólo el miedo
posee la contraseña
para pasar.

MOISHE IUNGMAN (MOSHÉ YOUNGMAN*), nacido en 1922 en Jodorov, Galitzia Oriental, se encuentra radicado en Israel, en Kiriat Tivón, desde 1947, donde ejerce como director de una escuela primaria. Fue fundador de la revista del grupo literario *Iung—Isroel* (*Joven Israel*) que apareciera en Haifa entre 1954 y 1957. Autor de una vasta obra poética de calido aliento en la que el paisaje israelí encuentra expresión lírica, falleció en Israel en 1983.

Para mi hijo

*

Mi hijo se me escapa de las manos.
¿Es que podría acaso darle algo
fuera de mi luna agotada?

Botas de siete leguas tiene mi hijo
¿cómo podría retenerlo yo
con mi pequeño burrito mesiánico?

Mi hijo tiene horizontes azules ante sí
¿de que podría servirle mi plegaria
que alcanza apenas para la punta de su lengua?

*

Cada piedra que desgastó mi paso
vuelve a renovarse para él.
¡Qué alma enorme tiene la piedra!

Cada hoja que el viento arranco de mí,
ya tiembla de nuevo —verde—
en sus ojos.

Yo continúo corriendo aun
tras el sol poniente,
mientras que en su sangre
vive y se debate el sol en plena juventud.

*

Probó el mundo
y le queda a medida.

Ni un poema siquiera
ha de ser necesario retocar sobre él.

Ni una brizna de paja
habrá que quitar de entre sus cabellos.

Melones

Traen soles en pequeños asnos.
Oro en melones que rompe las alforjas.
Los asnos andan a paso lerdo, con rostro somnoliento,
Y van perdiendo sonos de campanilla, trino a trino.

La calle devora el sabor a melones desde portones y graneros;
se detienen de a uno y por parejas.
De pronto el mundo entero esta descalzo y repleto de sol,
de un sol pequeño, grato, cálido al tacto.

La gente anda borracha de sol de melones.
Las alcantarillas aparecen regadas de oro, con montes a lo lejos.
Con pequeños soles cabalgan hacia la tarde.

De pronto, se acabó. Las alforjas quedaron vacías, apagadas.
El vendedor se afana alrededor del asno
y aguarda, como antes, a que venga alguien y lo redima.

Vendedores de frutas

Llenan sus canastas con fruta prestada;
se hacen nudos en el corazón para no olvidar.
Arrastran la tarde a casa, hinchada de maldiciones
y sientan, a codazos y empujones, a los chicos a su alrededor.

Y cuando la luna escapa de los tejados
a mojar con telarañas azules la desnuda callejuela
extienden latas con sueños ante cada transeúnte
y no les alcanza para comer.

Ladino

Sótanos
donde se habla ladino;
donde manteles floreados
miran a través de rejas;
donde pulidos *narguiles*
recuerdan fiestas
sin atuendos verdes
y sin Shabetay Tzvi.
Sótanos con majestuosidad
de *señoras*¹
vestidas de negro,
gatos de angora
y pequeñas muchachas pálidas
de ojos almendrados.
Aquí hecha raíces un silencio
de tiempos de Doña Gracia todavía,
con relumbres de plata forjada
sobre un emblema.
Con dedos finos
atesoran el orgullo
en el arca familiar.
Hombres de espalda morena
y pecho tatuado
son aquí, de noche,
después del trabajo,
pequeños de nuevo
y no se atreven
a alzar la voz.
De noche se sientan
alrededor de la lámpara verde
tal como estuvieran sentados
abuelos y bisabuelos.
Se habla ladino.
Y llevan sobre sí
sedosos nombres
de flores.

Canto sobre treinta y seis vacas ²

...De los establos nocturnos he de echar mis vacas fuera,
Mis treinta y seis vacas con sus plateadas frentes.
¡Ya rumiaron suficiente sol y rezaron bastante en sueños!

¡Que las patas os resulten ligeras cuando, con luminosas ubres,
salgáis pesadas para llevar salud al mundo;
patas ligeras de alegría y pesada de blanca bendición caudalosa!

He de perseguirlas con mi corazón de vecino en vecino;
golpear las puertas como —salvando las diferencias— para *slijes* ³:
—Levantaos, judíos, llegó el Mesías.

Id, vacas mías; llevad por el mundo vuestra misión
de luminosas ubres y ojos bondadosos;
llevad de noche el astro recién consagrado, vuestra blancura.

Oh, vacas mías plateadas; que vuestro don sea piadoso
y repleto de dicha vuestro exilio, cuando la estrella del norte
introduzca, como perlas, vuestra luz en las chozas dormidas...

HIRSH GLIK, nacido en 1922 en Vilna, Lituania, en el seno de una gran miseria. Su padre comerciaba con hierro viejo, trapos y botellas usadas. Desde muy joven fue miembro del movimiento sionista socialista Hashomer y durante la guerra luchó en los bosques, contra los nazis, como partisano, muriendo en combate en 1944. su poema “Nunca digas...” se transformó en el himno de la Organización Judía Combatiente de los guetos de Vilna y Varsovia. Después de la guerra esta canción cobró carácter de símbolo y se la conoce como “Himno de los partisanos”.

Nunca digas...

Nunca digas que vas tu último camino
aunque los días azules se oculten tras cielos plomizos;
todavía va a llegar el momento soñado
y resonará nuestro paso: ¡Aquí estamos!

Desde el país de las nieves al de las palmeras
aquí estamos con nuestro dolor, con nuestra pena;
y donde cayó una gota de nuestra sangre
brotarán nuestro heroísmo y nuestro coraje

El sol de la mañana dorará nuestro hoy
y el enemigo se esfumará como el ayer,
pero si se demora en aparecer el sol
por generaciones vaya como consigna esta canción.

Esta canción se escribió con plomo y sangre;
no es el canto libre de un pájaro salvaje;
entre el desplomarse de muros quebrantados
la cantó un pueblo con armas en la mano.

Nunca digas entonces que vas tu último camino
aunque los días azules se oculten tras cielos plomizos;
todavía va a llegar el momento soñado
y resonará nuestro paso: ¡aquí estamos!

ISROEL BERCOVICH (ISRAIL BERCOVICI*), nacido en 1921 en Botosani, Rumania; su padre era saastre. Durante la guerra fue deportado a campos de trabajo forzados. Fue director literario del Teatro Estatal Judío de Bucarest, cargo que ejerció durante 30 años. Autor de una importante historia del teatro ídich en Rumania, publicó asimismo en la editorial estatal Criteriön, dos libros de poemas en ídich. Falleció en Bucarest en 1988.

Diferente

De todas las criaturas de este mundo
envidio a las mariposas.
Cada una tiene rodeando su cabeza
treinta y cuatro mil seiscientos ojos
y cada ojo ve cosa por cosa de un modo
diferente.

¿Verán acaso entre miles de mundos
alguno mejor que este?
¿Y de donde se desprende
que diferente
significa mejor, peor?
¿De donde se desprende
que diferente
no pueda ser distinto simplemente,
tal como bello es bello
y bueno es bueno
sin que bueno deba ser superlativamente bello
ni hermoso deba ser mejor que bueno?

De todas las criaturas de este mundo
envidio a las mariposas
que una salida de sol
para ellas sale
treinta y cuatro mil seiscientas veces
diferente;
que cada aparición de la luna
es vista por ellas de un modo
treinta y cuatro mil seiscientas veces
diferente.

Cada estrella
es para sus ojos
treinta y cuatro mil seiscientas veces
diferente.

Una flor
Es vista por una mariposa
treinta y cuatro mil seiscientas veces
diferente.

Pero imaginen qué diferente su talento
Y cuanto mayor sería el placer de su mirada
Si comprendiesen además lo que están viendo.

DORA TEITELBOIM*, nacida en 1914 en Brest—Litovsk, entonces Polonia, hoy URSS, vivió desde 1950 en París, para radicarse en 1972 en Israel. Su pertenencia a las filas de una izquierda activa se tradujo en una obra poética inquieta e inquietante, en la que lo político cobra por momentos un tono épico pero sin descuidar lo lírico. Falleció en 1992.

Tu amor

Una casa;
cuarto amueblados del tamaño de una sonrisa.
Un *inquilino* sale, otro *inquilino* entra,
con tal de que la *casa* no este vacía.

Una piedra

Una piedra; una dura, muda piedra,
criatura del cuerpo de la lava.
Pisoteada por cada generación.
Nunca acariciada
por madre alguna
Nunca beso a nadie
con sus labios.
Una memoria con recuerdos muertos
como un nido con pájaros quemados.
Un silencio congelado,
comprimido estrato sobre estrato.
Un llanto acallado
de millones de años,
mudez de millones de años.
Incluso ella,
al ser rozada por otra piedra,
puede dar a luz un pimpollo de fuego.

Mi amor

De madrugada.

Mil ciudades se deslizan ante mis ojos.
Por todas las ciudades, pasas tú.

ROJL BOIMVOL, nacida en 1914 en Odessa, Ucrania. Hija de un hombre de teatro, estudio en la Universidad de Moscú, ciudad en la que vivió hasta 1971, colaborando en la revista Sovietish Heimland y publicando poemas y relatos para niños y adultos. 1971 se trasladó a Israel con su marido, el poeta Zioma Teliesin.

22 de junio

Salí, cerré la puerta
sin ocurrírseme que desaparecería de inmediato
y con ella, la casa entera;
que un edificio pueda tan sencillamente desatarse

y desparramar sus muros y cristales;
que en un instante pueda consumirse
todo aquello que levantara el hombre,
todo lo que entibiara con sus manos.

Salí, cerré la puerta,
y no se me ocurrió que nunca volvería;
que esa calle que conduce desde casa descarría;
que es el principio de un durísimo camino.

Cerré la puerta por un momento apenas,
sin despedirme de nadie siquiera,
echándome a andar sonriente
hacia la triste suerte que me aguardaba.

De lo que estaba por suceder nada sabía,
Pero ahora lo se todo, hasta el espanto;
Ahora es mi pecho una leona
Esta, mi voz, que era en mi garganta un pájaro.

1942

AVROM SÚTZKEVER (ABRAHAM SUTZKEVER*), nacido en 1913 en Smorgón, aldea lituana cerca de Vilna. Luego de desarrollar la primer parte de su importante obra poética como integrante del grupo artístico—literario Iung—Vilne (Joven Vilna), paso la guerra en el gueto y como partisano en los bosques, para radicarse en 1947 en Tel Aviv, Israel. Allí comienza a editar, con el auspicio de la Histadrut, CGT Israelí, la principal revista literaria ídich de la actualidad, Di Goldene Keit, de renombre mundial. Su obra poética, que constituye el mas vivido testimonio lírico del ultimo medio siglo de historia judía, se expresa mediante imágenes de una belleza deslumbrante y en un ídich repleto de hallazgos. Traducida a muchos idiomas, la producción poética y en prosa se Sútzever abarca mas de dos docenas de volúmenes y su bibliografía ocupa un gran tomo aparecido hace años en Tel Aviv, ciudad donde vive el poeta.

Llegaste desnudo

Llegaste desnudo
todo en fuego.

Tus ropas,
—cosidas por dedos maternas
como si las agujas interpretaran piano
sobre seda y terciopelo—
tus ropas, cayeron quemadas en la sombra.
Las agujas, las agujas,
a ellas lograste resguardarlas

Llegaste desnudo.
tu soledad comprende
la entereza de tantos.
En una pupila un lobo;
en la otra tu madre.
Y ya habrá de resultaste imposible
separarlos.

¿Quién puede vestir
tu tremendo vacío?
Incluso si Isaías te encontrara
profetizaría
con parpado plomizo
y labio avergonzado.
No exijas consuelo, entonces,
de tu propio hermano.

Entre vosotros dos se extiende
una rebelión de Varsovia
como un eterno Sambatión de llamas
que apedrea
con el destino judío
incluso en sábado.

¿Cómo pueden los de aquí creerte
que en Varsovia
defendías Jerusalém?
¿Qué en la republica de los muertos
dabas forma
a la intima, joven republica viviente?

Pero el volcánico latido del país ha de creerte;
aquel latido que percibieras
cuando tu corazón detuvo su latir por un momento.
Y cuando le acerques tu oído
como un velero se acerca al secreto de las olas,
ha de alzarse una voz
como la exegesis de un versículo:
—Eres mío;
bendito seas en tu venida.
Mi jardín es tu jardín,
mis ovejas son tuyas;
con la misma ferocidad con que disparabas tu fusil,
planta aquí tu viñedo

1948

La primera noche en el gueto

“la primera noche en el gueto es la primera noche en el sepulcro, después uno se acostumbra”, así es como consuela mi vecino a los verdes cuerpos entumecidos tendidos en el suelo.

¿Podrán naufragar barcos en tierra?

Yo siento que bajo mis pies naufragan barcos y sólo el velamen se arrastra por encima, deshilachado y pisoteado, sobre los verdes cuerpos entumecidos, tendidos por el suelo.

Llega hasta el cuello...

Sobre mi cabeza pende una larga canaleta cosida con hilos estivales a una ruina. nadie habita sus cuartos. solo aullantes ladrillos arrancados, con trozos de carne, de sus muros. En otros tiempos, una lluvia solía desgranar su música en la canaleta, leve, blanda, bendiciendo. Madres solían colocar baldes debajo a recoger la dulce leche de las nubes para lavar el pelo de sus hijas y que las trenzas felizmente brillen. Ahora las madres ya no están; las hijas tampoco, ni la lluvia, sólo ladrillos en una ruina; ladrillos aullantes arrancados con trozos de carne de los muros.

Es noche. Un negro veneno gotea. Soy un rescoldo traicionado por la última chispa y abismalmente apagado. Solo la ruina es mi hermana. Y el viento húmedo que sin aliento cayo sobre mi boca, con suave piedad va con mi alma, que se separa del trapo de la osamenta como se separa la mariposa del gusano. Y la canaleta cuelga todavía sobre mi cabeza en el espacio y fluye por ella el negro veneno, gota a gota.

Y de pronto, cada gota se vuelve un ojo. Estoy completamente empapado de ojos luminosos. Una red de luz recogiendo luz. Y encima de mí, la canaleta cosida ala ruina con hilos de araña, un telescopio. Penetro a nado por su tubo y las miradas se unen luminosas. Allí están, como ayer, las familiares estrellas vivientes de mi ciudad. Y entre ellas, también aquella estrella tras—sabática a la que labios de madre elevaban una bendición: feliz semana.

Y comienzo a sentirme mejor. No existen quien pueda enturbiarlo, destruirlo, y yo debo vivir, porque vive la buena estrella de mi madre.

1941/1971

Ejecución

Cavo una fosa como se debe y ordenan
y busco consuelo en la tierra entretanto.
Un golpe de azada y aparece debajo
Debatiéndose, patético, un pequeño gusano.
Mi azada lo corta y sobreviene un milagro:
El gusano partido se hace dos, se hace cuatro.
Otro corte de nuevo y ya son cinco gusanos;
¿Y todos estos seres creados por mi mano?
Vuelve el sol y entonces mi animo sombrío
Y la esperanza fortalece mi brazo:
Si un gusanito no se rinde a la azada,
¿Es que eres, acaso, menos que un gusano?

Gueto de Vilna, 1942

Las planchas de plomo de la imprenta de Rom

Como dedos que se estiran por entre barrotes
para atrapar el aire luminoso de la libertad,
nos deslizamos en la noche para cargar
las planchas de plomo de la imprenta de Rom.
Nosotros, los soñadores, debemos volvernos soldados
y fundir en proyectiles el espíritu de plomo.

Y abrimos de nuevo el cerrojo
de ese eterno refugio hogareño.
Blindados por las sombras, bajo el resplandor de una lámpara,
fundimos las letras línea a línea,
como los abuelos, hace siglos, en el templo
echaban aceite en los candelabros.

El plomo refulge al hacerse bala;
pensamientos fundidos letra a letra
—una línea de Babilonia, una de Varsovia—
hierven, corren a adoptar la misma forma.
oculto en las palabras, el heroísmo judío,
debe conmover con su estallido al mundo ahora.

Y quien haya visto las armas en el gueto
aferradas por heroicas manos judías,
vio debatirse Jerusalém,
caer sus muros graníticos;
entendió las palabras fundidas en los proyectiles
y en el corazón, reconoció su voz.

Gueto de Vilna, 1943

Mi salvadora

Dime que te une a mi, luminosa abuela,
para esconder a un extraño en tu casa
y traerme, tan familiar y dulcemente, leche,
una piel de oveja para calentar mis pies,
pan tibio, sueño humano, y una sonrisa
como el canto de las arrugas de tu piel.

El viento tejía tiendas de nieve
y yo erraba como el viento entre ellas;
a mis espaldas me perseguía un mundo,
un mundo alzado contra el mundo,
mientras a solas por campos nevados
me calentaba con fulgores lobunos la osamenta.

Otrora hubieron madre y cuna;
hoy el hogar se hunde bajo nubes de guerra.
Me conjuré: Que sea lo que Dios quiera,
intentaré entrar a la séptima choza
en busca de una palabra consoladora.
Golpeo y comienza a rechinar la puerta.

Me recibiste con el halo de una vela
como si mi visita no fuera inesperada.
En un destello instantáneo se descubrió para ti
mi rostro y con el voluntad;
no te asustaron mi barba congelada
ni mi puñal al cinto, aguzado para matar.

Me excavaste bajo el umbral una cueva;
trajiste una lámpara de aceite y cobijas
con blandura de cabellos maternos;
aire e infancia que no tienen hora ni lugar,
y una hoja de papel como un brote de guinda
para que mi canto pudiese brotar.

Y cuando comencé a escupir sangre en el refugio
me cargaste en brazos hasta tu casa
me acostaste en tu cama, y de noche
llamaste un médico para que me curara;
y entre el ardor desmesurado de la fiebre
te vi de rodillas, con un crucifijo, al lado de la cama.

Después, tu compasión se me hizo una cadena;
la nieve no cubría las sombras del gueto.
En sueños me martirizaban pequeñas criaturas:
“—Trocaste nuestras lagrimas por pan y descanso.”
Y en una noche de frío y luna,
camino del gueto me eche de nuevo al campo.

Pero tú me perdonaste la huída
y me traías pan incluso lejos de tu casa.
¡Hasta que un día legaste trayendo
lo que por tanto tiempo había esperado,
el sagrado alimento que cura y sacia:
entre la miga del pan, una granada!

Y cuando la granada apunto al enemigo
resplandeció ante mí tu bondad silenciosa.
Veía como me cargabas desde la cueva en brazos
por escaleras y puertas hacia un sol que quema...
¡y de pronto tu mano se tiende sobre la mía,
y la granada se arranca de nuestras manos y vuela!

1943

Juguetes

Trata con cariño a tus juguetes, hija,
a tus juguetes aun mas pequeños que tú;
arrópalos con las estrellas del árbol
de noche, cuando el fuego se va a dormir;

y cálzale botas a tu muñeco
cuando se echa a soplar el águila del mar;
y deja que el glotón potrillito de oro
devore la brumosa dulzura de la hierba.

Cubre con un panamá a tu muñeca
y ponle una campanita en la mano
que los juguetes le lloran a dios
porque ninguno de ellos tiene madre.

Cuida a tus pequeñas princesas,
que yo recuerdo un doloroso día:
siete calles cubiertas de muñecas
y en la ciudad no quedaba un solo niño.

Pequeños relámpagos

Te resulta un acertijo mi vida;
quieres que te cuente.
¿Qué te cuente que cosa? Contar porque si,
contar los años nuevamente
para que te parezca más luminosa la cueva
por la que los dos erramos. De acuerdo. Pero me da miedo tu mano.
Ponte un guante: yo fui quiromántico...

Yo fui quiromántico. Y filas de manos
rodearon mi cuarto
para que yo los leyera como cartas
y abriera los ojos del mañana.
Junto con la milagrosa leche de mi madre
penetró en mí el secreto de su escritura.
Y yo leí en las arrugas de dedos y en las palmas
que aun acariciaban cuerpos y ejecutaban sinfonías,
el secreto de su escritura.

Yo ví en manos de hombres y de muchachas enamoradas,
como pequeños relámpagos en la noche, claramente trazada
la firma de un demonio. leía y callaba
para no engañar a la verdad con el verbo del embuste.

Por eso no pude evitar la pena merecida:
todas las manos cayeron sobre mis pupilas, vueltas ceniza.
Y solo la mano de un esqueleto, condenado al insomnio
vino a preguntarme cuando resucitaría su amo.

Y hasta mi diván,
donde yacía enfermo,
tendió su pata un lobo ataviado con una piel azul de nieve
para que le revelara si ya se encendió una hoguera.
Una estrella estiró ante mí su dedo diamantino
para que predijera quien caería primero: yo o ella.

¿Seguir contando? ¿Terminar rápida o lentamente?
Seguramente ya sabes que el contar no alivia.

Improvisación

No acumules avariento tus horas;
que el tiempo no se haga más el payaso.
Tiéndelas por sobre todos los abismos
y atrapa en una red al ocaso.

Que se echen a nadar los mares
y salten precipicios abajo
con tal de burlar a la muerte.
No te arrodilles en su teatro.

Arráncale la máscara
y échale rápidamente tus horas encima.
Los ancianos mueren en plena juventud
y los abuelos son solo niños disfrazados.

Elegía a la muerte de un elefante

...Y de pronto se detuvo su corazón en el zoológico.
Dentro de él, a un herrero invisible
se le deslizo el pesado martillo de entre las manos
y copudo volver a levantarlo.

Las traviesas manzanitas rojas, inútiles,
ya tienen para él sabor a sombras.

Y allá lejos, en las junglas africanas,
tras Mozambique,
los patriarcas lo lloran.

Moto

Mientras tu palabra sea demasiado débil
como para atreverse
a inflamar tu hoja de papel, y que arda
tal como un rayo inflama un techo de paja
bajo cual juega un niño
junto al lecho donde agoniza su abuelo,
la hoja ha de quemar tu palabra.

Balada de una única línea

(Fragmento)

Los labios de la muchacha son una miniatura,
ni una pizca más grandes que sus ardientes ojos entornados.
No comprendo entonces: ¿Cómo logran salir de ellos tantos besos?

Cuando el manzano generoso
y se desprenden de sus frutos,
para que vuelva a frutecer los tengo que desear un año entero.
Pero Zuse, la hija del boticario, con sus pequeños labios,
ayer me regaló
todos sus besos
y, milagro de milagros, hoy ya corre trayendo nuevos.

Elefantes de noche

(Canción de cazador)

Elefantes de noche
que como pasados de espíritus
vienen uno tras otro
a bañarse en el río,
no son elefantes:
solo llevan puesta una mascara.
Yo, el cazador de noches,
que vi transformarse estrellas
en antílopes,
cierta vez, al borde del agua,
espié entre la hierba
a siete elefantes lunares
que se acercaban a la orilla.

Cada uno observó un rato el río
por si alguien lo veía,
y se quitó la mascara de elefante.
Desvistieron las orejas, los colmillos,
las largas trompas,
y aparecieron ante mis ojos
siete muchachas.
Siete muchachas cortan el agua con sus pechos,
se mueven como rayos provocadores,
nadan, nadan.

Lo sabía: van a volver nadando en seguida
y vestir orejas, trompas
volverse otra vez elefantes;
entonces, mas sigiloso que una víbora,
me arrastre hasta las mascararas,
tome una y volví a esconderme.
Y cuando las siete muchachas
ataviadas con perlas,
comenzaron a ponerse su vestimenta de elefante
a una le falto la mascara
y quedo desnuda sobre una piedra,
con piel temblorosa,
sin amigo, sin cariño, sin ayuda.

Y yo, el cazador, me casé con ella;
con una muchacha
sin mascara.

Descalzo

Nos descalzamos
en medio de la ardiente ciudad.
Y realmente parecíamos
recién nacidos a merced del desparpajo.

Si con idéntica rapidez fuese posible
descalzar también por un instante
a los pensamientos de sus pesadas botas,
que fácil seria salvar mil millas
de un salto descalzo
y caer en la propia infancia.

Y será al final de los días...

Y será al final de los días;
sucederá entonces: El hijo del hombre
no llevara mas hasta su boca hambrienta
pan, ni carne vacuna,
ni higo, ni miel;
probará apenas una palabra o dos
y quedará saciado.

SHLOIME ROITMAN, nacido en 1913 en Mohilev—Podolsk, egresado del Instituto Pedagógico de Moscú fue durante muchos años profesor de literatura occidental, colaborador de la revista judeo—soviética Sovietish Heimland y redactor de poesía de la editorial estatal “Der emes”. En 1973 emigró de la URSS a Israel, radicándose en Hertzlía.

Desaparece, espíritu maligno

El espíritu maligno quiso dejar grabado en la sien
que el mundo entero no es sino un defecto;
que la tierra toda no es más que una traba;
que una araña vive en un rincón de cada pecho.

Que la hiel es la que vuelve verdes a las hojas;
que son solo muletas los árboles alrededor;
que solo en mataderos se torna púrpura el amanecer,
y que los montes no son sino jorobas bajo el sol.

Desaparece espíritu maligno; tu verbo es helado y muerto
y pretende herrumbrar el acero del ánimo heroico
pero en mí no perdió aun su verdor la esperanza.

Solo tiene que darme mi amada un hijo todavía
para estar unido cada hierba,
para que todo el mundo se torne mi casa.

LEIZER AIJENRAND (LEIZER AICHENRAND*),
*nacido en 1912 en Demblin, Polonia. Durante la
segunda guerra mundial participó como voluntario
integrado al ejército francés. Luego de numerosos
viajes por diversos países, incluida la Argentina, se
radicó en Zurich, suiza, donde falleció en 1985.*

Y estás tan sola

En tu llano oscuro
naufraja siempre el resplandor azul del firmamento.

De tu sonrisa blanca
fluyen los silenciosos sueños todos del universo.

En el fuego de tus ojos
dan los ángeles con la oculta senda hacia el eterno.

Pero estás tan sola
como el grito desnudo de un ave en el desierto.

Aguardo tu alma
con el ardiente vino de un corazón maltrecho.

Grabe tu nombre
sobre las alas del día, como un ruego

Por noches y por nubes,
como el cielo a la luna, te lleva mi nostalgia en silencio.

Incluso cuando muera, las estrellas
habrán de indicarme el camino que me lleve a tu encuentro.

Pero desde tras tus ojos
brotan todos los océanos.

Y estás tan sola
como el grito desnudo de un ave en el desierto.

Tristeza del hombre

Cuando dices *Dios*
¿quieres decir la sombra blanca
de la soledad del hombre
o el ardiente tigre
por los bosques de la noche?

Dios te habla
en sueños
por medio de la tristeza de las águilas
y cuando dices *Dios*
te lleva consigo
a sus lejanías selladas.

Atardecer de un poeta

En la soledad
de su marcha
se apaga toda voz

Se encamina hacia aquel lugar
en el que cada nombre
se torna
reflejo del viento

Atraviesa ríos de ocaso
donde ciervos del atardecer
beben
hasta llenarse de muerte;

va,
y una plegaria
cae sobre sus labios;
una plegaria
no pronunciada aun por nadie.

Sobre un monte desnudo

Sobre un monte desnudo
entierras al sol;
de noche
de entre tus sueños, un pecador,
echa afuera
una luna ahogada.

Tras oscuras ventanas
aun vive el silencio
de tu crepuscular plegaria;
pero tú, en sueños, asfixias
un ángel negro
o andas sin rumbo
entre serpientes humeantes
y hojas que caen;
en nuestro sueño
anidó el otoño
sus amarillas arañas.

Él dice

Las llagas
que los picotazos de fuego
de la ira humana
abren en el día
jamás han de cerrarse.

Nadie oyó nunca todavía
lo que dice el humo
de cuerpos carbonizados;

ni siquiera
ha escuchado nadie todavía
el último grito del padre
que se levanta
por la avenida de la locura.

¿Acaso tú lo escuchas?

Los chicos juegan en la nieve

Los chicos juegan
en la nieve
con sus propios ojos;

de noche
un cielo frío
los envuelve.

En el nido de su sueño
dan con congeladas
golondrinas muertas.

Lgrimas tardías

Los lobos del callar
despiertan
al lado de tu viejo corazón.

Su hambre ha de devorar
tus palabras
de inmediato.

El tejedor de soles
desapareció
de tu mirada.

Los últimos pájaros,
cansados,
vienen a azulear
sobre tus dedos
cuando cierras los ojos—sombra.

En sueños
pone la noche
rosas marchitas
entre tus cabellos grises.

Y ruiseñores
se llevan
de tus pupilas
melodías dolientes
de lágrimas tardías.

La balada de Humahuaca

A

¡Vosotras,
antiquísimas montañas ocre,
petrificadas!
En azules mañanas
atraviesa vuestras cúspides desnudas
un sol sangriento.

El oscuro grito de un pájaro
sobresalta las arcillosas chozas amarillas
del valle;
la pesada, profunda quietud estival
alienta
en el ocre silencio.

B

Humahuaca es antiquísima.
Un millar de ardientes vientos
grabaron a fuego
sendas secretas
en el arcilloso rostro reseco
de Humahuaca;
de sus pupilas
creo Dios la noche.

De sus dedos, en sueños,
brotan cactus salvajes;
la sed de la tierra arcillosa
le seco el cerebro.
Por un trozo de pan negro
esta dispuesta a morir dos veces.

Con los blancos huesos de un asno
alguno levanto una lapida
a la montaña petrificada;
un vaho de muerte
se tiende cada noche
sobre el corazón angustiado de Humahuaca.

Con el ocre silencio estival
se trenza Humahuaca una cuerda,
pero severos ángeles impiden
que se ahorque.
¿Quién reclama misericordia
para Humahuaca?

El sol, al atardecer,
recoge en su ocaso
sus lágrimas;
las sombras
de la petrificada montaña,
como perlas negras,
huyen del olor
de su cuerpo transpirado;
Humahuaca quiere morir.

Tilcara, 1954

MEIR JARATZ (MEIR CHARATZ*), *nacido en 1912 en Markulesht, Besarabia, estuvo deportado en campos de trabajos forzados estalinistas entre 1948 y 1955. A partir de 1965 vivió en Chérnovitz desde donde emigro a Israel en 1972, radicándose en la ciudad de Jerusalém, donde falleció en 1993.*

Quiero reconciliarme

Quiero reconciliarme, no hay con quien;
quiero pedir perdón, no hay a quien;
quiero hablar abiertamente, no hay con quien;
quiero confesarme, no hay ante quien;
no me queda mas remedio, entonces,
que avergonzarme ante mi mismo.

El susurro no es

El susurro no es el idioma de los árboles
ni el silencio, el idioma de las piedras.
A menudo un árbol no mueve la mínima hoja
¿significa acaso que el árbol calla?
A menudo una muda piedra cae con otras piedras
Como un trueno por una montaña
¿significa acaso que las piedras nos aturden
como el trueno desde las nubes?
Los árboles hablan floreciendo;
las piedras mediante su eterna y dura permanencia,
y hay que entender a los árboles,
y hay que entender a las piedras.

IEHUDA LEIB TELER (J. L. TELLER*), *nacido en 1912 en Tarnopol, Galitzia, falleció en 1972 en Nueva York, Estados Unidos, país al que había llegado en 1920. Abogado de profesión.*

La muchacha ruega:

Con angustiada alegría
los ríos embisten las rocas;
los árboles salen de caza;
las raíces despiden un afiebrado calor.
Es la noche del paño rojo:
Dios, protege mis pechos.

El ultimo canto

Al atardecer:
me veo con tanta nitidez
como en el corazón de un amigo.

Aun ha de restar calor
para las cercanas cuatro paredes
y de la chimenea ha de brotar humo todavía.
pero la primera estrella
ha de ser para mí
un picaporte al cielo.

He de golpear a la puerta del primer dios que encuentre
y permaneceré delante de él con ojos claros
como se permanece al alba ante la ventana,
con una pieza de pan propio en el bolsillo.

¿Acaso será que Dios...?

¿Acaso será que Dios
crece sobre mi cuerpo?

Tus pequeños dientes afilados
crucificaron a Dios.

Dios es la leyenda
de la blanca conciencia.

De madrugada resplandece como nieve
desde todos los tejados.

Pero ahora es de noche.
Estrellas ágiles, silenciosas;
andar de liebres.

Tus pecas son tupidas
y provocan como el olor del mar.

Dios ya no es joven;
el olor del mar lo adormece.

MOISHE SHULSHEIN (M. SZULSZTEIN*),
*nacido en 1911 en Kurov, aldea cercana a Lublín,
Polonia, vive desde 1937 en París, a donde llegó
como refugiado político. Obrero sastre, comunista,
poeta proletario, durante la ocupación alemana formo
parte del grupo de escritores judíos que participo, en
Francia, de la resistencia.*

Mi madre cuece pan

¡Mi madre hoy cuece pan, la casa es toda alegría!
El horno celebra, con un rojo infernal, por alegría.
Su abertura, boca abierta de risa, llena de alegría.
Las llamas brincan, con pasión y entusiasmo, de alegría.
La madera crepita en el horno ardiente, de alegría.
Incluso las astillas ayudan, como aprendices, con alegría.
Mi madre acaricia y mimba cada pieza de pan, con alegría,
y la amasa con las manos, ida y vuelta, con alegría
como si jugara con ella, por alegría,
como si hamacara y acunara un niño, con alegría.
¡Qué luminoso el rostro de mi madre resplandeciendo de alegría!
Su sombra se proyecta enorme sobre el muro, con alegría.
¡Hasta su sombra danza de placer y de alegría
cuando mi madre cuece pan y toda la casa es alegría!

MOISHE WALDMAN, nacido en 1911 en Ozorcov, localidad cercana a Lodz, Polonia, en el seno de una familia obrera. Luego de vivir en diferentes ciudades se radica en 1949 en París.

Cuadros en un museo

Bajo un cielo granate oscuro
florece en el campo el pequeño punto rojo
¿Una flor?
¿Una gota que aun se aferra a la vida?

—¿A ti también te asusto lo rojo?
A mi me aterra hasta la locura.

Y también la casa gris me atemoriza,
con la torrecilla, y el reloj.
—¿Habrá un castillo allí?
¿Una capilla?

El reloj y la torre están mudos
desde hace mucho tiempo;
pero el último sonido del llamado de la noche
acunó con miedo inquietante
al campo, al bosque;
el último sonido que se va apagando,
se llevo consigo por claros caminos
a ese viejo, giboso caminante.

La muda campana golpea mis oídos,
llama al pequeño punto rojo en el campo,
una flor,
una gota que aun se aferra a la vida.

REIZL ZHIJLINSKI (RAJZEL ZYCHLINSKA*),
*nacida en 1910 en Gombin, Polonia. Luego de vivir
en Varsovia, pasar la guerra en la URSS, vivir en
Lodz y en Paris, por fin se radica en 1951 en Nueva
York, Estados Unidos.*

Dos canciones de setiembre

*“La hierba debe crecer
y los niños deben morir”*
V́ctor Hugo

1

La hierba esta cansada en setiembre
y deja de crecer
y los niños dejan de morir
y no envejecen.
La rueda de las estaciones esta cansada.
Un rayo de sol barquero la empuja;
cae una hoja,
pero la rueda de las estaciones esta cansada.
¡El sol no puede caer de nuevo!
Las ovejas mastican perezosamente
el ultimo puñado de hierba del campo.
ahítas de sueño y de infinito.

2

El viento de setiembre repite el último pedido
de mi hermano Iukev:
—Voy a esconderme, Iashek, en tu casa,
en el ropero vacío;
solo necesitas traerme alguna vez
un poco de agua,
un trozo de pan
para sobrevivir.
Pero Iashek, nuestro vecino polaco,
guardo silencio.

De los árboles caen muertas, junto con las hojas amarillas,
las últimas palabras de mi hermano.
Todos los roperos vacíos del mundo
tienen ahora sus puertas abiertas de par en par,
y esperan que mi hermano muerto
venga a beber agua
y a comer pan.

Una enorme bolsa

Una enorme bolsa colmada
sobre una espalda de mujer
se hamaca a través del bosque
hacia el atardecer.

El pañuelo rojo sobre la agobiada
cabeza femenina, arde, arde.

Y blancos pies descalzos de mujer
se llevan los últimos trozos de sol
hacia la noche.

Para las delgadas manos

No tengo pan
para las delgadas manos de la pobreza.

Tengo un anillo de plata
fundido en noches claras.

Y he de vestir sus pies
desnudos, rojos,
con zapatos azules,
abrocharlos hasta arriba con estrellas
y dejarla irse así
por los caminos...

Una palabra en el valle

Una palabra en el valle
conmueve una montaña,
le arranca la cabeza.

Un paso en la noche
despierta a una ciudad de bandoleros
ocultos entre faroles.

Una mirada despierta a veces,
a un hombre en pleno día.

Madre

Madre,
con delgadas astillas de madera,
hiciste fuego;
provocaste a soplidos, un sol.
Percibes como se despeina el cabello.
Gracias. Gracias.
Pero afuera el viento solloza todavía;
tómalo, madre, bajo tu protección;
acúnalo.
El viento ha de entregarse y cerrar los ojos
como una pequeña oveja.

Se rasgó el silencio

No puedo protegerte, hijo,
De malos sueños.
¿Puedo ponerme acaso en el camino
De generaciones
Que vuelcan su llanto en tu sueño?
Tu cuna es una barca de madera
Que flota sobre oscuras ondas de odio.
Toco con mis labios tu cabeza.
¿La calle esta silenciosa, me parece?
¡Pero no!
Se rasgo el silencio,
¡Nuestra sangre grita como el mar!
Sin ser devorado por las llamas —la zarza—
Arde desde hace milenios.

Todos los árboles

Todos los árboles esperan a Dios.
Llego yo,
culpable del atardecer.
Aunque tal vez yo solo sea el reflejo,
solo un eco.
Todos los árboles esperan a Dios.

Compro la carne

Compro la carne
sin mirar al carnicero;
compro el pan
sin ver al panadero.
Pero algún día
habrán de vengarse de mí.
El carnicero alguna vez
se me aparecerá en sueños
y con su cuchilla
me reclamara su rostro.
El panadero habrá de salir
de una bolsa de harina,
figura blanca
sin piel, sin hueso,
y me reclamará
su rostro devorado.

De noche en Nueva York

De noche en Nueva York,
el llanto de un niño
fisura muros,
perfora edificios,
licúa fundamentos.
Caen piedras:
trozos de sueño,
enjambres
de sueños interrumpidos.
Oscuros portones
se echan en cuatro patas;
en seguida van a ensordecen,
con un rugido animal,
el universo.
Llega la madre,
viene de la lejana vía láctea,
amamanta al niño
silenciosa, serena,
y Nueva York cierra los ojos
nuevamente.

Los pobres

Los pobres han de heredar el mundo.
Han de beberse su sal
y hacer las paces entre el cielo
y los blancos dientes
de los muertos.
Los pobres han de heredar el mundo.

—*Reizl, trae un balde de agua...*

—Reizl, trae un balde de agua—
pide mi madre
y yo obedezco.
Ya hace años que traigo el agua:
mi madre ya hace mucho que se transformó en humo,
el pozo hace tiempo que se encuentra cubierto.
Los tiempos cambian;
es invierno.
Vientos tironean de mis miembros;
yo me sostengo del balde de agua.

IANKEV FRIDMAN (YACOV FRIDMAN*),
*nacido en 1910 en Milnitze, Galitzia, en el seno de
una familia de stirpe rabínica, durante la
segunda guerra mundial permanece en un campo
de concentración. En 1948 se radica en Israel, Tel
Aviv, donde fallece en 1972.*

Un sueño entre montañas

1

El gorila de frac y sombrero de copa
viste sus guantes de brocado blanco,
toma la grosera hacha roja
y se hecha a la feria del mundo a reinar.

Yo... yo no voy a dejarme someter
por su vientre velludo y su cerebro electrónico.
Me dejo llevar por la cantarina *nada*
como una estrella joven, alegre y ágil.
Ahora yo mismo soy un rey,
virrey entre los *hippies*.
Pero se me hace pesada la corona
y me marchó camino del ultra inteligente silencio
para volverme rruiseñor sobre un árbol solitario.

Aunque tampoco pude soportar la soledad
y me eché a correr
como un leopardo salvaje corre por bosques incendiados.
Ambulé por ciudades y países,
hasta trepar los montes de Jerusalém.
Yo pensaba: aquí reinaron tantos dioses
tal vez encuentre yo también una migaja de dios,
una mota de hora elegida.
Pero como podía encontrar yo algo
si no estoy en ninguna parte...

De nuevo ambulo
 cercado por los montes nocturnos de Jerusalém.
 El silencio llora: el artífice mismo
 destrozo su obra.
 —Mary —digo— yo soy la obra
 y yo mismo soy el artífice.
 Todo en mí aspira a ser destrozado
 y por la destrucción tornarse redimido.

En los ojos de Mary titila una lágrima:
 —¿Quién? —dice ella— ¿Quién eres?
 —Soy el sinsentido, Mary, que ansia sentido;
 soy la araña que pugna por salir de su propio tejido.
 Soy la estrella sobre el mar que tiembla salvaje
 y percibe que es solo el reflejo
 del lejano rostro oculto de alguien.
 Soy un sueño que no recuerda su nombre,
 Soy un templo vacío y al mismo tiempo una ofrenda
 que ignora para qué dios se la trajo a morir aquí...

A veces

Como horda de leones hambrientos, a veces,
 se vuelven salvajes en la lucha mis entrañas;
 atravieso con mi vida todos los peligros
 como una bestia cruza con su cachorro un bosque en llamas.
 Pero otras veces me vuelvo hierba silenciosa
 bajo la diamantina luz—rocío de la madrugada,
 y dejo sumiso que el segador pase por mí
 la más filosa de sus guadañas.

Sucede

Sucede: apago mi nombre del rostro
 y la luz del día de mi cara adánica.
 Descalzo—desnudo trato de volver
 a la espesura del bosque, a casa.

En cuevas boscosas, olores de musgos
 jadean con velludas pieles animales.
 Y la pulida palabra en mi garganta
 se vuelve ronca, lobuna, desnuda, aullante.

Con rayos y relámpagos despierta el dios del bosque;
cubre el ojo nocturno su nublada mano.
Yo me arrastro hasta mamá—loba, hasta sus calientes ubres,
entrecierro los ojos de placer, y mamo.

Solitario

Lo que pienso, digo y hago conmigo
cae de mí y se vuelve otro *yo*.
Tantas *tribus de yoes* y todas criaturas mías.
Medianoche. Como una madre—animal los olfateo y admiro,
pero ellos braman, extraños, en el bosque profundo.
Me parece ser un elefante viejo, enfermo,
que se hecha a andar entre tinieblas
a morir solitario en la lejana llanura
de inmemoriales marfiles muertos...

Herencia

A

“Creador mío,
móndame de las musgosas tinieblas
como a frutos de sus cáscaras,
y descubre bajo todas mis pieles
el meollo...
lo quintaesencial del génesis.

Quién soy yo
y que significa *yo*;
¿la idea de volar
o el vuelo en sí?
¿o acaso ambas cosas a la vez?”
Así se debatía el abuelo de Berdichev.

Luego cargó su atado sobre el hombro
y se echó al mundo
a enseñar el Génesis.

B

Estoy sentado absorto
ante la superficie nocturna
del mar de galilea.
Ahora su nieto viene con el atado.
Los labios sonrientes,
el mismo paso
y los mismos ojos
que le hablan a Dios...

Anda entre majadas de ovejas
con su atado.
¿Sabrá el rebaño
que el rabí de Berdichev
fue su abuelo?

¿Se dará cuenta
de que también el pastor se debate
con el sentido del *yo*?

Yo

Yo creo, yo creo,
que mi corazón, mi hueso y mi carne
y cada órgano del árbol, del río y de la piedra
son hijos de una misma madre.

En lo profundo de las noches
se escucha su canción de cuna
torrencial y clara.
En sueños nos alegramos, intuyendo
que en seguida ha de uncir madre el carro de estrellas
y llevarnos, por el azul sendero, a casa.

¿Y donde es nuestra casa?
Nosotros mismos somos nuestra casa
y el único y más extenso camino
es de sí hasta sí, hasta dentro de sí mismo.

¿Y quien es nuestra madre?
Ella es nuestra sed y nuestro llanto
que pugna dentro de cada uno hacia uno mismo.

Como el aroma en el pimpollo,
en su ser esta el sentido...
Ella es una secreta grito oscura
que no alcanza el secreto de su propio camino.
Ella es un cantando—andando—fluyendo—detenido
en un infinito intemporal en sí.

Y no hubo nadie,
ni lo hay, ni de haberlo,
fuera de *mí*.

A casa

El oscuro cochero apura los negros caballos blancos
y conduce a Adán y a Eva de vuelta a los primeros cielos.
Yo yazgo sobre el vientre de mi mamá Eva y dormito.
Me siento bien y ya percibo el aroma del cielo.
Papá Adán abre ingenuamente, a la neblina mañanera,
los desmesurados ojos
y devuelve su purpúrea manzana el árbol de la sabiduría.

El único

Todos los labios se vuelven roca en la noche.
Nadie grita.
Sobre camellos de piedra, nadie cabalga
por el camino.

Entre congeladas estrellas
el viento mismo anda perdido.
En alguna parte madres dan a luz
sin que nazca ningún niño.

El único que queda al fin
bajo nublados arcos
es el negro cochero
que apura su oscuro carro...

Pesadillas⁵

Estamos tendidos sobre reclinatorios
en la profunda noche del hospital.
Somos muertos que sienten y piensan todavía,
¿o tal vez seamos sapos y conejos
encerrados en un frasco negro?
Los blancos Ángeles de la muerte, con bisturíes y cuchillos,
hurgan en nuestras carnes quejumbrosas.
La oscuridad es aquí pesada y velluda
como la piel de los monos.
La noche es un animal
que anda a tientas por el infinito:
“¿Por qué no existiera un Dios?”
Aquí reina la vergüenza del cuerpo humano.
El niño puro—oro de antaño
yace tendido como mercancía en una tienda:
estos son dedos y pies, el intestino grueso,
un trozo de bazo, el hígado...
Antaño los urdió el Gran Tejedor;
ahora vuelven a deshilarlo en mil filamentos acongojados.
La soledad y el silencio se toman de sus llegadas manos
y marean con una ronda de duendes.
Hoy es la gran noche de Pascua.
Estamos tendidos sobre reclinatorios.
Abren nuestros cuerpos con delicados bisturíes,
y con nuestra sangre han de hacer panes ázimos
para el gran *seder* desordenado⁶...
La copa del profeta Elías esta de sangre hasta el borde.

Los ángeles de la muerte no son malvados;
son los príncipes de la ciencia.
Intentamos decir algo, pero nos deslizamos en negros trineos
que se precipitan por la negra nieve.
Somos los ex—hijos del hombre
y hoy...
¡Ay!, que largo, interminablemente largo
pueden volverse el extraviado errar de un mismo hoy...
Quiten la víspera de morir
y otórguennos la enorme gracia del no—ser.

Sáquennos de los reclinatorios
y ubíquennos en los buenos sepulcros;
allí volveremos a ser hombres.
Hombres muertos, pero hombres...
La única gracia de un mundo nada piadoso
es la muerte... tendremos hacia ella los brazos
como hambrientos al pan, y bendecimos
su sabor y su olor... sáquennos de los reclinatorios
y póngannos
en las buenas manos de la fresca tierra...
Socorro,
queremos descansar...

LEIZER WOLF*, *seudónimo de Leizer Mekler, nacido en 1910 en Vilna, Lituania, hijo de un pobre pintor de paredes. Miembro del grupo literario Iung Vilne –Joven Vilna— es autor de una obra poética breve e intensa. Al estallar la segunda guerra se refugia en distintas zonas de la URSS, radicándose finalmente en Uzbekistan donde trabaja como campesino y obrero y donde fallece en 1943.*

Una nave llegó...

Una nave llegó al puerto
con un niño enfermo.
Yo lo miré:
el niño no es mío,
pero ¿cómo dejarlo ir
con dientes famélicos
a alimentarse de viento?
Lo hice mi hijo.
Yo adoro un hijo.
Hasta tomaría a Dios de hijo.

Canto estival

El verano ha de llegar en seguida,
el cantarino, dulce verano;
ancianos han de permanecer sentados en los umbrales
peinándose las frías barbas;
en todos los ríos han de bañar caballos.

Las noches serán verdes,
repletas de amor y estrellas.
Con frescas escobas de abedul
han de barrer las calles mujeronas.

Comeremos cebollas verdes,
abundaran las moscas;
en las hamacas han de mecerse
viejas señoritas.

Todos los inválidos y perros
serán sacados a los parques
y por los bosques, sucios papeles
irán sobrevolando.

Pensamientos de oro

Quien esta en el medio
no ha sufrido,
y quien tiene los niños
tiene las fuentes.
No hagan caso a los señores en los salones
y créele solo a uno de cada tres hombres.

Quien tiene la juventud
tiene la fuerza,
pero no malgastes tiempo en sueños huecos.
Que importa la felicidad
en sitios lejanos
fantaseada por mentes débiles.

Dios es la naturaleza y sus bienes,
no es un ser humano de gratitud y truenos.
No sueñes con la felicidad;
solo preocúpate por hacer:
la espiga no va en busca del cosechero.

Toma una mujer
más que bella, buena;
más que fea, inteligente;
más que culta, delicada.
No cierres los ojos ante el mal.
No te adornes con joyas de hipocresía.

La religión no es una cuchilla
cuando sabes que el hombre la ha creado.
Pensamientos pecaminosos tienen todos.
Solo los niños tienen ojos claros.
Cuando llegas cansado a la vejez
no creas que el premio es la muerte.
La muerte esta tan lejos de la felicidad serena
como la sala de la coronación, de los asfixiantes pasillos carcelarios.

Busca la vida en la primavera,
en el embeleso,
en el barullo de los niños
durante la lluvia.
La muerte es aquel perpetuo exilio
donde el tiempo cesa de moverse.

El filósofo

El filósofo se detiene y piensa:

—¿Qué es la noche y quién es la noche?

¿Un manto sombrío, un pañuelo oscuro,
una cueva negra, un libro de estrellas?

Dice la luna: —No, así no es;

¿Qué es la noche oscura sin una mujer?

Entonces el filósofo piensa así:

—¿Y qué es la mujer y quién es la mujer?

¿Un hechizo que ciega? ¿Una fatalidad que guía?

¿Un instrumento luminoso en nuestro poder?

Dice la luna: —No, así no es;

Tu eres la noche y yo, la mujer.

El filósofo se dice entonces a si mismo:

—yo soy la noche, ¿y yo quién soy?

¿Un error de la muerte? ¿un insecto de la ciudad?

¿Un oscuro camino a la puerta de Dios?

Dice la luna: —Sabes, somos luz;

Nosotros somos la luz del sol.

Dice el filósofo: —Y bien, la luz;

¿Pero ese rostro enorme quien lo encendió

En lo profundo del cielo donde todo es azul,

La noche, el sueño, la muerte, el amor?

Dice la luna, y se hace tan diáfana:

—No preguntes y vive; el tiempo se va.

El filósofo piensa: —¿Y que es el tiempo?

¿La lejanía estrellada; la hondura sombría?

¿La luminosa sonrisa de un niño en su cuna?

¿Inquietud y tardanza a la puerta de la dicha?

Dice la luna, y se vuelve tan roja:

—No añores y vive; la muerte se acerca.

El filósofo piensa: —¿Y qué es la muerte?

¿El sueño de la miseria? ¿El descanso en la fosa?

¿El telón que oculta y no es descorrido?

¿El tiempo purpúreo; la mano que borra?

La luna se apura y la nube tras ella;

El pensador descorre la oscuridad de una puerta...

JAIM GRADE (CHAIM GRADE*), *nacido en 1910 en Vilna, Lituania, hijo de un maestro de hebreo, estudio en varias escuelas talmúdicas hasta adquirir gran erudición. Integrante del grupo literario Iung Vilne, Joven Vilna. Pasa la guerra en la URSS y luego, tras vivir temporariamente en Polonia y en Francia, se radican en 1949 en Nueva York, EE.UU., donde fallece en 1982.*

La paloma sobre la escalera

De pie entre cielo y tierra se yergue una escalera,
la misma de mis años juveniles en nuestra herrería;
obstinada en las dieciocho bendiciones⁷ y en un mental encono,
con el pensamiento de todos los escalones vuelto al cielo,
como un devoto que viviera sólo a cebolla y pan seco,
enjuta y hosca permanece de pie, rezando,
esta escalera que estuviera en nuestra casa
apoyada sobre el muro largos años.

Yo solía permanecer sentado en algún escalón
leyendo libros, enamorado de los amores novelescos,
siempre de viaje por el mundo, cruzando los océanos,
me quedaba, envuelto en poesía, días enteros
hasta olvidar la oscura casa agobiada de trabajo,
hasta dejar de oír el golpe del martillo,
sin ver siquiera nuestra antecámara
donde en pleno día reinaban las tinieblas;
allí arriba el humo del fuelle ya no sofocaba
y no llegaba el resonar de la fragua.
Al anochecer ascendía por la escalera rumbo a la mañana
y en un firmamento de sueños me escondía.

Ahora, de nuestra fragua ya no quedan rastros,
pero la escalera esta y crece a las alturas
hasta donde no llega el eco de las voces
ni se divisa el humo de las chimeneas.
Y a pesar de ser madera basta, sin cepillar,
la escalera, me parece, sólo medita, solo reza;
vive la fría vida de un largo cabalista de madera
y observa, con callado enojo, si yo rezo.
Yo no rezo, pero aguardo a los ángeles
de mi padre Jacob camino a Jarán⁸.
La devota escalera va hacia las alturas y yo la sigo
Con el corazón y la nostalgia de mis años juveniles.

De pronto veo que en un escalón se sienta una paloma
y a la primer mirada reconozco a mi paloma perdida.
Se mueve con idéntico temblor estremecido
que cuando miraba por los vidrios de nuestra fragua hacia fuera.
Me dejo ir hacia ella con brazos extendidos,
pero la paloma sube, volviendo inquieta la cabeza.
—¿No me reconociste palomita, luminosa mía?—
y la sigo, peldaño a peldaño, pero la escalera.

Se la compré a un muchacho cristiano; la traje contra el pecho
y la crié con agua y granos.
Nuestros vecinos se burlaban: “—La madre
quiere hacer de él un estudioso, nada menos,
y él en cambio, es un cazador de pájaros.” Y Don Iser,
el cerrajero, martillando una barra de metal al rojo,
gruñía que esta prohibido criar palomas;
que quien lo hace pierde el mundo venidero.

También mi madre gritaba: —Estás loco.
¿En la fragua, entre esquiras de hierro, humo, telarañas;
entre lanzas de yunques, maquinas y sierras,
quieres criar una paloma blanca...?
—Y a pesar de todo crié, paloma mía, blanca mía.
¡Ven a mi!— La paloma aletea
y arrulla, que no se trata de una historia inventada,
pero agita las alas y salta un peldaño mas arriba.

La escalera sigue creciendo, estirándose hacia el infinito,
y la paloma, de delgadas patitas rojo—vino, arrulla, arrulla.
Yo voy tras ella hablándole; le cuento como en sueños
una historia verídica de un muchacho con una carta de la suerte;
de un judío con un organito girando la manivela,
con una rata campesina gris y un papagayo verde.
A fuerza de lágrimas solía sonsacarle a mamá una moneda
y por casi nada, comprarle al organillero trotamundos
luminosas esperanzas.

Una vez era el papagayo quien extraía la carta de la caja
y otra vez lo hacia la rata grisada y ágil.
Los dos servían dicha en porciones generosas
y el judío, con su organito, los acompañaba:
—¡Divertíos, divertíos hijos; ahora es vuestro tiempo!—
cantaba cansado y ronco el judío, tristemente.
—¿acaso sepas algo, palomita, de sabios
que puedan ayudarme a volver atrás el tiempo;
a traer aquellos años mozos que volaron?

Tráeme de vuelta, palomita, ingenuidad de niño;
trae de vuelta a aquellos judíos, de barba grises, de nuestra sinagoga.
Recuerdo todavía como me rodearon los ancianos
y me apostrofaron por confiar en una rata como en un profeta.
También mi madre suspiraba, como sentada sobre espinas
entre sus feriantes que se burlaban de mi tarjeta de la suerte
servida por una rata
y le profetizaban que en lugar de convertirme en maestro
iría como un rustico, con la cabeza descubierta.
—Es una enfermedad esta manía que tiene por los animales—
se disculpaba mamá ante aquellos que en los demás buscan defectos.
—Tiemblo todavía porque no vuelva a ocurrírsele
criar en el taller, en el infierno, un conejo.

Un veloz conejo había saltado de una carreta campesina
y corrido, corrido, corrido,
hasta que los perros callejeros perdieron su rastro,
y a través de patios, calles y portones,
acertó precisamente a nuestra fragua.
Yo lo encontré, las orejas gachas,
sentado en la oscuridad bajo mi cama,
con dos redondos ojos rojos, como soles,
y de miedo a los perros y a otros sanguinarios cazadores,
le bajaban grandes lágrimas por la pequeña cara.
Todavía recuerdo su hocico negruzco, con humedad de tierra,
apretándose a mi mejilla;
siento todavía la humedad de su pequeña lengua;
aun recuerdo como ardían sus ojos inteligentes, silenciosos,
tristes y traviosos como si también fuera un pobre chico judío.
Todos eran enemigos mortales de mi conejo:
los vecinos, los herreros, la traidora gata.
Y mi madre se avergonzaba de mostrar en el patio común la cara
desde que yo criaba un animal impuro.
El encargado de la casa, el no—judío, quería devorarlo,
pero yo lo protegía de ese amalequita⁹ ebrio
y hasta callaba cuando los vecinos se solazaban en la burla:
—Enhorabuena: ¡el estudioso cría un conejo!
Manchado como ceniza y herrumbre correteaba alegre,
y como para sus juegos le resultaba estrecha la antesala,
jugaba en la fragua entre los hierros, hasta quedarse dormido un día
al caer sobre él un pesadísimo martillo.

También mi madre lloraba recriminándome entretanto: —¿Por qué lloras?
¿Cuántas veces yo misma me lastime aquí?
¡Se le antojó un conejo en la forja! ¿Qué te creías?
¿Puede soportar acaso un animalito lo que un ser humano?
—Pero tú, paloma mía, en tu prisión de hierro
permaneciste sana y blanca, con alas diamantinas
para que pudieras mostrarme mi juventud de nuevo
en tu luminosidad como en un espejo.
¡Acércate! —La paloma hace un mohín
como una princesa tocada con su corona de oro
y salta devorando peldaño tras peldaño
y yo la sigo como sumergido en una neblina blanca.

Le cuento de un muchacho con un ojo enfermo
y un palomar sobre su techo;
y un muchacho, falto de ambas piernas, que también criaba pájaros
para verlos volar y reflejarse en todos los cristales.
Los dos muchachos se emboscaban en altillos,
echaban semillas y acechaban escondidos.
En el patio se reunían chiquillos vecinos
junto a una pandilla de chicos no judíos.
Sin aliento, como embrujados, testa contra testa,
vueltos los ojos al cielo, observaban con la boca abierta,
cual de los dos cazadores de pájaros lograría primero
atraer a su nido visitantes ajenos
y llenar el palomar que bullía en su altillo
de huéspedes trajeados de blanco.

La paloma escucha complacida el relato sobre los atrapa—pájaros
pero la escalera crece y el camino es todavía largo;
entonces hamacándose se arrastra ágilmente sobre el vientre
con mas facilidad que una onda estival por un riacho
y mi corazón se muere de nostalgia
yendo tras ella como un ciego, con brazos extendidos:
—Olvidaste, palomita, aquella vez que te saqué
de la estreches de nuestra fragua al patio
a que te vieran los demás chicos.
Olvidaste, palomita, como sobrevolaban nuestro patio
las dos bandadas de pájaros.
Ya te olvidaste acaso del patio rodeado de pequeñas casas
por el cual, como anillo, rodó mi infancia.

Solo un ángel susurra así con sus alas silenciosas
con la dulce melodía de una madre ante la cuna de su hijo,
como las palomas moviéndose en el círculo.

Para dejarte bajar abrí la mano
y en un abrir y cerrar de ojos cruzaste nuestro muro
de ladrillos partidos, desnudos, descascarados,
brillaste en las alturas bajo el sol;
pero el del palomar ya se la ingeniaba
para atraparte, rodeándote de machos hambrientos
que te desviaron hasta su expectante hombro muerto.

Para qué te solté, por qué lo hice,
no lo sé, mi dulce engañada, y me lo pregunto todavía.
¿Sentí acaso pena de tu cautiverio?
¿Acaso imaginó mi excitada fantasía
que me traerías otra paloma más desde los cielos
a compartir la estrechez de mi cuarto en la herrería?
Huiste de mí porque soñé otra paloma
y caíste presa en la cerrada torrecilla.
Yo siempre te busque y ahora que te encontré de pronto
años después del infernal diluvio.
—¡De aquí en mas no nos separaremos!
¡Mil peldaños no podrán alejarnos!
—exclamo, y me hecho escaleras arriba;
y la paloma aletea y sube también los escalones.
Entonces entre la escala en un mundo diferente
y como la copa de un árbol, comienza a hamacarse.

Vuelvo el rostro, miro detrás de mí, abajo,
Y veo en todos los escalones pájaros sentados,
Enormes, formando círculos,
Prestos a devorarme, hambrientos, sanguinarios.
Cuanto mas crece mi miedo más se aleja mi esperanza
De alcanzar alguna veza mi paloma ansiada;
Y cuanto menor es mi esperanza, más hermosa se vuelve la paloma
Saltando alegre y libre en las alturas.
Si quedo retrasado vuelve la mirada
Para que la siga, arrastrándome, trepando.

¡No hay retorno! Mis días vividos, como aves de rapiña
siguen sentados en los peldaños.
Se que estoy soñando y aun así me aterro,
y sin embargo ruego que el sueño no termine nunca.
A mi edad, con mi figura y con mi pobre vestimenta
soy un hombre fantasioso que no finalizo su enracia.
El abismo se torna cada vez mas hondo y mayor el trecho andado,
mientras la escala, como en el sueño de Jacob, se sigue elevando,
sólo que en lugar de bajar por ella un ángel
se va por ella al cielo mi paloma reencontrada.

¡Que se vaya! También yo tengo costumbre de ser un caminante
y errar por inhóspitos caminos y desiertos.

He de seguir a mi amada, cónsul blanco velo nupcial
y no cansarme de pedirle que deleve mi enigma:

—Dime, ¿si no te hubieran robado en mi infancia
como hubieran sido mi suerte y mi vida?

¿Hubiera envejecido calmosamente con el correr de los años
o de todos modos sería anciano y muchacho?

Demasiado temprano se colmo de frío mi vida
pero llevo un corazón joven y asustadizo todavía

Hallaste calor y afecto en un nido extraño

y yo sin ti quede a un tiempo, demasiado niño y demasiado viejo.

Si te hubieras apiadado viniendo antes

no me encontraría ahora trepado a una escala,

pero aun aguardo el milagro de tu metamorfosis

en tu verdadera figura, con dos ojos humanos.

Tu en mis brazos, Dios sobre nosotros,

y la alegría de que nunca te hubieras volado.

—¡Nevada paloma mía, ataviada de perlas!

¡Luz mía, seductora celestial y terrenal!

Si ya no existe un retorno a tierra,

déjame seguirte y embriagarme de nostalgia.

¡Que por lo menos no eche a volar la escalera,

oh, mi terrible oráculo sagrado!

Eres más real que mi realidad misma

y más consistente que mi vida al anochecer sobre la tierra.

Has transformado en metáforas mi mundo entero,

que todo lo comparo contigo y con mi sueño.

¡Canto de todas mis canciones! ¡Cantar de mis cantares!

Si no puede ser de nueva dicha, mi prometida,

bésame con tu silencio, consuélame callando

para que yo te siga, subiendo, subiendo.

¡Escucha! ¡Qué dulcemente trinan los pájaros
desde los peldaños inferiores!

Cuando los años vividos se vuelven más ligeros

las aves de rapiña se tornan pájaros cantores.

Cuando escucho como pian las aves afuera

percibo en su voz un gran secreto:

que tal como ellas, no conozco la razón primera

ni el fin último del amor y la vida;

que con mi rostro, corazón y pensamiento

yo no soy más que los pájaros en la madrugada;

y que si no guerrero con mi suerte,

como un pájaro en su nido, he de vivir sereno.

El hombre de fuego

En la antesala de mi casa, de pie, desnudo, hay un hombre de fuego
que me observa a través de la puerta vidriera.

Mi corazón retumba como un reloj salvaje:

¿quién será el que me mira desde el otro lado de la puerta?

¿Habrá escapado del brasero encendido en mi cuarto?

¿O acaso estallo un incendio en mi cocina

y antes que las llamas también me devoren

vino a salvarme, a llevarme consigo?

¿Pero por qué el hombre de fuego tiritita de frío

y su piel en llamas se cubre de escarcha?

Es mi cuerpo arraigado en su brote mismo

y mi osamenta bajo ceniza, moho y nevada.

Yo debí convocarlo de entre todas las fosas

y el hombre de greda escuchó mi llamado.

Ahora me busca de puerta en puerta:

el asesinado tras el último trozo de su cuerpo.

Aunque tal vez haya venido del silencioso océano

o es una chispa de la explosión del átomo

o el cerebro estallado y la voluntad desatada

que se atropellan encendidos hacia el abismo.

Puede que lo haya visto en el norte helado,

aullando sin voz, en ropa de prisionero,

o acaso huyo desnudo de la prisión, a matarme

porque callo y disimulo su sufrimiento.

—¡Oh, quien quiera seas, misterioso hombre de fuego,

no quiero seguirte por tu senda secreta!

Transfórmate y hazte mi leal custodio;

hombre de fuego, vuélvete hombre de piedra.

El hombre de fuego obedece. Me deja ante la mesa

y se hace piedra negra en la antesala de mi casa.

Solo falta grabar mi nombre sobre ella

para que sea de mi sepulcro la lápida.

MOISHE KNAPHAIS (MOISES KNAPHAIS*),
*nacido en 1910 en Varsovia, capital de Polonia,
en el seno de una familia proletaria, perteneció al
círculo de escritores revolucionarios. La guerra lo
lleva a la URSS y de allí, luego de recorrer
Polonia y Francia, arriba en 1952 a Buenos Aires,
Argentina, donde edita una revista literaria y
donde fallece en 1992.*

Cantos de la cárcel

Un compañero tose

Noche tras noche
una tos quiebra el silencio.
Un compañero tose.
Un compañero tose,
despelleja por la garganta,
con la tos, sus pulmones.
Nunca vi su rostro.
Creo.
Es como su yo mismo carraspear y tosiera.
La tiniebla
deambula con ropaje negro
y con la tos se ahoga.

El silencio aquí

El silencio aquí
no es silencio.
Aquí el silencio
es un martillo que golpea la sien.
El silencio aquí
es un aro herrumbrado, tenso,
a punto de estallar.

Aquí los hombres
son cifras y gritos ahogados;
son cifras y porciones de comida.
Nombres olvidados
como pasos perdidos en la nieve.
Sólo son recordados en dos ocasiones:
¡para ser puestos en libertad
o para ser fusilados!

ISROEL ASHENDORF (ISRAEL ASZENDORF*),
*nacido en 1909 en Melnitze, Galitzia. Educado en
Lemberg. Durante la guerra vivió en la URSS.
Transcurrida la guerra se dirige a París y de allí, en
1952, con un grupo de escritores judíos se radica en
Buenos Aires, Argentina, donde es profesor de
literatura ídich y hebrea, y donde fallece en 1956.*

Las extraordinarias andanzas matutinas de mi madre

¿Vio alguno de mi madre yendo hacia el mercado
por pan, cebada, arroz o papas?
Ninguno la vio. ¡Quien se detiene
a observar a una judía, piel y huesos!
Pero yo, su hijo, porque la recuerden largamente
voy a describir sus andanzas matutinas.

Mi madre va hacia el almacén pensando preocupada
con que excusa hoy tomar de nuevo allí fiado.
Ayer mismo la alerto el almacenero
que no volviera son plata al otro día
y eso significa quedarse sin comer,
o vender el ropero o las cobijas de la cama.

Ante la puerta entonces da mi madre vueltas y más vueltas.
En cualquier momento, me parece, va a echarse en cuatro patas,
saltar adentro como una fiera enfurecida
y morderlo todo, destrozarlo todo.
Pero, con un esfuerzo mi madre se contiene;
solo mira por la vidriera para ver que pasa.

Y ve: el litro esta de pie, borracho
y los platillos de la balanza, alegres, se hamacan.
Piensa: las ollas cuelgan reseca y la cocina esta fría;
cinco personas permanecen en casa, sentadas con las cabezas gachas,
y se dice: voy a entrar, probar fortuna.
Estira el cuerpo hacia la puerta, pero continua parada.

Regresa por sin a casa, cruza el patio;
en silencio se escabulle escaleras arriba hasta nuestra pieza,
se detiene, apoya sobre la puerta el oído
y oye el gemir hambriento de gente y vajilla.
Mas pesada se vuelve su cabeza y mas triste su mirada,
y ya va de nuevo mi madre camino de la tienda...

ENVÍO:

Transeúnte que por nuestra calle, te cruzas de mañana
con una mujer pálida: es mi madre.

Y aunque por su aspecto parezca
estar por cometer algo terrible
en realidad apenas se dispone a pedir fiado un poco de comida,
una pieza de pan, algo de arroz, algunas papas.

Polvo

De cada tierra que habité
sólo fue mío
lo que se adhirió
a mis zapatos.

De regreso de todos los caminos,
despojado aun de un nuevo sueño,
no conozco el sabor de la tierra todavía,
solo el sabor del polvo.

Letras

Las letras góticas son punzantes:
bayonetas, lanzas y cuchillos.
Las letras latinas son redondas:
barriles repletos de vino.

Las letras judías, que no se emborrachan
con sangre ajena ni con vino,
son angulosas, floridas, encorvadas,
como la suerte de mi pueblo judío.

ITZJOK IANASOVICH (ISAAC JANOSOWICZ*),
*nacido en 1909 en Iezev, cerca de Lodz, Polonia.
Participo en el movimiento de trabajadores judíos de
Lodz. Al estallar la guerra, recorrió toda Europa
oriental como refugiado, hasta recalar, en 1952, en
Buenos Aires, Argentina, donde desarrolló una
intensa actividad literaria y periodística. En 1973 se
radica en Jolón, Israel, donde redacta la revista
literaria, “Bai Zij”. Fallece allí en 1989.*

Ay...

Ay del secreto
cuando la noche salga del ojo del búho
y le diga a Dios:
—Señor, ya no puedo seguir callando.

Ay de la oscuridad
cuando el sol se alce ante Dios
y grite:
—Señor, danos colores.

Ay de todos nosotros
en aquella hora tempestuosa
cuando las uñas del león se ablanden
y las ovejas se arrojen sobre el a devorarlo.

Me equivoqué...

Te equipare al sol
y me equivoque.
El sol alumbró el día entero
y blanqueó todas las sombras.
Pero cuando partió al anochecer
todo volvió a tornarse gris.

En cambio tu me iluminas
incluso estando ausente.

Latinoamericana

A

Allí donde el idioma se acaricia a sí mismo en el entrebesarse de las palabras;
allí donde la canción es triste y provocativa como una bailarina de zamba;
allí donde el amor es consagrado por el sangriento puñal de los celos
y la soledad enciende la ardiente noche de carnaval
en una prolongada violación;
allí, solamente allí plantó el refinado colón su primer pisada
luego de haber exclamado triunfante: ¡tierra!

Todo lo que crece en el paraíso, crece en Latinoamérica.
Aquí posee el cielo abundantes estrellas para cada rancho.
Aquí tiene la pampa caballos suficientes para cada lazo.
Hasta las bestias que iluminan las tataratinieblas del bosque
con la verde fosforencia de sus ojos,
son sagradas:
en sus entrañas se encuentran los sepulcros de los patriarcas.

Dios detuvo sobre nuestra tierra su tempestuoso carruaje
y ató sus caballos al umbrío ombú.
Nuestros ríos son los espejos de la eternidad.
Nuestras montañas son los lechos del tiempo adormecido.
igual que antaño, hace mil generaciones, aún viven sobre nuestros cerros
los rojos dioses de los quechuas, charrúas y guaraníes.
En los valles aún hoy se sigue tomando el espumoso mate verde
con el antiquísimo ritual de los aztecas
que perforaban, con sus flechas, el corazón de la luna
y acumulaban sus fragmentos de oro en las catacumbas de sus reyes

B

¿Quién afirma que los que murieron ya no viven mas?
¿Quién asegura que los caídos en batalla
no conducen mas guerras?

En Latinoamérica un día recién nacido, tiene ya mil años.
Cada ocaso inaugura aquí una noche aun más antigua que el caos del génesis.
Cada niño es aquí, su propio bisabuelo.
En su sangre gime el esclavo y se regocija el esclavizador.
Su cuerpo constituye el campo de batalla donde vencido y vencedor
se abrazan en la borrachera de la mutua matanza.

Por separado es cada uno de nosotros un águila montaraz
diestro en su sueño—vuelo de rey y dominador,
pero reunidos somos un hato de asnos que cualquier látigo
puede arrodillar y someter.

Orgullo y sumisión, esta es la cruz
que arrastramos camino del gólgota,
para morir en la dulce voluptuosidad de la insurrección.

Oh, no existe mayor placer que el de la rebelión.
No existe, no existe felicidad mayor que la de derrumbar muros:
muros de palacios, de cárceles y de los propios hogares
construidos por manos heridas
y amasando cuerpos queridos entre los cimientos.

C

Allí donde cada cual es un señor en su fantasía,
y cada cual posee, en sueños, todo lo que desea,
allí florece el orgulloso árbol de la libertad.

Allí donde el cuchillo responde con agudeza a tu ofensor,
allí donde la guitarra reúne a tus amigos
y ablanda el duro corazón de tu amada,
allí mora la fuente de la dicha.

Incluso si inclinas la espalda sobre un campo ajeno
y depositas la cosecha en un granero ajeno,
eres un hombre libre y nadie puede forzar tu corazón
para que estime aquello que desprecias.

Oh, extranjero,
no es una vergüenza vivir en una jaula de madera y lata;
no es humillante criar hijos bajo una enramada;
lo vergonzoso es alquilarse para el trabajo cuando no se tienen hambre,
cuando la botella de vino aún no esta vacía
y es posible prolongar aún la dulce hora del amor
por toda una jornada de dios.

Malditos sean los malvados
que encendieron en nuestra sangre la envidia
hacia quienes poseen cosas innecesarias
y conseguirlas exige trabajar duro la semana entera...

D

¿Has prestado atención alguna vez al canto de Latinoamérica?
Hace mil años introdujeron en sus canciones,
los pueblos de nuestro continente, el clamor por la desdicha presentida.
El presentido final.
Entonces se percibe en nuestras canciones, la desolada pena de la extinción;
en nuestros cantos flota, entonces, el polvo de reinos desmoronados,
y como le humo de una llamarada hace tiempo extinguida
y como la ceniza de un fuego que hace mucho ardiera,
llora en nuestro canto el miedo por un peligro
que, de cualquier forma, y alo destruyo todo.

E

Oh, qué hermosas son tus playas, Latinoamérica, cuando cae el sol
y tiñe las olas de un color rojo—cobre.
Y que hermoso, que hermoso como chapotean en nuestras aguas los tiburones
luego de haber destrozado con sus dientes oblicuos
—y devorado ávidamente—
a aquellos que se sublevaran contra el dictador del país.

Oh, heroicos muchachos rebeldes,
oh, luchadores por nuestra libertad;
cuando otro tirano decapite a vuestro verdugo
hemos de cantar en hermosas canciones
vuestra muestra heroica.

Latinoamérica posee la magia de las canciones
que transforman el infierno
en un paraíso de cantos.

F

Diez mujeres tuvo el Don Juan criollo.
En cada caserío donde trabajaba una temporada, o dos,
tomaba una mujer y ella le daba un hijo.
Pero el sabia muy poco de sus hijos
porque cuando se marchaba del caserío
empujado por su afán errante
los dejaba en brazos de su madre.

Solo amaba a una, a la hija menor de su última esposa,
a ella la mimaba y hasta le compraba golosinas.
Aunque a la madre al azotara con el látigo
porque su piel ya era tan dura como el cuero de una vaca vieja
y sus pechos le colgaban hasta las rodillas.

Su hija hubiera cumplido catorce años,
en el otoño venidero, luego de la cosecha de alfalfa.
Pero la desgracia sobrevino antes,
en plena efervescencia del carnaval,
cuando él la perdió en una apuesta en la taberna
junto con su cuchillo y un rebenque.

Oh, no abra de evitar la desgracia aquel a quien la mala suerte
le echa el lazo, amarrándolo como a un caballo en la pampa,
¡por todas las putas madres hasta la séptima generación!
Menos mal que salvó la guitarra
y ahora, cuando su corazón desborda de pena,
encuentra consuelo con la tristeza de la canción.

¡Oh, vida mía, vidalita!
Que hermosura sus pechos jóvenes cuando se alzaban como cuernos;
con que dulzura sus caderas llenas
despertaban una calle entera de muchachos,
¡oh, vida, vida, vidalita!

G

Amor es en Latinoamérica profundo y efervescente como el mar.
Amor es en Latinoamérica, misterioso y oscuro como la muerte.
Entre nosotros amor y violencia marchan juntos
y tras ellos viene la canción.

¿Oíste alguna vez aquel hermoso canto de amor y traición?
Ella, la bella muchacha, era la mujer de un fiero jaguar,
alguien cuyas charreteras eran de oro puro.
Pero ella amaba al peón, joven, buen mozo, que atendía a su marido
y cepillaba su caballo marrón.

Una noche de luna, los olfateo el fiero jaguar entre las hierbas,
pero no los mató en cuanto los descubrió.
Largamente los acecho en las sombras del placer,
y recién cuando el amor de ellos
alcanzo el momento en que los instantes crecen como soles
y encienden las tinieblas de la noche,

Los consagro con el signo de la cruz
Y hundió sus dientes en las dulces carnes
De la traidora mujer
Y se emborracho con la sangre del ardiente muchacho.

Matar por amor y traición
no tiene castigo de la ley entre nosotros;
Dios mismo es, en esos casos, el juez. Solo él
puede juzgar el corazón del hombre engañado.

Sucedió así: el fiero jaguar
tomo luego otra mujer
más joven que aquella muchacha traicionera.
Pero desde entonces no tuvo más un peón para su caballo
e incluso vendió su caballo marrón
cambiándolo por un automóvil nuevo;
un nuevo automóvil *made in usa*,
obsequio del dictador a su fiel general.

H

¿Es este, acaso, el fin de la canción?
Oh, no; una canción no tiene fin,
porque donde se clava la aguja: pecado,
sigue detrás el hilo: castigo.

Una noche habrán de sublevarse sus compañeros,
los que están sentados a su alrededor
y han de organizar una conspiración contra el dictador del país
porque a ellos no les obsequio automóviles nuevos,
y entonces ya ha de recibir su paga
por la muerte de la muchacha,
por la sangre del peón
y por los rebeldes que los tiburones devoraron.

ISROEL EMIOT (ISRAEL EMIOT*), *seudónimo de Israel Goldvasser nacido en 1909 en Ostrov—Mazowieka, Polonia, en el seno de una familia religiosa. Comienza a escribir poemas religiosos pero al estallar la guerra pasar a la URSS donde su poesía se vuelve universal. De la URSS es repatriado a Polonia y de allí parte a Rochester, EE.UU. donde se radica y donde fallece en 1978.*

Camino de retorno

Arropa tu rostro en mi ánimo
como el árbol agitado
envuelve su cara asustada
en la noche.

Soy una cuna conmovida
para un mundo adormecido
que recién recuesta
sobre mi su cabeza enferma.

Envuelve en mí tu rostro,
ha de ser más hermoso y triste;
la muerte que me repleta
es buena, piadosa y suave
como un canto triste
en boca de un niño,
y como el viento
que duerme acallado
sobre un árbol
besando en sueños las ramas.

El mundo te vio...

El mundo te vio
y ya por siempre,
ebrio de alegría,
ha de rodar así
en su propia esfera
día y noche
noche y día.

Descubrí tu senda en mí;
entonces olvide la muerte
y empapé de alegría
como un fruto con zumo.
Cada desgracia ha de hundirse
en el cuello como un cuchillo
pero sin alcanzar el alma.

1928

HIRSH OSHEROVICH (HIRSH OSHEROWITCH*),
*nacido en 1908 en Ponieviez, Lituania. Estudio en la
universidad de Kovno. Durante la segunda guerra
mundial vivió en Kazajstán y luego de la guerra volvió
a Lituania donde vivió hasta 1971 cuando abandono
Vilna para radicarse en Jaffa, Israel.*

Creación

Pulo la palabra como una piedra,
y la moldeo como a arcilla.
Hay que corregirla y no sé
si golpearla o amasarla.

La tiendo y la amaso, resulta demasiado dura;
trato de martillarla, es demasiado delicada.
Para expresar todo lo que hay que soportar de las palabras,
faltan palabras...

E incluso si ya lo lograrse...

E incluso si ya lo lograrse
quitarle al cuervo
su gabancito negro,
¿acaso se volvería
una blanca paloma?

¿y que sucede si sigue siendo un cuervo?
Cuervo, y desnudo por añadidura...

Fénix

Que tremendo ansiar dicha después de la masacre;
secar pañales sobre la cuerda de una horca,
e incluso pensar que la mayor maravilla
reside en el mágico vocablo: "¡olvida!"...

¡Del polvo, la ceniza, la sangre y los escombros
rescata un instante que permaneció ileso,
órdénale crecer, volverse hora, día,
año, vida de hombre, tiempo de generaciones,
eternidad, infinito;
y destroza el fin con un nuevo comienzo!

BINEM HELER, nacido en 1908 en Varsovia, en un hogar humilde. Con Shulshtein es de los líderes del grupo de poetas proletarios de Polonia. Perseguido por razones políticas se ve forzado a abandonar Varsovia, viviendo en Bélgica y en París para retornar luego a Polonia. Durante la guerra se refugia en Bialystok, Alma—Ata y Moscú viviendo después de la guerra nuevamente en Varsovia, en calidad de redactor de la editorial “El libro judío”. En 1956 emigra a Israel, Tel Aviv, donde fallece en 1994.

Polvo

Entre la polvareda
llega la caravana.
Camellos,
con paso pesado,
cargados de pillaje.
Los beduinos dormitan.
pero de pronto se levanta uno
me sienta en el viento
y me ordena volverme polvo.

La caravana desaparece.

Interminable

¿He de arribar a alguna parte?
¿Es que acaso existe un destino?
Incluso a la muda piedra, me parece,
el sueño s ele inquieta
cuando me ve por el camino,
cuando escucha un lejano eco
del errabundo andar divino.

Y también esto...

Y también esto es como un pasatiempo:
las pasiones del corazón, que yo anoto,
las palabras en que hurgo y que escojo;
un cierto pasatiempo.

Y esto también es como no hacer nada:
aguzar para cada tono el oído,
hacer creer que uno está ocupado;
un cierto no hacer nada.

Y esto también es un cierto autoengaño:
huir del riesgo de la mortalidad,
jugar a señor de la eternidad;
un cierto autoengaño.

AVROM GONTARN, nacido en 1908 en Berdichev, Ucrania. Egresado de la Facultad de Literatura del Instituto Pedagógico de Odesa, publicó poemas, obras teatrales y cuentos en diversas revistas y publicaciones. Entre las dos guerras cumplió diferentes misiones para la URSS. Luego de la guerra y con la aparición de la revista literaria en ídish Sovietish Heimland –Hogar Soviético— se transformo en uno de sus más activos colaboradores, falleciendo en 1981.

A un niño que duerme

Ya te hubiera despertado hace mucho,
ya es tiempo...

Duermes tan a gusto.

A pesar de tener tu almohadita infantil
apretada a la mejilla

puede que en sueños estés tremendamente lejos.

Una piernita rosa asoma de bajo la colcha;
un pie nunca lastimado todavía.

No hallaras espinas en tu senda;

pero han de tocarte también a ti seguramente
rutinarios días difíciles.

Ahora vuelas en sueños

hacia estrellas desconocidas;

entonces detengo mi mano;

si tocase tu hombro ahora

podría destruir tu dulce sueño.

Para no inmiscuirme en él
retrocedo.

Aun cuando todas tus horas

estuvieran unguadas de dicha

no quisiera robarte

el mínimo momento.

SHMERKE KACHERGUINSKI (SZ. KACZERGINSKI*), nacido en 1908 en Vilna, Lituania y fallecido en 1954 en Argentina, en un accidente de aviación. Perteneció al grupo literario Joven Vilna junto a Leizer Volf, Grade y Sútzkever. Durante la segunda guerra mundial actuó en los bosques como guerrillero contra los nazis y compuso canciones que cobraron rápida popularidad en los guetos. Las que se publican aquí son un par de ellas. Luego de la guerra deambuló Kacherguinski por diversas ciudades para radicarse por fin, en 1950, en Buenos Aires.

Himno de la juventud

¡Nuestro canto esta repleto de tristeza
pero fuerte y audaz es nuestro andar!
Aunque el enemigo vigile los portones
arremete, juventud, con un cantar:

Joven es todo aquel que quiera serlo,
no interesa la edad;
ancianos también pueden ser hijos
de un nuevo tiempo de libertad.

A todo aquel que anda los caminos,
a todo aquel que pisa con coraje,
la juventud le sale al encuentro
trayéndole del gueto novedades.

Nos acordamos de cada enemigo
y a cada amigo recordamos,
siempre relacionaremos
nuestro presente con nuestro pasado.

Consolidamos de nuevo nuestras filas;
reunimos a nuestros compañeros,
marcha un forjador, un constructor...
marchemos todos junto a ellos.

Joven es todo aquel que quiera serlo,
no interesa la edad;
ancianos también pueden ser hijos
de un nuevo tiempo de libertad.

Itzik Vitemberg

Emboscado en alguna parte
el enemigo acecha como una fiera;
en mi mano vigila el *mauser*,
pero de pronto,
entre las sombras, aparece *gestapo*
llevando encadenado al comandante.

La noche rasga el gueto
con relámpagos.
—¡Alarma!— gritan portón y muro.
y aparecen fieles camaradas,
que ya le quitan las cadenas
y desaparecen con el comandante.

Muerte ante los ojos;
la noche ha huído;
febril de inquietud
el gueto arde.
Gestapo ha emplazado al gueto:
—¡La muerte o el comandante!

Entonces dijo Itzik
y sus palabras corrieron como un rayo:
—No quiero que por mi entreguen
la vida al enemigo...
Y erguido ya marcha hacia la muerte
el comandante.

De nuevo acecha el enemigo
emboscado como una fiera;
más firmemente te aferro, *mauser*, en mi mano;
ahora me resultas doblemente valioso;
sé tú mi libertador ahora,
sé tú ahora mi comandante.

1943, gueto de Vilna

ARIE SHAMRI*, nacido en 1907 en Kaluszyn, Polonia y fallecido en 1978 en Israel, en el kibutz Ein Shemer del que fuera uno de los fundadores. En 1932 se radicó en la entonces Palestina comenzando a escribir en hebreo e ídich para optar finalmente por volcar en este último idioma su experiencia israelí.

Hoy

Hoy reconocí en mi sombra sobre el muro
que también esta solo cada dedo en la mano.

Solitario, en la espesura del bosque, se abre camino un árbol.
Solitaria madura una espiga en la vastedad del campo;
y entre una multitud de solitarios
va por el mundo inmenso el ser humano.

A través de mis cristales
seguí con la mirada el vuelo de los pájaros
y, sean cuervos o palomas,
cantan todos los pájaros a solas
cuando vuelan elevados.

No estés triste, soledad;
no estas, soledad, sola.
bendita seas
por el hombre, el pájaro y el árbol.

Espigas

Así se acunan las espigas,
como motitas de oro en el vasto mar.
Una ola se retira, otra se levanta,
silenciosamente, como anda el segador.

Así se arrebujan las espigas
con el secreto del cielo en la tierra;
apeñuscadas en el azul
su atención puesta en el gran silencio.

Así se estiran las espigas
incluidas en el extenso mar.
Las espigas se inclinan
y continúan siendo altas igual.

NOJEM BOMZE, nacido en 1906 en Sasov, Galitzia, su apellido paterno era Frishvaser, habiendo adoptado literalmente el apellido materno. Décimo hijo de una familia de comerciantes, comenzó su tarea literaria en Lemberg y a principios de los años 30 se radicó en Varsovia donde publicó varios volúmenes de poesía. Durante la segunda guerra estuvo movilizado en el ejército soviético y luego se radicó en Nueva York. Allí lo sorprendió la muerte en 1954, mientras recopilaba los poemas de Mani Leib.

Para tí

Ya no te quiero más. Pero tus caballos
continúan sofocándome de noche.
Puedo jurar que en realidad
no había pensado en ti.

Ya no te quiero más. Pero tus ojos
siguen mirándome tristes todavía,
y en sueños permanezco inclinado ante ti
como siervo ante su amo.

Ya no requiero más. Pero tus palabras
cantan como charcos bajo lluvia.
En sueños sigo dispuesto a seguirte
por todos los caminos.

Ya no te quiero más. Pero por los senderos,
a esa hora que entre día y sueño
aun habremos de encontrarnos.
A esa hora que entre día y sueño.

Elegía

Los ejemplares no vendidos de mi libro
han de deambular por el viejo ropero.
Mi madre habrá de lamentarse:
—¡Valía la pena acaso secarse la cabeza!
Y en su corazón envidiaría a Itzik, el del vecino;
tiene mi misma edad y ya logro ahorrar dinero.

Entre las mil carillas del *léxicon* de Zalmen Raizen,
entre decenas, centenas y tal vez millares de rostros
también habrá de sonreír mi cara enflaquecida:
Nójem, uno que se llamaba Nójem, joven poeta.

IOSEF RUBINSHTEIN, nacido en 1904 en Skidei, localidad vecina de Grodno, Rusia Blanca, vivió hasta la estallido de la segunda guerra mundial en Varsovia, la ciudad que fuera su gran amor. Pasó la guerra en la URSS, vuelve a Polonia por un corto periodo y por fin se radica, en 1948, en Nueva York, Estados Unidos, falleciendo en 1978 en el curso de un viaje.

Alma—Ata¹⁰

(Fragmentos)

*

La ciudad se llama Alma—Ata, el padre de las manzanas;
un blanco incendio arde sobre ella en días florecientes.
Ella trepa montaña arriba por altas calles vueltas escalera,
y sin despedirse siquiera, cae al valle, cansada...

a su alrededor, en orgullosa indiferencia, se reúnen las montañas,
y desde lo alto observan como , por las rodillas, abajo
envuelta en gasas de niebla del primaveral retoño,
trepa, como con zancos, una ciudad blanca.

*

Me parece: comen un río se refleja la nieve de las montañas
en el blanco enceguedor de sus paredes,
y en la blanca ciudad alada, en flotante vuelo de aireados manzanares,
levanta, de improviso, vuelo en el azul de la mañana.

De pronto una rosa pálido enciende nieve, montañas, tejados
y la madrugada despierta las ventanas con desbordante vino rojo.
La ciudad despierta de su sueño, comienza a alzarse
y bajo el resplandor del sol, va a echarse a flotar en cualquier momento.

*

El viejo kazajo esta de pie al lado del arrodillado camello,
y sonrío enigmático en dirección del desierto.
En las pequeñas ranuras de sus ojos, se enciende una llamita
que cruza rápidamente y se apaga con un resplandor inquieto.

Todo alrededor arde, una estepa—desierto de aliento siempre ardiente;
como nubes, navegan las montañas por el horizonte.

Me parece ser de nuevo un niño y, de pronto surge ante mí
infantil y cercana, una imagen del *jeider*¹¹...

*

Imagino que el viejo es, sin duda, Eliezer¹²
recién venido de lejos, de Aram—Naharaim.
Y la niña que juega todavía con cuentas de vidrio
en Rivka... el viejo permanece de pie, acariciándose la barba,

y mira enigmáticamente por sobre el desierto;
sin duda conoce mi pensamiento y guarda para sí el secreto
que solo el sabe bien. Sonríe por lo tanto,
y yo siento el halito de Dios sobre mí, como en otros tiempos.

París

París,
de la monarquía suecia, del norte invernal
hoy llego un huésped,
ni marqués ni príncipe,
solo un triste huésped escapado del país de las ruinas,
un judío consumido a medias por las llamas,
que el destino o el capricho
trajo aquí.
Esta parado ahora al lado del tren, encandilado por la luz del día,
con ojos nocturnos, somnolientos y asustados.
¿Qué piensa? ¿Qué espera? Nadie ha de venir
a recibirlo con flores.
Puede que un amigo, falto de hogar como él,
compañero de enramia,
venga a ayudarlo a arrastrar los bultos.
Esta parado entonces esperándolo. El tren escandinavo
respira pesadamente, resopla todavía,
descarga todavía con bufidos el terror de los inquietos caminos europeos,
y él, el triste huésped, sobre el andén enfrente,
murmura calladamente una insólita plegaria:
—¡París, vengo agobiado; sé buena conmigo.
Desde lejanos días juveniles
vengo hacia ti con pasos nostálgicos.
Percy tu voz desde las lejanías,
a través de las calles de Varsovia; en poemas y libros;
ahora estoy aquí, vine hacia tí.
París, sé buena conmigo,
con el errante judío!

KEHOS KLIGUER (KEHOS KLIGER*),
*nacido en 1904 en Vladimir—Volinsk, Volín,
Rusia, su padre era músico y compositor. En
1936 se radicó en Buenos Aires, Argentina,
donde produjo la totalidad de su caudalosa
obra poética, una parte de la cual se halla
reunida en once volúmenes, mientras que
otra parte, tal vez la mayor, aun se
encuentra dispersa por las paginas del
diario Di Presse en el que colaboró
permanentemente. Tradujo a muchos poetas
latinoamericanos al ídish. Falleció en
Buenos Aires en 1985.*

Paisajes de Israel

Palmeras alrededor del Río Kishón

Están de pie, tomadas del cuello,
abrazadas como viejas hermanas tristes,
a orillas del Kishón
a manos del destino bajo los ardores del sol
y bajo los chaparrones torrenciales del *malkosh*
que tironea sus pesadas coronas
y las inclina a la abrasadora arena
impetuosamente, con enojo, con fuerza.

Esporádicamente el grito de un pájaro,
un canto de ave en la madrugada,
el alegre abanico de un ala
en joven aleteo.

Por generaciones de nubes,
de eternos soles y estrellas,
permanecen las palmeras de pie, sin sombras,
y esperan angustiadas que llegue población.

De noche,
cuando los chacales aguzan con su llanto
el silencio que llega a las estrellas,
las palmeras levantan salmos
y se abrazan en una sola suerte
como viejas hermanas unidas en el estremecimiento
de noche y de desierto.

Un águila

Hacia el sur ve el Gilboa cobreado por el sol;
al este
los afilados montes de Guilad.
Por encima
el granito del cielo sin fin;
por debajo
bosquecillos de eucaliptos y cipreses.
Pero ella misma,
la orgullosa águila de Ein Jarod,
se halla encadenada por una argolla
a una piedra.

La joven cabeza, el pico,
entre las cerradas alas de la tristeza.
Las patas, las uñas aguzadas
bajo el pesado cuerpo de la soledad.
La reina de los espacios azules,
con ojos abiertos, permanece adormecida y sueña.

Pero de noche, cuando se esparce sobre ella
el polvo verde de las estrellas,
cuando los chacales trepanan con voces gimientes
la profunda montaña y las sombras del valle,
comienza la reina de los lejanos soles a lamentarse.
Su voz dolorida se tiende por sobre el Guilboa,
de allí a los montes de Guildad
y llega hasta las montañas de Efraim.

Entonces el llanto del águila semeja
El llanto de un mesías prisionero.

Narguiles y túnicas

Domingo. Fresca y soleada se tiende azul sobre Acre
la abierta sombrilla redonda del cielo.

Por laberínticos barrios,
retorcidos y polvorientos,
se arrodillan sobre la tierra reseca y abierta
deshidratadas tienduchas verdeamarillas.

La oscuridad brota pedregosa de la oscuridad de las cuevas,
Por sobre chozas bajas, rotosas,
bordadas con telarañas,
anda el sol con patas de rayos
como una enorme araña de fuego.

Tras un derruido cerco de ladrillos
fantasea un asno, inclinada la cabeza.

Una cabra, como una mancha blanca,
tiene la mirada perdida en el lejano azul ventoso.

Afuera, al lado de una pequeña, chata taberna
golpean desnudos dedos de sandalias,
se inflan largas túnicas desgastadas,
coloridos pañuelos de cabeza enroscados.
Rojos feces arden como llamaradas.

En altos vasos vuelcan arak,
narguiles burbujean.
Bigotes recortados, barbas blancas,
espesas charlas guturales,
carcajadas colectivas.
Los narguiles burbujean sin descanso.

Invasión del sol, pereza oriental.
Pensativo silencio de siglos
ante el eterno chapotear de las olas a las orillas del mar,
tras las transparentes lejanías montañosas.

Y quietud,
aburrida, burbujeante quietud
en el fino vapor enrulado de los narguiles.

Medianoche

Sombras sobre el mar.
¿De dónde brotarán tantas sombras
sobre el mar sin luna?

El barco lleva sus luces apagadas.
en la medianoche duermen las cabinas.

Mis ojos
posados sobre el enorme océano aterrador
se beben las sombras.

¿Y no serán todas las sombras, una sola,
yo mismo?

¿Y hasta cuando habrán de perseguir al barco
por las altas aguas del ecuador?

Todo alrededor, encima y debajo,
oscura, secreta abisalidad.
Húmedo trópico
en la profunda garganta negra de la noche.

El cielo sin estrellas se vuelve nube
cercana, lluviosa.

Sombras sobre el mar.
Sueños rasgados en la espesa oscuridad
cargada de oleaje.

Mis ojos sueñan en el mar
y se beben las sombras.

Little Rock

Lincoln,
levántate de tu sillón de piedra
y márchate hacia little rock.
Faubus tortura a tus hermanos liberados.

Yo, un poeta judío
traigo para ti tristes noticias
de tus esclavos de color
en Noráfrica,
en india,
en Dakar y Medina,
Barbados y Saint Thomas,
en Trinidad,
Brasil y Harlem.

(En Trinidad
vi la escalofriante imagen negra
de un linchado
hamacándose cabeza abajo en un árbol.
Solo el día lagrimeaba suavemente.

En Santos
vi el torcido rostro muerto
de un negro acuchillado;
el cuchillo en el vientre todavía
y un gato blanco lamia sus entrañas.)

En todas partes oí
el grito de la piel negra.
En todas partes vi
el ardor de la encendida furia negra.

En todas partes oí
su canto, que brota de dolor
En todas partes vi
la negra llamarada de manos hechas puño:

oh, valiente leñador,
vuelve tu maciza espalda
hacia la ardiente nube,
la enloquecida turba de Arkansas,
y observa como, para vergüenza
de tu enorme país democrático
a la luz del siglo veinte,
arde la gran hoguera
en la pequeña Little Rock.

Blanco y negro permanecen tensos en excitada lucha.
Puño contra puño
de hermano contra hermano
en vital pugna de luz sombra.

Faubus y Eisenhower.
Alambre de púas y bayonetas.
Sangre y lágrimas.
Odio.
Ira.
Rencor y dolor en el alto día luminoso
del siglo veinte.

(Y Langston Hughes de Missouri
es todavía tu joven alegría rítmica.
El lustroso músculo de acero de Owens
es todavía la gloria de tu fuerza.
Y el arpa vocal de la Anderson
arranca todavía la lágrima y el beso
desde el triste Missisipi
hasta el alegre Hudson.)

Veinte millones de hermanos negros
en tus cuarenta y ocho Estados
son cuarenta millones de puños encendidos.
Pero veinte millones de pares de ojos inyectados en sangre
levantan su fuego hacia ti
en un solo, singular, profundo, rugiente grito:
—¿Poderoso libertador,
ven a liberarnos otra vez!
¡Valeroso redentor,
ven a redimirnos de nuevo!

Lincoln,
baja de tu sillón de piedra
y apúrate hacia Little Rock.
Faubus tortura a tus hermanos liberados.

IANKEV GLANTZ (JACOBO GLANTZ*), *nacido en 1902 en la colonia judía Novovitebsk, en las cercanías de Jersón, Ucrania, fue maestro de ídich y de su literatura en las escuelas ORT de Odesa. En 1925 se radicó en la ciudad de México donde ejerció diversos oficios. Comenzó escribiendo poesía en ruso y luego en español, pero la casi totalidad de su obra, que incluye poemas y ensayos, fue en ídich. Falleció en la ciudad de México en 1982.*

Señales en la memoria

*

Tú eres como la piedra
que no sufre
y como el pájaro
que sufre, si,
pero sin saber por que.

*

Arrancando de la tierra
como del pezón de mi madre,
me desespero por ascender
y sangro.

Y allí, debajo de mí, lejos,
descansa un valle paradisiaco
con hierba y árbol.

*

Y observa:
un pequeñísimo judío
ara allí, con una espada, el cielo.
Y un pequeño violín
suena y llora solitario
desde el suelo.

*

Y observa: el campesino
marcha por su tierra espinosa
y arranca las espinas
con los ojos.
Y el buey
anda inclinado, en silencio,
y ara con sus cuernos.

*

El viento lleva
sobre su labio tembloroso
un sollozo de niño
arrancado de su casa.
El llanto del mar
no ha de agotar
el dolor de un niño
solitario.

ITZIK MANGUER (ITZIK MANGER*), nacido en 1901 en Chernovitz, su padre era sastre y sustentaba el hogar con grandes dificultades. Sus abuelos fueron un colchonero y un carrero y él mismo trabajo como ayudante de sastre. Su trayectoria en la poesía ídich tiene un profundo calor popular y se nutre en los folklores judío y eslavo. Su obra, que incluye poemas y baladas, fue escribiéndose a lo largo de una vida vagabunda, cuyo último puerto fuera Tel Aviv, ciudad Israelí a la que arribó, en medio de homenajes oficiales, en 1967 y donde falleció dos años mas tarde.

Años enteros rodé

Años enteros rodé por tierras extrañas,
ahora voy a rodar por mi propia tierra.
Un solo par de zapatos, una sola camisa,
en la mano el cayado, ¿puedo andar ya sin él acaso?

No voy a besar tu polvo como aquel gran poeta
aunque también mi corazón rebase de canto y llanto.
¿Qué significa besar tu polvo? *Yo* soy tu polvo
y quién, por favor, se besa a si mismo.

Voy a quedarme absorto ante el azul del Kineret
cubierto con mi ropaje miserable:
un príncipe perdido que encontró su azul
habiendo sido el azul su sueño de siempre.

No voy a besar tu azul; sólo permanecer callado,
sencillamente, como plegaria.
¿Qué significa besar tu azul? *Yo* soy tu azul
y quien, por favor, se besa a sí mismo.

Voy a detenerme, ensimismado, ante tu enorme desierto
y sentir los pasos de viejas generaciones de camellos
que hamacan sobre sus jorobas por la arena

sabiduría, mercancía y el viejo canto errante
que tiembla sobre las arenas ardientes como brasas,
muere, recuerda, y no quiere sucumbir.

No voy a besar tu arena; no y mil veces no.
¿Qué significa besar tu arena? *yo* soy tu arena
y quien, por favor, se besa a si mismo.

Su excelencia, mi padre

Te veo ante mí, el vaso de vino en la mano.
contándome tu vida en maravillosos versos;
te lamentas de la temprana muerte de mi madre,
mientras la tarde, tras la ventana, contiene el aliento.

Un fulgor sagrado envuelve tu cabeza;
si lo vieras lo tomarías seguramente a broma,
como a mí, a mis libros y a todos mis sueños
y lo mandarías al fin a todos los demonios.

¡Si excelencia, bondadoso, viejo maestro sastré!
A todos los espíritus conjuro aquí, entre extraños,
para que protejan tus pasos cansados...

Y pese a ser un *tipo*, de aquellos *pobres tipos*
que me profetizabas en tu jerga germana,
te lleva consigo hacia tiempos futuros, este, mi canto.

Amor

Esbeltos ciervos recorren los montes nevados
y sus cuernos de plata enganchan la luna,
pero la luna vierte bondad sobre ellos.

Mi madre los cuida; los sigue paso a paso,
y para que no los olfateen los lobos del bosque
apaga en la nieve sus rastros.

Mi madre murió hace ya muchos años
pero, con brazos abiertos al viento,
sigue andando su amor por el espacio.

Acuna la inquietud de los senderos;
quieta el mal de ojo a las pequeñas liebres
y llama *hijo* al mínimo gusano.

Su amor ni en la tumba le da descanso.

He aquí que abre su libro de oraciones ante las estrellas
y reza, reza, para que Dios la oiga.

En mi sueño refulge su llanto.

Balada del judío que se elevó del gris al azul

La mañana gris, descalza en el patio,
golpea la ventana mas humilde.

Despierta el pobre judío
y viste sus ropas grises.

Toma el cayado gris en su mano
se pone el atado al hombro,

y se hecha a andar con un paso lento
junto con el gris sendero.

Anda y anda y el gris se torna
espeso y pesado como plomo;

se entristece el gris judío
y una lágrima brilla en sus ojos;

una gran lagrima que rueda en silencio
hasta caer sobre su barba gris.

La barba gris del judío se ilumina
con un pequeño resplandor plateado.

Pero, ¿Qué dura el resplandor de una lagrima?
un instante, dos, y ya no está.

Se detiene el judío ante un árbol gris
y dice en voz alta una plegaria:

—¡Dios mío! Borra el gris
de todos mis caminos,

y que mi errancia por el mundo
sea al menos luminosa.

Terminada la oración se aligera su corazón
y la plegaria aletea ante él,

una mariposa azul, un puntito azul
en el paisaje gris sobre gris.

Sigue andando el pobre judío
y entre los caminos divisa

una posada gris en cuyo umbral
hay una mujer rubia vestida de azul.

Se agrandan, sedientos, los ojos del judío
y se beben el azul.

Dice la mujer: —Dios sea contigo, judío;
debe de haberte cansado el camino.

Descansa un poco entre nosotros;
tenemos suficiente pan y vino.

Con mano cansada abre la puerta el judío
y ve una casa encalada de azul.

En un rincón esta sentado el posadero
con el benjamín sobre las rodillas,

Y le cuenta de un reino azul
rodeado por un río azul.

Escucha con atención el judío
y agobiado de azul, queda dormido.

Teje su sueño un camino y es azul;
el cayado es azul, el morral es azul,

y es azul el pájaro que pasa volando
y son azules el río, el bosque y el campo.

Se asombran el posadero y su mujer
viendo como brota del judío el azul,

repleta el cuarto y rebasa
hasta inundar de azul toda la casa.

¿Oyes? ¿Quién llora?
El gris sendero llora afuera como un niño:

—¿Por qué me dejo el judío afuera, solo
abandonado a merced del viento?

—Levántate —despierta el posadero al judío—,
afuera te espera el camino.

Sonríe el judío en sueños:
esta a las puertas del reino azul.

He aquí que abre las puertas, y en el valle
ve las tres primeras ciudades azules.

Se asombran el posadero y su mujer
viendo como brota del judío el azul,

repleta el cuarto, rebasa,
hasta inundar de azul toda la casa.

Y el azul se vuelve susurro, rumor y vuelo;
murmullo, balbuceo y canto de otros mundos;

se vuelve hoja, rama, tronco y árbol;
nube, bosque y sueño en el sueño.

Y el azul se vuelve río y mar y ola,
signo misterioso y rima santa;

se hace paso, zapateo, baile y alegría;
eternidad y regocijo en el regocijo;

se vuelve relámpago y rayo y luz y brillo;
se vuelven sustancia y sombra y rostro.

Y se asombra el posadero y su mujer
viendo como brota del judío el azul,

repleta el cuarto, rebasa
hasta inundar de azul toda la casa.

Y...

Como un asesino

Como un asesino que acecha, puñal en mano,
a su victima a altas horas de la noche,
así acecho tus pasos, dios mío.

Mira, tu piedad nunca me ha sonreído todavía
a mí, al nieto de iscarote.

Estoy dispuesto a pagar con la mía
la sangre de tus profetas que arde sobre mis manos,
pese a que florece la primavera
y el pastor fascina con el plata de su flauta
y pese a que nadie me exige explicaciones.

¡Verte una vez siquiera! Comprobar siquiera una vez
que existes realmente,
que de verdad coronas al justo con tu luz
y que el cielo es verdaderamente azul,
y esconderé avergonzado el rostro.

T arrojaré las treinta monedas de plata
al viento y volveré descalzo a ti
y llorare delante de ti como un niño
que carga sobre sí la pesada corona del pecado.

Como un asesino que acecha, puñal en mano,
a su víctima a altas horas de la noche,
así acecho tus pasos, dios mío.
Mira, tu piedad nunca me ha sonreído todavía
a mí, al nieto de Iscariote.

ITZIK FEFER*, nacido en 1900 en Spole, provincia de Kiev, Ucrania, en el seno de una familia proletaria. Participó en la revolución de octubre, se afilió al PC y fue uno de los líderes de la Escuela Revolucionaria en la poesía ídish. Durante la primera guerra luchó en el ejército rojo y durante la segunda fue secretario del Comité Judío Antifascista de Moscú, en cuya representación viajó en 1943 por Europa y América en busca de apoyo judío para la URSS. Fue condecorado con la Orden de Lenin y en 1948, en el marco de la liquidación estalinista de la cultura ídish, fue arrestado siendo asesinado en 1952.

Sombras del gueto de Varsovia

(fragmento)

Disparan hacia el gueto y el gueto responde
al odio con odio y al fuego con fuego.
Fusiles se echaron a hablar con fusiles
y el gueto arde con nuevos incendios.

Llegaron como hordas esteparias
con veneno en los ojos y hocicos diabólicos,
como bandoleros que vienen por bienes ajenos,
y cayeron como cabezas desmenuzadas de repollo,
como ratas envenenadas, como liebres despavoridas,
como carroña que envenena el aire por los caminos.

Llegaron como viejos bandidos al primer *seder*¹³
para refrescar la memoria: “*fuimos esclavos*”...
pero se los recibió con rayos y relámpagos;
llovía plomo en el gueto de Varsovia.
Los pálidos reyes en blanco ropajes;
las esbeltas reinas con altas pelucas; ricos y pobres
se arrojaban sobre tanques enormes
con furia de hierro y manos desnudas;
y muchachos, recién cumplidos sus trece años,
formularon a sus padres las preguntas rituales
y esa misma noche, desde silenciosas buhardillas
llevaron en bolsitas de filacterias
la muerte a los alemanes;
lavaron las calles con llamaradas,
araron con incendios al salvaje ejército
que había retozado por Bruselas y Niza, por Cracovia y Praga.

Los tanques alemanes ardían
como bosques resecaos en julio.
Ellos creyeron que perseguirían liebres,
viejos vencidos, tribus esclavizadas,
pero aquí soplaban vientos del norte,
se sentía aquí el encendido aliento
de las noches de Stalingrado...
Donde había una casa, nacía una fortaleza;
donde había una ventana, se disparaba con furia,
desde cada rincón brotaban llamaradas,
a cada paso brillaban cuchillos...
Con plomo y muerte se echaron a discutir el mundo:
los muchachos se erguían sobre los tejados
y desde los tejados llovían disparos,
cada chimenea se volvía un refugio,
los enemigos se freían en incendios,
cada patio escupía con furia;
y quien no tenía un fusil en sus manos
tejía fuego en fábricas subterráneas:
ya nadie se guardaba de la muerte.
Y quien no tenía un cuchillo en su mano
preparaba las uñas para estrangular;
ya nadie permanecía en su casa.
Donde hubiera un cuarto, donde hubiera un altillo
en el Gueto de Varsovia, en la capital de Polonia,
ya no querían más una esclavitud silenciosa;
aquí hasta ancianos de cabeza blanca
enviaban al enemigo tiros envenenados
y caían con maldiciones y plegarias en la boca.
Ahora era el viento quien decía “descarga tu ira”¹⁴
y ríos ensangrentados corrían,
y estrellas se echaban a llorar como ojos,
y la *Agadá*¹⁵ se leía a ella misma...

Fuego

Cada cual tiene predestinado su poco de fuego
que calienta, fortalece y purifica.
Feliz de aquel cuyo encendido aporte
a las generaciones venideras no escatima.

No todos quieren darse el lujo
de arder por el mundo de mañana.
Son solo un vaho en el amanecer,
apenas una humareda sobre la batalla.

En algunos centella un rayo azul,
un solo rayo bajo helada ceniza.
Y es todo. Su apagado ánimo se encierra
en el negro marco de la melancolía.

Otro muestra una llamita tibia,
tranquila como una vela sobre un ropero;
otoños se marchitan, transcurren primaveras,
la llama no se ve. Queda en secreto.

Un tercero chisporrotea como una mecha seca
y apesta con humo creyendo arder;
pobre y oscuro se ve un temblequeo
sobre los silenciosos muros del atardecer.

Un cuarto hace estruendo con una llameante nada,
disparando fuego hasta por los codos;
pero solo provoca frío y no te impresiona,
¡son fuegos artificiales que brillan, eso es todo!

Un quinto echa humo como un cardo mojado,
sin vitalidad, sin inquietudes, sin meta;
sus días y sus años languidecen
como tristes carbones en una chimenea...

Quien necesita del jinete que concluyo so carrera
y oculta su pequeño fuego bajo llave;
alabados aquellos que marchan ardiendo
sabiendo por que y para que lo hacen.

¡Alabados aquellos que arrojaron
a los campos de lucha su fuego;
que hicieron su aporte enardecido
a las generaciones, al país y al tiempo!

1943

SHNEIER WASERMAN (SZNEIER WASERMAN*),
*nacido en 1899 en la aldea de Odaltza, cercana a Jelem,
Polonia, su padre era un humilde sastre. En 1924 se
radicó en Buenos Aires, Argentina, ejerciendo también el
oficio de sastre durante una primera época para trabajar
luego como maestro. Publicó varios volúmenes de
poemas infantiles y colaboró en diversas publicaciones
con cuentos y poemas, falleciendo en Buenos Aires en
1982.*

Mi padre en cama

La cama era el sitio de mi padre.

Mi padre en cama, un monarca entre trapos.

La majestuosa figura de un personaje bíblico:
el rostro modelado en cera amarillenta,

en la frente arrugas de siglos de hombres tolerantes;
una barba rabínica sobre el rostro de un sastre.

Su barba se veía más blanca que la almohada,
la almohada de plumas, rota y remendada.

Sobre su cabeza el manto de oraciones y las filacterias;
sobre los ojos ensombrecidos, siempre de lentes;

temeroso de Dios reza de memoria, migajas sagradas
chispas de la zarza:

un poema del *majzer*¹⁶, una bendición del *sidur*¹⁷,
entretijidos con cálidas canciones en ídish;

a veces con una melodía del teatro judío
para dormirse luego, cansado como un niño...

1976

ARN TZEITLIN (AARÓN ZEITLIN*), nacido en 1989 en Uvarovich, Rusia Blanca, primogénito del famoso escritor y pensador religioso Hilel Tzeitlin. En 1907 se radica con su familia en Varsovia. Poeta, ensayista, periodista, utilizó al ídish como movimiento expresionista, publica a partir de 1930 una revista literaria, “Globus”, interesada en profundizar problemas de poética. En 1940 se instala en los Estados Unidos donde aparece en 1967 y en 1970, reunida en dos grandes volúmenes, toda su obra poética. Falleció en Nueva York en 1973.

Cuando la gris madrugada disuelve los sueños

La banda toca con todos.
La banda toca y los bailarines mueven las piernas.
De pronto pega el silencio un papirotazo;
los músicos se vuelven: —¿Qué sucede?

La gris madrugada disuelve los sueños.
Se burla en la sobria ventana:
—Tontos musiqueros, vuestra paga está *kaput*;
esqueletos no pagan.

Para cadáveres fue el concierto
y los difuntos volvieron a sus fosas.
Del baile, vuelta al gusano.

—Madrugada, ¿de que te burlas, gris y fría?
¿Ni paga ni bailarines? ¿Y que hay con eso?
Lo importante fue el juego.

Desde el profundo desconocido

Yo vivía hondamente en mí,
no donde me encuentro.
El estar, el encontrarse,
eran para mí solo intuición.

Me enviaban mensajes
desde el profundo desconocido.
Largos años me esforcé
por descubrir al barquero.
Largos años me esforcé
y ya estoy cansado
de adivinar e interpretar.

¡Oh, amada mía, te quiero;
estoy totalmente pendiente de tu labio;
tiemblo por tu pequeña mano!
Pero también tu, también tú
eres instruida por mí,
intuida solamente.

Una lluviecita

Ángeles que no crecen ni mueren;
planetas cansados que rotan sin fin
alrededor de sus propios ejes;
seres de lejanas galaxias cósmicas,
envidian a una lluviecita que salpica
mezclada con sol, rápida, luminosa;
que, como la vida, llora un poquito, ríe un poquito
y desaparece,
y por toda herencia deja sobre la tierra
un retoño verde.

Respecto de mí

Soy metafísico y periodista:
busco la rima
entre eternidad y desperdicio.

Soy la necesidad de Dios del ateo
y la melancolía del humorista.

Soy un bufón:
mis realidades
se burlan de vuestras realidades.

Hay en mí un muerto
que observa
como yo, el viviente, vivo.

Soy un sectario
que no pertenece a secta alguna

Mi ojo pretende ver el mirar.
Mi oído quiere escuchar el oír.

Porque a la muchedumbre le resulta sospechoso todo sí,
tomo venganza sin los sabios no.

También sobre la palabra y sus sentidos
quiero encender un nuevo ojo;
como una estrella, un tercer ojo;
el tercer ojo del ciego.

1931

Ustedes dicen...

Ustedes dicen: —¿Qué nos importuna
Con realidades diferentes a esta
Que conocemos por nuestros sentidos?
Con los dos pies estamos parados aquí
Sólida, segura y concretamente.
También a la luna hemos de acostumbrarla
a los pasos del hombre
Hemos de instaurar nuestra realidad
sobre las estrellas
y ellas han de volverse mundos
iguales al nuestro.
Allí también, sobre aquellas tierras,
hemos de erguirnos sobre ambos pies,
sólida, segura y concretamente.

Pero tontos, ¿es que acaso están parados en vuestros pies?
¿Está la tierra detenida acaso?
Por lo contrario,
la tierra es solo una porción de cielo.
Junto con ella viaja
un hombre; junto con ella, sus pies.
Solo esto es seguro y concreto:
todo es espíritu y esta en el espíritu;
todo esta en los cielos, y es cielo.

Yo soy más

Yo soy yo, más
un libro que leo,
más años que van y vienen,
más todas las mascararas que llevo de día,
más lugares por donde ambulo
de noche en sueños,
más todo lo que quiero y espero,
más todos los todos, sin límite no termino.

Ardiente exterior

¿Si pudieras oír!
Las estrellas ríen
carcajadas de fuego
cuando las paredes,
esos oscuros guardianes,
guardan tus sueños.

Tú crees que duermes.
Las paredes creen que cuidan.
En el afuera cósmico,
ardiente de estrellas,
ven que tu giras
como gira tu planeta.
Tu fin esta entre mundos,
y tu cama, en el cielo.

Ser judío

Ser judío significa correr hacia Dios siempre
aun siendo alguien que huye de él;
es esperar escuchar cualquier día
—aun siendo ateo—
la trompeta del Mesías.

Ser judío significa no poder dejar a Dios
aun queriendo hacerlo;
significa no poder dejar de orarle
aun de vuelta de todas las plegarias,
aun de vuelta de todos los aúnes.

Canto al sabra

(fragmento)

¡Compréndelo!

Aunque en la crónica de las generaciones
yo sea apenas un punto sin envergadura,
lo que digo te es dicho
en nombre de una bimilenaria angustia;
en nombre de una santidad torturada
que es tu herencia.

Constituyes, lo que quieras o no, el heredero.
Debes corregir las lágrimas
que generaciones vertieron
por la destrucción de Jerusalém.
Debes darle sentido a la sangre
que corriera dos mil años
y, lo que resulta seis millones de veces más difícil,
darle sentido a Maidanek, darle sentido a Treblinka.
Generaciones te alcanzaron un vino de vinos,
un oscuro brebaje de penas judías;
no vuelvas el rostro, ¡bebe!

Dos mil años recordamos Jerusalém
hasta que te sangramos
la nueva.

Ahora vamos a tener que recordar Maidanek.
Si olvidas, profanas un juramento
y el Estado judío sólo será un episodio.
En cada una de sus fiestas, en tu mayor alegría,
no has de olvidar la endecha,
ni las lamentaciones.
Si te olvidaste, *Maidanek*, que se seque mi diestra;
que mi lengua se pegue al paladar, si no te recordase.

El fondo

¿Ser o no ser? Esta es la pregunta.
Sentido o sinsentido, quiero saber.
Tal vez desde hace mucho, el balance divino
haya hecho pedazos nuestras humanas cuentas.

El balance justo es redondo:
luna clara sobre valles ensangrentados.
Pero las unidades lloran
como niños torturados.

¿Ser o no ser? No es la pregunta.
Sentido o sinsentido, quiero saber
Quiero una rendición de cuentas no—divina
por las lagrimas que los no—divinos debemos verter.

1936

¿Quién tiene la culpa?

¡Quien tiene la culpa de que sucumbamos,
de que no sepamos qué hacer con nuestras vidas!
Dentro de centenares de años, un ojo
se atragantará de sol, y de niños resonará la risa.

Y aún surgirán manos piadosas
en lugar de las que alzan bayonetas;
Y florecerán poetas bucólicos
cuya grandeza consista en que nada recuerdan,

Quien sucumbe es culpable. Desolación es culpa;
y la culpa es castigo, y el castigo no ha de omitirnos
porque se rebasaron las medidas
y lo que una mano siembra, ha de cosecharlo.

Gases han de asfixiarnos. Hemos de yacer bajo cenizas
y el verdor heredará las parcelas muertas;
y una joven lluvia lavará la vieja tierra
y las cosas hablarán una lengua nueva
y Dios descenderá y resonará la risa de los niños.

Varsovia, 1933

Janusz Korczak

Y aquel día Dios mismo
se volvió un callado hereje.
¿Para qué —se preguntó— habré creado el mundo
y las generaciones?
Ni el ministro de las risas celestiales
logró ahuyentar la tristeza del todopoderoso.

(A menudo solía leerle tonterías
que un filósofo filosofaba respecto de Él
y cosa por el estilo). Pero ahora había perdido la fe
hasta en su propia existencia.
(Si yo existo, ¿cómo puede existir
una inmundicia tal como el nazismo?) Alrededor suyo
brotó una muda oscuridad.

Pero entonces llegó a los cielos cierto doctor,
niños detrás suyo marchando en fila
encendiendo el firmamento con una canción.
Observa: los tremendos sucesos se evaporan
y desaparecen.
Mientras viajaban en el vagón de la muerte
cantaban esta canción;
con la misma canción
ascendieron traídos por el humo
y continúan cantándola aquí arriba.

Es una marcha para ir de paseo: “¡Un, dos, tres, vamos
a la tierra de la libertad y la frescura,
a la tierra del verano;
un, dos, tres, a la tierra del sol marchamos, marchamos.
Nuestro andar es grato y ligero, un, dos, tres,
a la tierra del sol, a la tierra del verano!”

El doctor marcha delante, un poco encorvado;
tras los anteojos sonríen sus pequeños ojos bondadosos;
siguiendo el ritmo se sacude su rubia barbita cana.
Y también él, el hombre mayor, el doctor, con ellos canta:
“¡Un, dos, tres y nada preocuparnos! Vivimos
y a la tierra del sol nos llevan nuestros pasos”

Y el Creador les tomó prestada la alegría, y dijo:
—Ahora compruebo que realmente existo.

IZI JARIK*, nacido en 1898 en Zembrin, aldea de la Rusia Blanca, su padre era zapatero. En 1919 se alistó como voluntario en el Ejército Rojo, luego fue diputado al parlamento de Bielorrusia y miembro de presidium de la Unión de Escritores Soviéticos. Acusado de “desviaciones ideológicas” murió deportado en 1937 siendo rehabilitado en 1956 de manera póstuma.

Cantos acerca de cantos

Para qué habré aprendido a componer canciones,
¿no me bastaba con la inquietud del viento?
Ven cabeza mía, tonta y agobiada,
voy a acunarte como a un niño.

Tu padre no sabía nada de poesía,
leía dificultosamente letra a letra.
Hubieras podido ser como él, un simple zapatero
huesudo, sano y sencillo.

Y cuando la mañana se atragantara de colores
y el viento hamacara tu casita,
cantarías como él, trabajando,
sin darte cuenta tú mismo...

Y andarías ligero, con miembros cansados,
y siempre llevarías despejada la cabeza,
¿para qué habrás aprendido a componer canciones,
cabeza mía, criatura inquieta!

Novedades golpean los vidrios...

Novedades golpean cada mañana los vidrios;
arrojo afuera mis dos inquietas manos
y que en algún lugar ya arde otro país
estoy listo a escuchar confiado.

El corazón comienza a echar fuego;
siento que un tirón me arranca de mi casa;
en cada plaza roja vuelve a hablarnos Lenin,
y cada plaza roja hierve y llama...

De nuevo esta ardiendo el horizonte.
Levanto mi cabeza iluminada, y la llevo.
El calor empuja; el clima es de fiesta.
Y así todas las noches y cada día nuevo...

Enero 1925

Sobre la tierra

Coloquen cuanta más carga sobre mi nuca;
tal vez apriete un poco mas los dientes
pero cuánto sea que carguen voy a decir: —¡es poco!
Y por pesado que sea, voy a gritar: —¡Más!

Que hacer si me siento ligero
y cualquier tarea me resulta digna.
Necesito cantar, me pongo de pie y canto,
y, mojada de rocío, me responde la vía láctea.

Creo que toda una vida podrían andar sobre la tierra
con el primer rocío y la juventud sobre los labios,
y cuando se me haga gravoso... pero ¿cómo puede hacérseme gravoso
si energías juveniles manan todavía y manan.

ROJL KORN (RACHEL H: KORN*), nacida en 1898 en Pidlisik, cerca de Pshemishl, Galitzia, hija de terratenientes. Comenzó escribiendo en polaco y luego pasó al ídish. Debido a sus actividades antifascistas entre ambas guerras en Polonia, fue perseguida y arrestada. Pasó la segunda guerra en la URSS y en 1948 se radicó en Montreal, Canadá, donde falleció en 1982.

Juego con prendas

Me ajustas una venda a los ojos
prietamente
como si jugáramos
a la infantil *gallinita ciega*.

Quizás con ojos vendados
distinga
aquella lagrima
que se fingió fraterna.

Puede que escuche el canto de estrellas
extinguidas hace tiempo
y que perciba como maduran
quedamente los sueños.
Entonces, siga el juego.

Tiendo ante mí los dedos,
tal vez en la oscuridad
reconozca mis añoranzas
crecidas sepulcro adentro.

En este lugar preciso me alcanza un murmullo...
Comienzo a dar vueltas
sin que haya a quien descubrir.
Mi mano cuelga vacía
y el juego llegó a su fin.

Pero no encuentro la puerta
y siento como voy haciéndome
parte del desnudo muro...

¿Quién de mis ojos, entonces,
habrá de desatar la venda
y tomar
mi vida
en prenda?

Otoño

Los frescos, negros, surcos de tierra
yacen agobiados y sumisos bajo el sol otoñal
como parturientas primerizas
que tras los dolores sonrían calladamente
prontas ya para ser madres de nuevo.

Vinieron cuervos a participar de la fiesta;
se pasean con pasos medidos, bailarines,
buscan gusanos desenterrados
con inteligentes ojos negros
y sacuden las cabezas como tías viejas
masticando porciones de bizcochuelo con las encías azules:
—No importa, el dolor es como el rocío,
en seguida vas a alcanzar la alegría; en seguida,
antes aún que con sus afiladas colas, las golondrinas
recorten las primeras lanas del cielo de primavera.

IOSEF PAPIÉRNÍKOV*, nacido en 1897 en Varsovia, Polonia, emigró en 1924 a la entonces Palestina, donde trabajó como obrero de la construcción, tendiendo carreteras, etc. Relacionado desde muy joven con el sionismo obrero, fue uno de los más fervorosos luchadores por los derechos de la lengua y literatura ídich en Israel. Su obra poética, de tono sencillo, encontró el camino del alma judía y sus versos son cantados y recitados, a menudo sin recordar quien fue su autor, como parte del acervo popular judío. Casi centenario falleció en 1993.

Bosque monte arriba

Como un enorme ejército desplegado
batallones de árboles se lanzaron
a conquistar un monte en el camino,
tomarlo por asalto
entre tu boscoso silencio secreto.
Andan y trepan, empecinados, monte arriba;
un árbol quiere superar al otro,
adelantarse al otro,
cada cual quiere poner primero
el pie sobre la cima.

Recién arriba, ya en las alturas,
desde la montaña duramente conquistada,
se ve a los verdes batallones
echarse nuevamente abajo
como manadas de ciervos
que con enramadas cabezas de árboles
se lanzaran desordenadamente monte abajo.

El mar ante mi ventana

Parecería poca cosa, apenas unas pocas pequeñeces,
una camisita lavada, un par de pañales,
calzoncillos, una sabana
tendidos ante mi ventana por una vecina,
y me ocultan el mar, todo el mar;
fuera con él, ¡desapareció!
¡Y dicen que el mar es enorme,
inmensamente grande!

Los últimos

Es cierto, es cierto hermanos,
nosotros somos ya el ocaso,
eso esta claro;
somos ya las últimas filas,
como soldados que abandonan las trincheras
de la noche,
y preparan la última batalla
para el ascenso de una generación
que no ha de hacerse vieja
ni tener cabellos canos,
como nosotros,
a los veinticinco años.

SHMUEL HALKIN, nacido en 1897 en Rogachov, Rusia Blanca, falleció en 1960 en Moscú, luego de pasar largos años en las cárceles soviéticas. Poeta, autor dramático, traductor de Shakespeare, Pushkin y Gorki, representa una de las voces más concientemente judías de la trágica literatura ídich de la URSS:

Rusia

¡Rusia! Si no fuera por mi sólida fe en tí
usaría hoy contigo otro lenguaje.
Tal vez te dijera: —Nos has engañado,
no has deslumbrado como a jóvenes gitanos.

Cada acto de tu mano nos resulta querido
y penosamente duro de ser soportado,
y por grandes que sean la humillación y el daño
venimos ahora ante tí a quejarnos:

¿En que dirección se espesan hoy las aguas?
¿Hacia dónde, hacia qué tierras?
Entre vosotras hemos de sucumbir
dichosas calles soviéticas.

Ver como naufragamos bajo culturas agrestes
no os estaba, hasta hoy, predestinado;
y ahora marchamos uncidos
y morimos de vuestros abrazos.

Moscú 1933

El recién nacido

Qué el recién nacido sea bendito:
que con la leche materna penetre en él
sed de traer luz para la humanidad entera,
pero que el resplandor sea también para su pueblo;
cuando descubra para el mundo una nueva estrella,
que por lo menos la suerte de su pueblo no oscurezca.

1945

¿Qué día es hoy?

¿Qué día es hoy? ¿Cómo se llama este día?
Si lo has olvidado no es ninguna tragedia.
¿Cómo se llama este día? ¿Qué interesa?
¿Acaso comienzas de nuevo tu vida?
Y si es para terminarla, ¿Qué importa cuándo?
Si quieres, llama a tu día “ha sido”
y llama “no ha sido” a la noche. no esta mal,
observa que las noches no tienen nombre.

1953

ELIEZER GRINBERG (ELIEZER GREENBERG*), nacido en 1896 en Lipkan, Besarabia, en el seno de una familia acaudalada. Formo parte del grupo de poetas de su ciudad natal que encabezaron Eliécer Shteimbarg y Inakev Shternberg. En 1913 emigró a los Estados Unidos donde cursó estudios universitarios, luego ejerció la docencia y publicó volúmenes de poemas y ensayos literarios. Tradujo al ídish poemas de autores americanos y en colaboración con Irving Howe compaginó sendas antologías de poesías y prosa ídish vertidas al inglés. En 1977 falleció en la ciudad de Nueva York.

La última palabra...

Llevas tu juventud libre y francamente
como se lleva abierta una rosa roja;
tus pasos resuenan como versos
y ante ti, como el viento,
anda tu aliento joven, caliente como un licor,
que estando sobrio, en un instante te emborracha.

Peor no soy ya lo bastante joven
como para dejarme llevar por la juventud a ciegas,
ni soy tan viejo todavía
como para que no me conmueva tu belleza.

Habito aquella edad ahora
en la cual el corazón aprecia la menos sonrisa.
Como vino en un lagar, la sangre fermenta todavía
y se burla de la sobriedad de la inteligencia.

IANKEV GLATHSTEIN (JACOB GLATSTEIN*), nacido 1896 en Lublin, Polonia, en una familia de músicos y rabinos, recibió una educación tradicional judía. En 1914 se radica en los Estados Unidos y estudia abogacía. Por los años 30, junto con Glantz Lieveles y N.B. Minkov, revoluciona la poesía ídich creando el movimiento introspectivo. Su obra poética resume el juego intelectual y una ternura reprimida, en un idioma repleto de hallazgos. En un segundo plano se encuentran sus ensayos y análisis literarios que lo definen como un original prosista. Falleció en Nueva York en 1971.

Obstinado

Si un hombre se obstina
puede vivir casi nada;
conformarse con apenas
un trozo de si mismo

Conocí hace tiempo a un hombre orgulloso
erguido sobre altas piernas.
Hoy lo conducen en una silla,
vacías las mangas de los pantalones.
Pero aun se muestran orgullosos sus lentes
y severa la orden
al que conduce su sillón.
Ha encogido
y decidido vivir por la mitad:
después de todo, piernas son solo una comodidad
y la sucia vida
puede más que un par de piernas.

No le habléis de Job;
se ríe de él
y no filosofa.

En el camino

Aterrorizado me detuve
cuando ví
que calculadamente grande te habías vuelto;
como habías derrochado por el camino
nuestras maravillosas pequeñeces;
como habías dejado caer en el barro
los amuletos de nuestra soledad.

Envié tras de ti duendes y sirenas
a encantarte el alma con añoranzas
de nuestra bendita pobreza,
de nuestra escasez feliz,
nuestro pan y sal.
Peor ya eras rey de una turba
y decapitabas a todos mis emisarios.

Ante la entrada del bosque

El guardián del bosque custodia enormes riquezas;
pero no vigila armado, sino que duerme:
que se escurra dentro el que quiera.
Entre sombras, el camino
se entrega entero, abierto ante ti;
el intruso permanece impune.
Marchas a solas contigo, en silencio.
Lo que importa
es cuanto temor eres capaz de soportar,
cuantas pesadillas logras ahuyentar.

Vas a necesitar de tu coraje.
La noche del bosque es agria y dentada.
Cuanto hayas traído ha de resultarte escaso:
la provisión ha de agotarse; la cantimplora, secarse;
tu ropa, deshacerse; tu espinazo, quebrarse.
No te aprestes a luchar,
no tiendas siquiera el brazo.
Solo protege tu mente contra el último temblor.

Vejez

Delgado y frágil
es el amor de la vejez.
Te mueves inseguro
tanto sobre la piel como sobre el suelo.
Comienzas a administrar con avaricia tus energías;
sientes lo incisivo de cada día que te esta destinado.
Te lamentas de no haber advertido
tantos crepúsculos.

Flores, árboles, hierbas,
graban en tí canciones con espinas.
Caminas por la vida como por sobre vidrio.
Las sombras cobran para tí profundo sentido.
Celebras una sonrisa fresca como un obsequio
y te tornas avaro de la Divina abundancia de tiempo.

Canción oscura

Nunca te he visto
cuando bañas a tus hijos;
cuando sentada a la orilla del agua
arrojas tu triste red
sobre tus alegres panecillos;
cómo permaneces sentada, adormecida,
nostálgica.

Alguna vez ha de pasar,
tenderte la mano
y ayudarte a cargar con el yugo
de tu alegría hogareña.

Sones

¡si la muchacha rubia del arpa
es un ladrón disfrazado!
Con un puñal de vidrio
cercana las cabezas azules de los sonos
y los deja debatiéndose
moribundos por el aire.

Y tu y yo,
que toda la noche, dentro nuestro,
hemos trocado besos
el llanto de nuestras entrañas,
mira como ríe de nosotros
la muchacha rubia del arpa
y nos dedica una canción burlona
hasta bien entrado el día,
hasta las profundidades del día.

A una hermana en la lejanía

Te envío, presurosas, unas palabras...
Tus asustadas trenzas
son más jóvenes que tus ojos,
que tus mejillas enfermas.
Me escribes mil cartas con el pensamiento
y las borras con una sonrisa.
Creces día a día con el césped
pero para mí eres siempre todavía,
un medallón sobre el cuello,
que recuerda.

Y yo, incomprensiblemente,
ni estoy de ti lejos ni cerca;
solo separado, desdichadamente separado.

La hora

Querida mía, la hora de la redención
nos agobia.
Nos faltan fuerzas
para resistir las pruebas.
Hurgamos en tratados.
Recordamos citas y proverbios.
Los profetas también callan
conteniendo el aliento.
Nos enceguece el resplandor
del amanecer que se hace día.
No se oye apostrofar ni maldecir.

Y nosotros, tú y yo, sobrepongámonos al cansancio;
no nos vaya a sorprender dormidos
la hora de la redención.

Tu partícula de santidad

(fragmento)

La mañana te despierta
con un interrogante cacareo:
—¿Judío?
Todo el día persigue
tu mente adormilada la respuesta
Desde que pones el primer bocado en tu boca
hasta que te descalzas para echarte a dormir.

Nadie imagina
como desmenuzas el día enero
en busca de respuesta.
Eres mas devoto que tu abuelo;
tu devoción te hiende las carnes con mas rigor
que las más tajantes correas de sus filacterias.

De nuevo

(fragmento)

Vendrás y de nuevo has de evaluar tu infancia,
la obstinación de tus pequeños ojos y oídos;
cesarás de acunar tus años;
has de liberarte por primera vez
del abrigo de tu herencia.

No temas,
nadie ha de quitarte lo tuyo.
Tan solo se trata de comenzar de nuevo
desde tu primerísimo dolor;
de introducir en ti,
como a través de una herida,
el amor de tu tribu,
dolorosamente.

Decir la plegaria de la tarde

de “El rabí de Bratzlav a su escriba”

Voy a revelarte un secreto, Natán:
la Plegaria de la Tarde hay que saber decirla.
En una oración sabrosa.
Te andas por la hierba,
nadie te urge, nada te apremia;
andad delante del Creador
con ofrendas en manos desnudas, limpias;
las palabras son oro,
su sentido, transparente,
y tú las cargas de intención
como si por primera vez afloran a tu boca.

Decir la Plegaria de la Tarde...
¡Casi nada! ¡La Plegaria de la Tarde...!
Natán, si no te sientes crecer ante ti mismo,
es que no la pronunciaste.
La melodía es toda sencillez,
pero, ¿quién sino tu pone su mano
en el declinar del día?
Tu espalda carga una gran responsabilidad:
tomas un día creado
y lo conduces al arca
donde reposan todos nuestros días vividos:
El día se hunde calladamente, con un beso;
se tiende a tus pies
erguidos para pronunciar las Dieciocho Bendiciones⁷.
No está en tus manos crear nada;
pero tú, judío de la Plegaria de la Tarde,
puedes conducir un día hasta su mismo desenlace
y percibir la sonrisa del palpable ocaso.
Penstras lo cabal de todos:
envejeces con días que se siguen de continuo
y subsisten sin que falte un segundo.
Traes un día vivido,
una ofrenda para la eternidad.
¿Qué hacías acaso nuestros padres
cuando salían
a pasear una plegaria?

Hubo un tiempo, Natán,
en que me flagelaba con ayunos;
en que celebraba penitencias.
Cierta vez, durante la Plegaria de la Tarde,

Se alzo dentro de mi una voz burlona.
Era la voz del abuelo
(¿es posible confundirla acaso?):
—“¿Qué te diste a ayunar de esta manera?
¿Por qué te martirizas el cuerpo de ese modo?
¿Por si alguna vez te obsequió una partícula de gozo?
¿Qué hiciste de tu apariencia humana?
¡Si un cadáver tuvo más rozagante...!
¿Qué actos pecaminosos cometiste, al fin de cuentas,
y a quien causaste daño con tus faltas?
Te torturas tanto
que ni te restan fuerzas
para un pensamiento de contrición,
mi gran arrepentido...
Un santo cabal, fuerte y sano,
puede derribarte con un estornudo”

apenas terminada la Plegaria de la Tarde, Natán,
probé bocado,
y me dije:
—Sobre lo que voy a necesitar
ponerme de acuerdo con los cielos
es sobre el valor de mis buenas obras:
obra más, obra menos,
regateo de centavos.
Pero de mis pequeños pecados
no debo jactarme.
Hay que ser humano,
ser capaz de perdonarlos
incluso a uno mismo.

Fieles pecados

Fieles pecados míos,
nunca os pequé de veras.
Nunca os he cometido
como se ejecutan obras buenas.
Siempre os he farfullado como quien apura un deber;
nunca me habéis atrapado entero,
excitado hasta los huesos
como el buen vino de un versículo,
como un mandamiento cuyo sentido
vive en el recuerdo.

Benditas sean las pupilas queridas
que han tornado para mí virtuosos
trozos de vida inerte, campos de hierba
sobre los que ahora descansa mi cabeza
mientras sueñas intensos sueños.

Me sois benditos.
Me estabais predestinados.

De un padre a su hijo

Hijo mío, guié tus dedos ciegos
por sobre letras judías, como por sobre braille;
te di a beber, a escondidas,
cucharadas de judaísmo.
Te debatías
como si fuera aceite de ricino.
Nunca comprendiste mi intención.
Hijo mío, te vacuné
para protegerte del exterior.

Te judaizaba día a día:
hendía tus entrañas con apego y ternura.
Te asombrabas siempre
de que un padre pudiera ser tan cruel;
de que pudiera ensañarse con la llaga de su hijo
para hacerla mas amplia y mas profunda.
Volqué dentro tuyo, hijo
sustancia y obstinación judías.

Ahora te alejas, te vas a la deriva,
te atrapó y te arrastra lo ajeno.
Te atrae el monte, te tira al valle.
Huyes. Se evaporó la paterna enseñanza.
Sin embargo ¡*Shmá Israel!*¹⁸
gritan nostálgicas tus entrañas.

Buenas noches, mundo

Abril, 1938

Buenas noches, mundo;
ancho, pestilente mundo.
No eres tú: soy yo quien da el portazo.
Puesto el largo talego
con el llameante remiendo amarillo¹⁹,
orgullosa el paso,
Por mi propio mandato vuelvo al gueto.
Borro, pisoteo todas las huellas conversas.
Me revuelvo en tu lodo,
alabada seas, alabada seas, contrahecha vida judía.
Anatema, mundo, sobre tus sucias culturas.
Aún cuando todo este en ruinas
me hago polvo de tu polvo,
triste vida judía.

Puerco alemán, polaco hostil,
amalequita⁹ ladrón, tierra de borrachera y gula;
fofa democracias, con tus frías
compresas de simpatía;
buenas noches, prepotente mundo eléctrico,
vuelvo al querosén, al resplandor de mis cirios
al eterno octubre, a las diminutas estrellas,
a mi giboso farol, a mis torcidas callejuelas,
a los restos venerados de mis sagrados textos,
a mis profetas, a mi Talmud y a sus arduos párrafos,
al luminoso ídish,
al profundo sentido, a la ley judía, al deber, a la justicia;
hacia la silenciosa lumbre del gueto
marcho, mundo, con regocijo.

Buenas noches, mundo. Te obsequio
todos mis libertadores;
toma los jesumarxes, atragántate con su coraje;
revienta por una gota bautizada de nuestra sangre.
Y yo confío en que aún cuando demore,
habrá de fructificar mi espera, temprano o tarde;
han de susurrar aún hojas verdes sobre nuestro árbol seco.
No necesito consuelo.
Vuelvo a mis cuatro paredes;
de la música idolatra de Wagner
a la melodía jasídica, al canturreo.
Desgreñada vida judía, te beso;
llora en mi alegría de volver.

Cantos

A

Mi vieja tierra se entibia.
Borbotones de sol se tienden sobre ella.
Mi vieja tierra se torna
Mi santa cabecera.
El cuerpo martirizado,
Yazgo y escucho
Como va volviéndose mío cada palmo
Yo, el tallador de lapidas,
Me torno hacendado.

Ellos pronuncian tierra;
Ellos dicen fábricas,
Naves, aviones, prados;
Y aún no siendo todo mío,
Todo es tengo; todo para mi creado.

B

¿Sabes como huelen huesecillos jóvenes
de chiquitos recién nacidos?
¿Conoces el aroma madrugador
de masa recién horneada?
Así huele la joven historia judía;
así sabe cada página recién escrita.
Y tú estás en cada palabra,
eres joven con una juventud
que conquistó el llanto de tus ojos.

Como una flecha huyó tu vejez.
Ahora bebes la copa del consuelo.
Te invitan al púlpito,
Te está permitido inscribir una letra.
Olvidas hasta tu nombre.
Y haces un brindis por tu juventud,
Joven como la historia judía.

C

Entre los refugiados de la necesidad y el cansancio,
los últimos en acudir
han de ser los refugiados de la abundancia.
Vendrán a adelgazar hasta el hueso judío.
Han de ser os que aguardan,
los que obran con tino.
Enviarán espías al Estado judío,
y hasta que no les sean dadas, negro sobre blanco,
las pruebas por escrito
de que leche y miel ya se ha echado a mamar,
han de aguardar.

Plegaria

El significado de mis palabras más hermosas
vuelve necia mi plegaria a ti.
Mis alabanzas impregnan el aire de olor a idolatría.
Te rezo desde un libro de plegarias mudo,
mi triste Dios.

La flor más diminuta te brinda más satisfacciones
que todo lo creado en los seis días.
La rutina de nuestra vida destructora
es tu preocupación menor.
Nos otorgas chance por milenios
y ocultas tu rostro de nosotros.
Los muros de nuestras casas rezuman estupidez.

No conocemos siquiera el alfabeto de la santidad.
¿Cuántos miles de vidas hacen falta
para concebir siquiera
el posapiés²⁰ de una sonrisa tuya?
Te rezo desde un libro de plegarias mudo,
mi triste Dios.

No eres de temer ni estas airado.
Permaneces simplemente lejos de nosotros
cuando mancillamos cada instante de vida.
Cuántos destellos de inmortalidad
hayamos aspirado por nuestras narices,
no son mas que ruina asegurada.
Te rezo desde un libro de plegarias mudo,
mi triste Dios.

El regocijo de la palabra en ídish

Con que tristeza se traducen las palabras
a la hora de la conciencia plena.
La orden es rigurosa;
las letras inclinan sus cabezas
El milagro se apaga en tus ojos.

Hasta la piel se estremece.
El canto brota como hierba nueva,
pero tú la pisoteas despóticamente
y el verdor sucumbe con un grito.
Condenas al horizonte entero a traducción.
En la mano del maestro, un látigo de plomo.

Y esclavizado así
suspira el paisaje de palabras todos.
Nunca enfermaron vocablos tan jóvenes.
Tú, freno de tanta belleza salvaje,
tumbas la cabeza de un tigre, de un león.
Envejeces, te inclinas,
tú, solitario, triste vencedor.

Vamos

Guarezcámonos
tras un pequeño cerco.
No un gueto, Dios guarde;
tan solo un muro silencioso.
Sentémonos entre nosotros
y con entendimiento
veamos como fortificar
nuestras debilitadas manos.

Lo transitorio nuestro,
armado como una cabaña de juncos,
se desmorona
torcido, raído y viejo.
No queremos aún adormecernos
pero a la fuerza nos acunan
Agucemos pues la inteligencia;
ingeniémonos.

Felices fiestas

Nuestra tierra floreció
en cientos de preocupaciones
pero las banderas de la alegría
flamean seguras.

Shalom judíos
en el país de los propios desvelos.
Tan real como el sol es la alegría.
La fiesta es nuestra
porque la común, fraternal pobreza
está plantada sobre los cimientos de hierro.
Esta gran hora
comienza con esto,
mira: existe.

Pueblo errante,
pueblo prodigioso,
quizás valió la pena la dispersión.
La redención deambuló,
se extendió, abrazó, iluminó, entibió,
se apiadó de un pueblo
de antiguos, innumerables días de duelo.

Quien podía sospechar
que nos estuvieran predestinadas aún
jóvenes festividades.
Sobre el viejo árbol torcido,
azotado por las lluvias,
brota asombrado y primerizo
un tallo: dieciocho años.
Por un milenio
ha de volverse leyenda todo lo sucedido
y tornarse más luminoso
que la realidad misma.

De la fuerza brotó dulzura.
Del fin brotó principio.
Nuestros primeros años sin lágrimas
lloran de regocijo.
Pero todas las lágrimas son fructíferas,
redimidas, consoladoras.
Para viejos corazones judíos
jóvenes años de primicias,
como un Pentateuco recién recibido.

Todas las preocupaciones nacieron
de la alegría de las primicias.
Son preocupaciones repletas de bendición,
propias, benditas de lluvia;
no son preocupaciones gemidas sino previsoras,
inscriptas en las jóvenes escrituras.
La alegría logró vencer al suspiro judío.
A un pueblo torturado le resulta difícil
confesarlo,
peor cárgate de amor y dí:
fueron años primerizos
con penas luminosas.

¡Felices fiestas, judíos;
shalom en el país
de las propias, valiosas
y fuertes preocupaciones!

1966

MALKE JEIFETZ TUZMAN (MALKA HEIFETZ TUSSMAN*), nacida en 1896 en una aldea de la región de Volinia, Ucrania, donde su padre era arrendatario, emigró en 1912 a los Estados Unidos. Durante años ejerció la docencia en una escuela elemental judía de Los Angeles, California, y desde 1949 fue instructora de Lengua y Literatura ídish de la “University of Judaism” de esa ciudad. Desde muy joven escribió poesía, primero en ruso y luego definitivamente en ídish, idioma en el que se publicó media docena de poemarios. Falleció en 1987.

Viudez

Embebida en luz de mi propio interior,
soleada—oro
envuelta en mi dulce grato calor
soy una columna
de áureo sol.

Y él
se inclinó sobre mí,
se inclinó profundamente.

Yo alcé mi mirada hacia él,
mi voz,
y blandamente femenina
le dije:
—Mi nombre es deseo,
¿es tu voluntad?
Y él:
—No,
mi nombre es compasión.

Y abrió su boca,
una boca enorme
cuadrada.
Y la boca cuadrada
sopló sobre la columna de fuego
y me apagó
me a—
pagó.

En los azules estanques de tus ojos

Observa la reina:
deja caer de los hombros
a sus pies
las vestiduras reales.

Formando un círculo a su alrededor
yace el ropaje.

Observa la reina:
sale del brocado de oro
y penetra
en los azules estanques de tus ojos.

Calla

Lejano cielo
ábrete a la lejanía
pero tú
siéntate y calla
según tu costumbre
embebido en ti mismo.

Calla.
Yo he de vencer la lejanía
y silenciosamente, como un gato,
he de arrimarme a ti,
acurrucar mi rostro contra tu pecho
y relatar.

He de contártelo todo.

Calla.

Calla.

Hasta qué altura

Si vengo a tomar tu ternura,
¿hasta qué altura habré de alcanzarte?
¿hasta tu hombro? ¿tu boca? ¿tus cejas?
Si vengo a tomar tu ternura
¿quién hacia quien habrá de alzar la mirada?
Uno—dos ha de erguirse mi esbeltez.
Si yo vengo a tomar tu ternura
¿hasta qué altura habré de alcanzarte?

Para amigos de duelo por una madre anciana

Un consuelo para vosotros, amigos.

Sólo un tonto puede creer que tiene
para cada ocasión la palabra adecuada.

Pero quiero recordaros:

una madre

también necesita descansar alguna vez.

permitídselo;

concededle descansar, queridos míos.

Levantaos

y con una sonrisa silenciosa

barred la tristeza

de vuestra casa.

MOISHE KULBAK*, nacido en 1896 en Smorgón, distrito de Vilna, Lituania, su padre trabajaba en los bosques y su madre provenía de una familia de labriegos. Estudió en una escuela talmúdica y escribió sus primeros versos en hebreo para pasar luego al ídish. Durante su permanencia en Vilna, enseñó allí literatura y fu el maestro de toda una generación, especialmente del grupo Iung Vilne — Joven Vilna—. En 1928 se radicó en la URSS y en 1937 se arrestado y asesinado allí bajo falsas acusaciones. Su obra poética, novelística y dramática es una pintura maestra de la época.

Ví palabras...

Ví palabras en ídish
como pequeñas llamaradas,
como chispas que se arrancan del oscuro mineral.

Sentí palabras en ídish
como claras palomas.
como palomitas que arrullan y arrullan en el corazón.

Una extensión de nieve...

Una extensión de nieve. Una fría estrella bruñida,
el viento un cuchillo;
a centenares de millas acuesta mi mujer ahora
a mi hijo...

¡Qué noche! Suena un violín azul
y un nevado violoncello.
A centenares de millas me ve mi hijo
y sonrío en sueños.

Un baile...

Mené, mené, tekél ufarsín (Daniel 5/25)

Repican salones iluminados
y la orquesta gime.
Los tambores tapan el intenso llanto de los violines,
los contrabajos cavan como viejos sepultureros con oscuras azadas,
clarinetes ríen,
parlotea el címbalo,
chillan los bronceos platillos
y danzan señores de almidonado saco, damas de blanca seda,
claras,
luminosas
y mas luminosas...
Y se mezclan, sedientos,
flamígeros bigotes negros y pequeños dientes relampagueantes,
campanilleantes rulos,
lazos,
zapatitos afilados,
miradas centellantes
y medias...
Y calladamente, entre el estremecimiento de los corazones
ahogados,
se acurrucan mas prietas las rodillas,
cada vez mas cerca, echan chispas...
y dispara fuego cada pupila
y pestañas tiemblan, tiemblan...
Pero, de pronto, el violoncello deja oír un gemido en la orquesta
como a veces en el bosque se oye un gemir de nidos abandonados...
y la sangrienta luna menguante gotea por las ventanas.
Aparece una mano,
una mano en cadenas deformada en el trabajo,
y escribe las letras de sangre sobre el muro:
—¡Muerte!...
Y danzan señores de almidonado saco, damas de blanca seda,
claras,
luminosas
y mas luminosas;
chillan los bronceos platillos,
clarinetes ríen,
parlotea el címbalo,
los tambores tapan el intenso llanto de los violines
y los contrabajos cavan como viejos sepultureros con oscuras azadas...

PERETZ MARKISH*, nacido en Polnoe, región de Volinia, Ucrania, en 1895, provenía de una familia de artesanos. Comenzó escribiendo poesía en ruso pero en 1918 se unió al grupo de escritores de ídich de Kiev, junto a Hofshtein y Kvitko. En 1921 viajó a Varsovia, donde permaneció un tiempo liderando el grupo Jaliastre –Pandilla— con Meilej Ravich y Uri Tzvi Grinberg; luego volvió a la URSS. En 1939 fue condecorado con la orden de Lenin y durante la guerra activó en el Comité Judío Antifascista. En 1948 fue detenido y juzgado como parte de la liquidación de la cultura judía, siendo fusilado en 1952. A su obra poética, polémica y de gran fuerza, acaba de sumarse un nuevo volumen, que permaneciera oculto e inédito durante los años de represión.

Me despido de ti...

Me despido de ti,
tiempo que te vas;
no te conozco, pasado,
no me perteneces,
sólo me has soñado.

¿Y tú, quien eres futuro mío,
cubierto de cabellos grises?
Yo no te pertenezco,
sólo te estoy soñando.

¡Ciego, *insignificante* ahora,
soy tuyo!
¡Y soy ciegamente rico!
¡Los dos a un tiempo morimos
y a un mismo tiempo nacemos!

1919

Torre Eiffel

A

¿Y tú? ¿No eres de nadie? ¿No perteneces a la tierra ni al cielo?
¿Quién habrá de consolar tu soñadora soledad?
Murmullos, cantos tarareados e himnos ruedan hacia ti,
¡oh, ascendente, nostálgica unidad...!
Enviados de la tempestad preguntan por ti;
sobre tus soñadoras alturas crecen, musgosas, nubes de quietud;
¡quiero colgarme de tí como aspas de un molino,
oh, atleta solitario, famosa torre Eiffel!

¿Quién saldrá de entre las nubes, a recibirte?
La madrugada se hamaca sobre ti como un trozo mordido de pan solar.
¿Dónde esta tu cabeza, soñadora torre Eiffel?

Millones de pasos chapotean hacia ti por atajos y caminos,
y las calles no conocen la senda que conduce hacia los desiertos soleados.
Oh, solitario, en las alturas consuélate con tormentas.

B

Soy ahora un oscuro pensamiento en tu cabeza, torre Eiffel,
con mis cuatro hombros, un ciego búho cuatro veces giboso;
¡oh, gibosos costados del mundo! ¿Quién habrá de descubrir y entender
el interminable nudo de principios y finales?

Arropada en almidonadas neblinas compuestas de tramas nocturnas,
Así, envuelta en mantos otoñales de marchitas pieles de oveja,
Estás rodeada con hebras de tristeza, noche y día,
¡oh, solitario prisionero, descarriado Mefistófeles!

He aquí ahora la ciudad tendida a tus pies, como una telaraña
donde trepan y sucumben moscas atrapadas, sin salida ni esperanza;
¿quién roe? ¿quién es roído? ¿quién es una vez y quien tres veces?

¡Oh, erguida solitaria idea!
¡Oh, solitario, descarriado Mefistófeles;
ahora soy un oscuro pensamiento en tu cabeza, torre Eiffel!

Afuera

Las lavadas tapias se secan al viento
y blandamente se amasa bajo mis pies la negra tierra.
Que mas puedo pedirte todavía
viento travieso, empapada tierra revuelta;
es como si recién hoy por primera vez te viera sobre el mundo...
Hoy le pertenece toda entera solo a mi, a un niño...
Veo las rojas vacas tendidas en el negro valle embarrado
con traseros manchados y ubres repletas,
y quedamente inunda mi corazón una joven alegría
de tibia mañana silenciosa
con heno seco del año pasado
y caballos desatados...

De pronto me asaltan ganas de abrazar a las vacas,
y de tenerme a su lado sobre la tierra
a mugir como ellas.

1919

¡Cielo y tierra!

¡Cielo y tierra!
¡Padres de las ferias y abuelos de las fosas!
Helos aquí sentados ante las montañas de trapos como profetas ante ruinas
hojeando ropas, como biblias...

Vuestras sombras no se despliegan ya por los caminos;
los días saltan de vosotros como zunchos partidos;
el sábado se gasta contra una empalizada, contra pensativos postigos
como después de un incendio; el sábado esta ennegrecido...

¡Doblaos en tres, doblaos tienduchas!
¡Tal vez aun aparezca, con su carro polvoriento, un gitano
que pague por los trapos viejos con aretes de plomo
o con anillos de zinc para mercar y trocar!

¿Os falta algo en el mundo acaso?
¿Qué otra cosa os entristece por los caminos?
¡no volváis a preguntar por mí,
no contéis más conmigo!

Ruinas

Ahora, cuando retorna la visión,
desgarra abrir los ojos y ver aquí con cada víscera,
precipitarse mi corazón como un espejo sobre una piedra
y con un repique de cristales rotos, hacerse trizas.

Y desde ya que tampoco esta libre cada trozo
de dar testimonio sobre mi, hasta mis cuatro ultimas predestinadas yardas.
solo tu no me pisotees, oh tiempo, juez mío,
hasta que recoja de entre los escombros las partes desperdigadas.

He de intentar recogerlas una a una
y coserlas entre si hasta que la aguja haga sangrar por mis dedos,
a sabiendas de que, por hábilmente que las componga,
habré de verme siempre deforme y deshecho.

Recién ahora, tristemente, encuentro sentido
en el dolor de la metamorfosis, y ardientemente comprendo
la angustia de querer verse entero en el espejo
estando en ruinas y esparcido por los siete océanos...

1943

KADIE MOLODOVSKY (KADIA MOLODOWSKY*),
nacida en 1894 en Bereza Kartuszká, Polonia. Estudió en un Seminario para Maestras Jardineras en Varsovia, ejercitando en Odesa. En 1935 emigra a los Estados Unidos. Entre 1950 y 1952 vive en Israel y luego retorna a Nueva York donde fallece en 1975. Su obra se reparte entre cuentos para niños y adultos, y poemas tocados de una cierta ironía, gran delicadeza y ternura.

Somos ahora como dos palomas grises

Somos ahora como dos palomas grises
que con el despertar de la mañana
se dirigen a la ventana a tomar prestada luz,
a aprovisionarse para la breve jornada
con un poco de resplandor.

Somos ahora como dos palomas silenciosas
y con la aparición de las estrellas
nos asomamos a la ventana a acrecer nuestro consuelo,
a convencernos de que aquel mundo ha de permanecer por siempre
y que por siempre ha de durar el celeste resplandor.

Somos ahora como dos palomas fieles;
reñimos alguna vez por un abrigo:
yo grito que hace frío; tú, que hace calor,
y por sobre nosotros una sonrisa amarillenta
enciende un joven resplandor.

Somos ahora como dos palomas inteligentes;
en días libres leemos el salterio.
Yo digo: —Siento nostalgia por las filacterias y el manto de oraciones.
Tú dices: —Estás vieja de sentimientos, querida mía.
Y por sobre nosotros un salmo de resplandor.

Dos camas

Dos camas cubiertas con blancas cobijas
callan.

La madera de nuevo siente nostalgia por el verdor,
por el rumor de las ramas.

Las cobijas descansan.

Las blancas camas no quieren decir nada.

Gris la alegría

y grises las madrugadas.

Dos camas

uncidas entre las varas de una pesada carga de años,
meditan...

Miran al firmamento azul por la ventana

y no ven el brillo de las estrellas.

El bosque ejecuta una canción estival;

la tormenta toca una canción de primavera.

Ellas no alcanzarán a escucharla.

Poetas acudirán volando a tu alma

(fragmento)

Poetas acudirán volando a tu alma, como cuervos,

a repartirte hechas sílabas y estrofas,

a ti y a quien te diera luz,

y sobre la claridad de tu rostro,

con todas las letras escribirán un nombre.

Puedo imaginármelo;

yo soy un cuervo,

vine a posarme sobre tu corazón,

sobre tus luminosos diecinueve años

que como diecinueve manantiales brotan de la tierra

y refrescan

mis trescientos veinte años.

URI TZVI GRINBERG (URI ZVI GRINBERG*), nacido en 1894 en Bilkomin, cercana a Zlochev, Galitzia Oriental. Su padre era rabino, recibiendo Uri—Tzviuna educación estrictamente religiosa. Durante la primera guerra estuvo movilizado y participó en varias batallas. En 1920 se radica en Varsovia y participa de la edición de la famosa revista literaria “Di Jaliastre” —la pandilla— de tono expresionista. En 1924 se radica en la entonces Palestina y pasa a escribir en hebreo. En su calidad de dirigente del movimiento revisionista de derecha israelí “Jerut” es elegido en 1949 diputado. Al cumplir 80 años, Israel le brindó un homenaje a nivel nacional. Falleció en 1981 siendo enterrado en el Monte de los Olivos, Jerusalem.

El reino de la cruz

(fragmento)

¡Un tan espeso bosque negro brota aquí de la llanura,
un valle tan profundo, pavor y pena, en Europa!
Los árboles tienen copas doloridas, salvajes tenebrosas, salvajes tenebrosas.
De las ramas penden cadáveres con heridas aún sangrantes.
(Todo muerto celestial tiene de plata el rostro
y las lunas vierten áureamente aceite en sus cráneos.)
Cuando se grita de dolor allí, la voz es una piedra al agua,
y el rezar de los cuerpos, una lágrima al abismo.

Yo soy la lechuza, el pájaro plañidero del dolor—bosque de Europa.
En los valles pavor y pena medianoches ciegas bajo cruces.
Yo levantaría una queja hermana al pueblo árabe en Asia:
—¡Venid, conducidnos al desierto, indigentes como somos!
Pero mis ovejas tienen miedo porque la media luna se tiende
como una hoz hacia mis cuellos.
Atravieso con mi llanto porque sí de miedo el corazón del mundo en Europa
y con cuellos tendidos yacen en el bosque—dolor las ovejas.
Escupo sangre sobre cruces llaga a través del mundo en Europa.
(¡Balancead ancianos, balancead muchachos
las cabezas agua en el bosque—dolor!)

Desde hace dos milenios arde aquí en el abismo bajo árboles un callar,
cierto veneno que se acumula en el abismo, e ignoro
qué hay de diferente: dos milenios dura ya la sangría, el mutismo,
y boca alguna arrojó aún del paladar el salivazo ponzoñoso.
Y en los libros está escrito "todas las muertes a mano de los gentiles"
pero la *respuesta* no figura; *nuestra* respuesta a las muertes.

Ya es tan enorme el bosque—dolor y los árboles tienen las copas doloridas,
salvajes, tenebrosas: ¡qué pavor cuando viene la luna a echar una mirada!
Cuando se grita de dolor allí, la voz es una piedra al agua,
y el sangrar de cuerpos como rocío en el océano.
¡Gran Europa! ¡Reino de la cruz!

Un domingo quiero celebrar una fiesta negra en tu honor.
Quiero abrir el bosque—dolor y mostrarte cada árbol,
cómo penden allí mis muertos con sus cuerpos descompuestos.
¡Goza, reino de la cruz! Ven y observa en mis valles:
mis fuentes se hallan desoladas y en derredor los pastores;
pastores muertos con blancas cabezas de corderos sobre las rodillas.

Hace ya mucho que no hay agua en las fuentes. Sólo maldición.

1923

Mefisto

Ya no creen en Dios.

Ya no creen en Dios. La Providencia no se encuentra ya por los caminos,
y ya no existe un rincón siquiera donde ardan las lámparas:
ligereza de corazón y serenidad.

y de aquí ya no hay salida
puesto que no habrá de abrirse por milagro para nosotros una puerta
que conduzca
al otro lado,
caos afuera.

y resulta pesado respirar así en la claridad de los días,
y diez veces más arduo todavía resulta tenderse simplemente así
en el lecho
a medianoche.

¡Y el mundo es, parecería, mundo, así multicolor!
Una correntada marcha.
Una senda se tiende hacia todos los rincones del mundo
y aquel milenarismo alguien sostiene el látigo,
y azuza: ¡al galope!

Un eterno forcejeo en el vientre de días y noches.
Sol que se levanta,
sol que se ausenta.
Cabeza y corazón quieren irse del cuerpo,
irse del cuerpo.

¿De quién habrá de aprender a olvidar.

¿De quién habrá de aprender a olvidar
el tesoro abandonado a las lejanías
y la suerte amor que brilla desde lejos?

el eco responde,
responde, y se burla:

¿Olvido? ¡Ja—ja!
¡No existe nada semejante!
Por lo visto, mi muchacho,
necesitas paz
y deseas respirar.
¿Y qué es acaso desesperación?
¿Y en qué consiste el arrepentimiento?
En la soledad has de parir dos criaturas
que han de llamarse:
desesperación y arrepentimiento.
el corazón habrá de ser la cuna
para ambas,
para ambas.

Pero entretanto, muchacho, tienes uñas, clávatelas
y aúlla a las tinieblas.

No existe retroceso,
el puente ha sido arrancado.

Un eterno forcejeo en el vientre de días y noches.
Sol que se levanta,
sol que se ausenta.
Cabeza y corazón quieren irse del cuerpo,
irse del cuerpo.

¿De quién habrá de aprender a olvidar.

¿De quién habrá de aprender a olvidar
el tesoro abandonado a las lejanías
y la suerte amor que brilla desde lejos?

Y el eco responde,
responde, y se burla:

¿Olvido? ¡Ja—ja!
¡No existe nada semejante!
Por lo visto, mi muchacho,
necesitas paz
y deseas respirar.
¿Y qué es acaso desesperación?
¿Y en qué consiste el arrepentimiento?
En la soledad has de parir dos criaturas
que han de llamarse:
desesperación y arrepentimiento.
Y el corazón habrá de ser la cuna
para ambas,
para ambas.

Pero entretanto, muchacho, tienes uñas, clávatelas
y aúlla a las tinieblas.

No existe retroceso,
el puente ha sido arrancado.

Vida mía, que con mis años.

Vida mía, que con mis años vas barranca abajo
pese a que yo tiendo las alas de mis sueños cuesta arriba.
Ay de mi cuerpo, consumido de días salvajes,
cuando a medianoche la fiebre asalta mi sangre
y yo descubro mi silueta: imagen de la orfandad;
una visión aterradora: un laberinto despojado, de par en par,
con aullantes días errabundos y noches de terror:
no es día ni noche sino una mezcla de ambos
que llaman: cielo del pasado en la cabeza.
Y en el valle abajo, al pie de altas montañas muertas,
descansa el mar helado junto a las ruinas de una ciudad,
y por todas sus calles, oro polvoriento,
rotos instrumentos musicales, trozos de piedra de cristal
y se nota que existió aquí una ciudad de torres.
Y entre los antiguos palacios del espíritu
vivió y se engrandeció mi vida en esa ciudad.
¡Hey, hey! Me corre un calofrío por las venas:
—Ved, ojos, ved como en pleno corazón de esa ciudad
emerge un negro poste en cruz del porte de un gigante
y cuelga de él un hombre como yo,
mi misma imagen,
pero desnudo, con la desnudez vuelta hacia el mundo extraño.
Tiemblo y quiero vociferar mi gemido
pero no poseo siquiera la voz de los perros callejeros
y sólo pronuncio: —*Eli, lama azavtani.*²¹
¡¡Dios, porqué me abandonaste en medio de la noche!!

Cuanto más desciendo.

Cuanto más desciendo a los socavones del alma
con la lámpara roja del indagador
mayor se hace la hondura, y me pierdo en la marcha.

Por los oscuros caminos descendentes
yazgo de noche,
yazgo cansado,
y la lámpara de indagador agoniza.
¡Ay de mí, ay de mí!

¿Quién es el que me ordena evitar toda senda soleada
y todo sendero abierto donde florecen árboles y suenan campanas?

¿Qué es, alma, lo que me empuja a seguirlo
sea por un pantano,
una hoguera
o un precipicio de alucinante profundidad?

¿Quién es aquel que ordena que yo desee horrores
e indague abismos donde, se supone, crecen perlas?

¡Ay de mí, ay de mí!
¡Pasan los años
y las raíces del cabello duelen todas las mañanas
hasta la locura!

Y mis ojos quieren saltar de las órbitas, pero se quedan,
siguen mirando hacia los cielos.
¿Cómo pueden mis hombros delicados, sorportar noche y día
la carga de sobrevivir?

¡Ay de mí, ay de mí!
¡¡Mefistófeles!!

¡Pasan años, años desiertos,
y no juegan sobre mis rodillas niños bendecidos por la gracia,
en cambio acuno mi cabeza endurecida!
Y mis pupilas no lloran imágenes frutecidas;
y mis hombros enfermos gimen.

¡¡Mefistófeles!!

Y sucede que alguna vez.

Y sucede que alguna vez abro violentamente una puerta
de mi mundo solitario, y tiendo mis manos,
mis angostas manos,
al señor del caos.

Y ando como un ciego conducido por una mano,
tembloroso el cuerpo, los labios incendiados
y la cabeza repleta de murmullos.

Y no pregunto a dónde, hacia dónde; sólo voy
como un ciego
hacia el mundo lejano;
y el corazón golpea.

Y cuando baja el sol, arde en la cabeza afiebrada
la alegría de la soledad
como una lámpara callejera
en una ciudad muerta.

¡Y el ojo ve,
el ojo ve
lo perdido que estoy!

Una medianoche.

Una medianoche errando por la ciudad
y observando los autos en su carrera, y los faroles,
y rozando durante la marcha mil codos ciegos,
cubiertos brazos masculinos,
desnudos brazos femeninos.
Todos buscaban paz a medianoche en la ciudad.

La noche es profunda,
la noche es mar,
la noche recibe y atrae,

y empuja oscuros hombres—huérfanos con horror
hacia el río, que yace tendido
fuera de la ciudad
y gime.

Y otros, que de noche temen las aguas,
están sentados encorvados en la oscuridad de las casas
y piensan en harenes y en salvajes bailes orientales
y en aquellas partes
que las mujeres cubren.

Y yo mismo yazgo sobre mi lecho abrasado
así, en las doscientas cuarenta y ocho partes de mi cuerpo, en mi piel,
y mis nervios se tienden oscuridad adentro.

Sobre el nirvana...

Sobre el nirvana cuelga la noche preñada
de luces muertas.

Y en las aguas detenidas hay barcos atascados, cuerpos atascados
cabeza abajo y pies arriba.

Pero sobre la orilla, que queda de este lado, hacia el día,
se yergue un árbol despeinado y loco,
acuna su cabeza,
quiere trasladarse a la noche y no puede.

Arde el sol.

Las ramas están desprovistas de savia.
El árbol no quiere crecer hacia el sol,
porque sus frutos yacen ya en el abismo
del nirvana.

Pero en las ramas está sentado algo
que grita: ¡yo quiero!

El árbol es árbol.

Arde el sol.

ISROEL SHTERN (YISROEL STERN*), nacido en 1894 en Ostrolenka, localidad cercana a Varsovia, Polonia, en una familia de pequeños comerciantes. Estudió en varias escuelas talmúdicas con la intención de llegar a rabino. En 1919 aparecen sus primeras obras poéticas, viviendo pobremente como escritor en Varsovia. Tradujo obras de Shakespeare para la Troupe de Vilna. Durante la segunda guerra es recluido en el gueto de Varsovia y deportado luego a Treblinka, donde es asesinado en 1943.

Manicomios cantan

Henos aquí encerrados por nosotros mismos
huidos a escondernos detrás de los barrotes.
Con espesas cortinas de llanto,
como con trapos, está cubierto el mundo.

Vuestra vida es atardecer y madrugada;
permanentemente sangran las calles.
Las madres enloquecen,
los niños mueren como minutos.

Y los padres desaparecen como los años,
aunque no tan lenta ni silenciosamente;
no son centeno maduro
llevado a moler presurosamente.

Y allí por donde cruza el carro
ya no ha de brotar la hierba.
Y al judío ya no le queda sino lamentarse,
y vuestra voz como el vidrio se quiebra.

Agujeros vacíos son vuestros días;
vuestra dicha, botones mal cosidos;
y cuando queréis dar con los asesinos,
os atrapáis entre vosotros mismos.

Y precisamente la noche quiere volcarse
en vuestro cerebro, como la locura,
y escucháis que el cielo hace rechinar
con ira a las estrellas, como dientes.

No sabéis a donde huir y pensáis:
¿de dónde nos vendrá ayuda?
Pero vuestro tiempo os traiciona y ríe,
y, como un pañuelo alrededor de la sien, se ajusta.

Debéis roncar en agonía, y la ciudad
debe suspirar enferma—impura, como con leproso,
y acudís por ayuda a nosotros, vuestros dioses;
a nosotros, los grandísimos locos.

Atardeceres

Atardeceres son criaturas halladas tras las tapias;
atardeceres son ancianos que no logran morir;
atardeceres son lámparas, ya arden sus mechas.
Atardeceres son ojos de locos silenciosos;
atardeceres son cartas escritas y rasgadas:
algo nos libera y algo sucumbe.
Atardeceres son anillos sobre dedos cortados:
sangre sobre oro; oro sobre sangre.
Atardeceres son brazos de hermosas pordioseras.
Atardeceres son banderas en batallas perdidas.
Atardeceres son violines mientras malos espíritus
atrapan a la novia y la arrancan de su casa.
Atardeceres son ventanas de sinagogas abandonadas,
en colores gimen los cristales.

ARN LUTZKI (A. LUTZKY*), *seudónimo de Arn Tzucker, nacido en 1894 en Lutzk, Volinia, región ucraniana, en unafami— lia donde reinaba la música. Estudió en una escuela talmúdica y en 1914 se radicó en los Estados Unidos, ganándose la vida allí como buhonero, maestro, profesor de violín, etc. Luego, su peculiar poesía encontró en él mismo al mejor recitador de sus improvisaciones, por lo que Lutzki se dedicó sólo a su obra poé— tica, a publicarla, recitarla y difundirla. Falleció en Nueva York en 1957.*

No quiero morir

Eres testigo, Dios:
no quiero morir.
A muerte odio a la muerte,
y a la vida la quiero
como a la vida misma.
El otro mundo es un lugar
demasiado tranquilo para mí.
Mi espíritu no está hecho para allí.

Me gustan los líos,
el ruido, el coraje;
los deseos por fardos
y los bolsillos repletos de juego
y fantasía.

Yo soy de aquí
y aquí quiero quedarme
horas y horas
siempre ocupado.
Preocupado por la vida
quiero vivir mi vida
con alma y vida.

Si ni siquiera se me ocurre
ambicionar otro mundo.
¿Quién es ese otro mundo?
No lo conozco
ni quiero conocerlo.

Quizás quieran morir los quejumbrosos,
dolorosos, los llorosos.
Yo no soy quejumbroso.
No soy doloroso ni lloroso.

El pueblo judío

Sionistas quieren tener a todos los judíos,
comunistas quieren tener a todos los judíos,
socialistas quieren tener a todos los judíos,
anarquistas quieren tener a todos los judíos.

Todos quieren tener a todos los judíos.

Dice el pueblo:

—Despacito.

—Tal como es el mundo, así soy yo—
dice el pueblo.

¿Cómo es el mundo? Así:

Un poquito de tierra, un poquito de agua,
un poquito de aire, un poquito de fuego;
el resto, arena.

—Así soy yo —dice el pueblo—
igual que el mundo:

Un brote de sionismo,
una chispa de comunismo,
una gota de socialismo,
un soplo de anarquismo;
el resto, arena.

—De todo un poquito —dice el pueblo—
Igual que el mundo, así soy yo.

¡Ay de un mundo
todo fuego, todo agua,
todo polvo, todo aire!

Un poquito de ídish, un poquito de hebreo,
un poquito de religión, un poquito de librepensamiento;
el resto, arena.

El pueblo judío es viejo como el mundo
y sabio como el mundo.

Yo soy un cantor;
un cantor a la vida,
un repiqueteador de alegría.

Yo canto respecto de vivir,
de flotar,
de confiar.
¿Qué tiene que ver la muerte conmigo?!
Estoy atareado investigando
una motita de polvo,
un honguito,
un hombre.
¡Para mí, la congoja es maldita;
carga un anatema, es impura!
¡Yo soy pura bendición!

Aunque en el *otro mundo*
me tocara el *paraíso*,
sin dolor, sin pena,
no quiero saber nada con él
mientras viva.
Porque mientras el mundo sea mundo
quiero vivir,
y después, recién voy a querer más todavía.

¡Cómo voy a querer morir
si en realidad quiero vivir!
¡Las fuerzas no me dan para morir!
¡Si apenas me alcanzan para vivir!

Un instante de dicha
es más hermoso y grato
que el velorio más fantástico.
¡Dios, no me hace falta un velorio!
Con la vida me alcanza y me conformo.

Un diminuto insecto estudia el mundo

Un diminuto insecto se pasea por un pan
y se llena los ojos de cosas extraordinarias
como si estuviera recorriendo el universo.

De pronto se detiene.

Asustado se dice a sí mismo:

—No seguir adelante;
suficiente.

Un muro. Llegamos al fin del mundo.

Un gigante de aquí al cielo.

El insecto trepa arriba, arriba,

y se sienta a descansar en la cima de la montaña enorme
un camino.

El microscópico insecto piensa conmovido:

—¡Que un planeta sea tan magistral!

¡Sobre mí hay un mundo sin fin!

¡Aquí el aire es más fuerte que abajo!

¡El planeta Marte está ahora a mi lado!

Da miedo dar un paso.

Tengo ya para pensar, añorar y recordar
toda mi vida.

Enseguida ha de llover

Enseguida va a llover,
dice la calle.

Las casas se miran
pálidas, asustadas.

Una hoja de papel se alza
y grita por la calle:

¡Socorro!

¡voy a quedar empapada!

Aparece el sol en el cielo,
se detiene sobre la calle

Y ríííííe:

—Sólo fue una broma;
no va a llover nada.

Una mosca es inteligente

La mosca más pequeña es refinada.
Elegante.
Inteligente y delicada.

Cada instante se limpia las patitas.
Cuánta pulcritud en asearse las alitas.
Cualquier movimiento la atemoriza.
El silencio la pone nerviosa.

Cuánto miedo hay en una mosquita
a las orillas de una gota de agua.

Génesis de pronto

Creación es sorpresa,
descubrimiento.

Cada creación es temor.

Hasta la sorpresa más dichosa, da miedo.

Cada ser nace con miedo.
Con aquel miedo
que conmovió al génesis.

El peligro atemoriza y conmueve
hasta al ser más pequeño.

Una liebre,
una hierba,
una mota de polvo,
se sobresaltan ante un soplido.

Aletea con las alitas
y zumba por la bocinita:
—Aquí vuela un avión.
Volar no es caminar;
una milla es para mí un paso,
mundo hay de sobra.

No me importa ir
hasta acá o hacia allá;
soy un gran señor:

yo misma el avión;
yo misma el capitán:
un navío volador.

Viajar en tren

Es una delicia viajar en tren
y oír charlar las ventanillas.
Y ver los postes de telégrafo,
alegres postes de telégrafo:
una mirada por el cristal, y me escapo;
una mirada por el cristal, y me escapo.

Un perro quiere atrapar a una paloma.
La paloma se da cuenta y se vuela.
El perro la persigue por el campo.
Una pata asustada aletea,
quiere volar y se cae.
La ve una cabra y da un salto.

La solitaria rueda de un molino
se deja marear por el viento.
Una tonta vaca en un riacho
se besa a sí misma en el espejo.

Un gato quiere atraparse la cola,
un espantapájaros asusta en un campo.

Un Jesús corre y se pierde,
corre tras él una iglesia,
se apura tras ellos un cura.
Una sinagoga se asusta y escapa,
un bedel corre tras ella.
Un muchachón mira y ríe.

Una gorra

Una gorra sentada sobre una cabeza
piensa:

—Para todo se necesita suerte,
hasta para una cabeza.
Entre gente, a una cabeza
se le ocurre a veces una idea delicada,
un pensamiento luminoso.
Entonces ya por sí mismo resplandece el rostro,
resplandece la gorra.

Mi cabeza, problemas;
siempre preocupada.

Apenas me reconozco ya en el espejo.
Ya tengo casi el rostro de mi dueño.
A veces, en sueños, creo que soy él.
Hasta en mí realmente lo constato:
¡Yo —una gorra— me sorprende
preocupándome, de pronto, por zapatos!

Una mosca aeroplano

Una mosca aeroplano,
un diminuto avioncito,
un zepelín chiquitito,

pero se basta a sí misma:
sólita el pasajero,
sólita el conductor.

Ojitos, dos ventanitas;
patitas, las meditas.
La boca, una bocinita.

Alitas, los alerones.
En el corazón, el motorcito.
En la barriguita, la gasolina.

En la cabecita, el piloto
mira por las ventanitas
y conduce las rueditas.

MELEJ RAVICH (MELECH RAVITCH*),
*seudónimo de Ze—jaría Bergtier nacido en 1893
en Radimno, Galitzia oriental don—de recibió
una educación religiosa. En 1921 se radica en
Var—sovia donde participa de la experiencia
expresionista del grupo Di jaliastre —la
pandilla—junto con Peretz Markish y Uri Tzvi
Grinberg. Ensayista, crítico literario, lírico
reflexivo, fue un gran viajero. En 1941 se radicó
en Montreal, Canadá, donde falleció en 1976.*

Una poesía sin nombre

A mi alrededor todavía es primavera
pero yo ya soy otoño.

Aunque tal vez a mi alrededor ya sea otoño
y yo ya soy primavera.

Todas las verdades tienen dos costados
y ambos son verdad.

Todos los sí son no
y todos los no son sí.

A mi alrededor ya es desesperación
pero yo soy todavía esperanza.

A mi alrededor todavía es amanecer
pero yo ya soy ocaso.

A mi alrededor todavía es contradicción,
pero yo ya soy claridad.

A mi alrededor todavía es ser—judío,
pero yo ya soy ser humano.

A mi alrededor todavía es ser hombre,
Pero yo ya estoy en lo de Dios.

A mi alrededor todavía es espera,
Pero yo ya estoy.

A mi alrededor es morir todavía,
Pero yo estoy ya muerto.

Un bosque gira sobre un monte,
los árboles danzan un vals,
una tijera.

Un árbol escapa hacia el valle.
Corren abedules tras él,
corren castaños tras él,
corren pinos tras él,
robles se arrastran detrás.

Un árbol enorme en el medio
mantiene los brazos levantados
y se arrima a él con el vientre,
inclinan sus cabezas los árboles
y 10 señalan con sus manos.

Da vueltas un árbol en el valle
y se asombra que corran hacia él,
cree que corren hacia él.

Corren el campo y el mundo,
el mundo y una mujer.
Corre un hombre tras ella,
corre un cementerio tras ellos,
juega un niño tras él.

Se apura el sol por un borde
y los enciende con luz de anochecer.

De buen talante un canto así

Estoy seguro que no comienza recién
nuestro amor;
que ya nos vimos hace un millón de años
en el cielo, en el reino de Dios.

Sé también que en la tierra
no ha de terminar nuestro amor;
que otra vez en el cielo
estamos predestinados a ser uno, los dos.

Será por eso que cielo y tierra
se mezclan en nuestro amor;
ya me besaste terrenamente en el cielo
tal como celestialmente lo haces hoy.

Existe un tiempo para tierra y otro para cielo
y hoy precisamente es tiempo terrenal;
entonces hay que tomar y dar cuánto se pueda
alegría terrenal.

Si Dios nos unió
sabrás porqué lo hizo;
en el otro mundo ha de pedirnos cuenta
por cada minuto perdido.

Acércate entonces, amada mía,
quien pierde la tierra, pierde el cielo;
agradezcamos con amor al buen Dios
que selló nuestra pareja en el cielo
y la constituyó sobre la tierra.

Un instante

Cada instante mío
un día para mí.
A cada instante mío lo sigue un reproche
Porque nunca retorna
y es como dicha pasada.

Cada día
envejezco un año entero.

A mi alrededor todavía es tenderse,
pero yo ya estoy levantado.

A mi alrededor están los cantos,
pero yo soy ya el canto mismo.

A mi alrededor es final todavía,
pero yo ya soy comienzo.

A mi alrededor todo son interrogantes,
pero yo soy ya explicación.

A mi alrededor ya no hay más alrededor,
porque yo ya soy sólo yo.

Cuando mujeres embarazadas lloran de noche

Cuando mujeres embarazadas lloran de noche,
sobresaltadas en sueños,
llora Dios con ellas.

Se levanta de su azul lecho divino,
vaga de noche por su universo,
apaga en su morada las estrellas
y despierta a los ángeles
para que digan sus oraciones quedamente.

Cuando mujeres embarazadas lloran de noche
un lejano llamado recorre el mundo;
anda el universo de extremo a extremo:
—Ma—dre, ma—dre.

Ya se enfrió hace mucho el lecho azul de Dios
que anda por sus espacios en la noche;
los abismos bostezan hondamente
y los ángeles rezan en silencio.
Dios ve los abismos, murmura, queda callado
y se sobresalta:
—¿Qué hice aquí?
Y de las profundidades escucha
el eco del llamado
y el sollozar de cálidas sangres
en el nocturno grito repentino de mujeres embarazadas.

ZISHE WAINPER (Z. WEINPER*), *seudónimo de Zishe Vainperlij nacido en 1893 en Trisk, Volinia, región ucraniana. Creció en la atmósfera jasídica del rabino de su ciudad natal en cuya sinagoga su padre era cantor litúrgico. En 1913 emigró a los Estados Unidos, ejerciendo allí diversos oficios, en especial pintor de casas y maestro. Formó parte de la Legión Judía del ejército inglés y en 1937 se afilió a la rama judía del PC ñor—teamericano. Escribió ensayos, poemas y poemas dramáticos, y falleció en Nueva York en 1957.*

Idish

(fragmento)

Me arrojas una pregunta y te ríes:
—¿Es acaso el ídish un idioma?
¿Y yo qué puedo contestarte?
Yo hojeo un libro sobre mis rodillas
y de pronto, ya no estoy aquí;
me voy como llevado por alas.

Un párrafo de nuestro pasado;
innumerables generaciones
juntaron aquí clavitos y guijarros.
Un guijarro del monte, otro del valle,
un clavito de la feria, otro de la calle,
y nos legaron un palacio.

Quién puede reconocer ahora
los guijarros del valle y la montaña,
los clavitos de la calle y la feria.
Nuestro edificio gigantesco
encandila con sus altas columnas
y levanta su cabeza al firmamento.

Sin embargo, en las puertas no hay cerrojos;
están de par en par abiertas
Para tí, para mí, para cualquiera;
desde dinteles, muros y balcones
generaciones radiantes nos saludan
deslumbradas por una luz eterna.

Cada año
me hago una generación más sabio.
Ya hay tanta sabiduría en mí
como en el conjunto de todos los mundos.
¿Para qué quiero tanta sabiduría?

Abrí puerta y ventana
y me detuve en el umbral
a formular la última pregunta
en sueños, sorprendido y asombrado:
—¿Quién eres, mundo mío? ¿Y quién eres tú, mi siglo?

Mundo y siglo
asombrados y sorprendidos movieron sus labios de piedra
preguntando:
—¿Y quién eres tú?

Y todo esto sucedió en un solo instante,
que fue un día, un milenio.

Y desde entonces estoy de pie minutos, horas, días;
milenios parado en mi umbral, preguntando:
—¿Quién eres, mundo?
Y un eco pregunta: —¿Y quién eres tú?

Y todo esto sucedió en un solo instante,
cuando el afuera llovía llover y llover
y el adentro llovía preguntar y preguntar.

Y tal como yo estaba parado en mi umbral
vi como de llover, llover, sobre el mundo,
crecen los árboles y crece la hierba
por la superficie de la tierra
y en sus negras entrañas
caen los rayos de lluvia, confluyen
y se hacen torrentes.

Pero de mi preguntar, preguntar,
no creció nada de lo que brota tras una lluvia,
ni torrentes debajo, ni hierbas encima,
y el viento llegó y desparramó con un soplido
los minutos, las horas, los días, los milenios de preguntas
Y también a mí me sacó el viento del umbral como a una hoja que cae de un árbol
sobre interminables senderos solitarios.

MOISHE DOVID GUISER (M. D. GUISER*), nacido en 1893 en Radom, Polonia, en el seno de una familia proletaria. Obre-ro metalúrgico y autodidacta, vivió algunos años en Varsovia y estuvo cerca del grupo Di jaliastre. En 1924 emigró a la Argentina y en Buenos Aires publicó poemas, cuentos y ensayos, dedicándose a la docencia. En 1933 se trasladó a Santiago de Chile, donde abrió una imprenta. Allí publicó varios volúmenes de poemas, uno de ellos para niños, falleciendo en Santiago en 1952.

¡Capitán, capitán!

¡Capitán, capitán! Ven a nuestro camarote
cuando duermen los ánimos cansados,
cuando el aliento de pueblos se une y mezcla
y el aire se vuelve una llamarada encendida
y sollozan hasta los muros de acero
y por las cuchetas corren lágrimas ardientes,
y doloridos rechinan y se quejan los lechos de paja
deseosos de que los escuche alguno al menos.
¡Capitán, capitán! Cómo puedes dormir ahora
sin ser torturado por las imágenes oscuras
que aparecen en sueños y exigen airadas
por aquellos que en sus propios lechos,
desnudos, sarnosos, no encuentran consuelo,
¡capitán!. ¡Capitán!.

EFROIM OIERBAJ (EPHRAIM AUERBACH*), nacido en 1892 en Beltz, Besarabia. Su padre, un jasid de Jabad, decía descender del famoso exégeta bíblico Rashi. En 1912 Oierbaj emigra a la entonces Palestina y se hace agricultor. Luego se alista en la Legión Judía y en 1915 se radica en los Estados Unidos, permaneciendo vinculado siempre al sionismo obrero. Ensayista y poeta, falleció en Nueva York en 1973.

El gran pájaro

(fragmento)

Nadie se ahogó en el lago todavía;
su corriente es toda verdor y frescura;
sólo de noche, cuando lo abraza
la caída del sol
y llueven chispas sobre él,
crece del juego de luces y sombras
una cierta oscuridad que el lago lleva en sí,
en la que él mismo se embebió;
y yo, en su fina orilla, siento qué profundamente
está en él la culpa de la muerte
que aún debe volverse culpa,
y ha de volverse.
El hombre debe venir, sentir la culpa
percibirla sobre la piel como agujas,
entonces ha de completarse la oscuridad
y ha de brotar del hombre
la culpa en el lago.

Repleto de amenazas

De pronto se hizo silencio en nuestra casa
como si en la noche hubiera partido recién un carruaje;
hasta escuchar crujir las maderas, golpear las herraduras,
a que comience a hacerse día con queda tristeza.

Sobre nosotros anda el silencio con viejos pasos de abuelo
en pantuflas suaves, usadas, gastadas;
para este día guardamos la vida
pero el silencio está ahora repleto de amenazas.

En el Monte Nebó

(fragmento)

El hombre, el elegido de tu creación,
lleva también Tu sangre en las venas,
y lo que piensa, siente y hace
queda en él como una llaga abierta.

El hombre es pugna entre bien y mal;
a menudo de sí mismo despojado,
a menudo quebrada su entereza
y recién en la muerte halla descanso.

Creación es vida. ¿Es creación también la muerte?
Volverse nada ¿es también para Tí creativo?
oh, Dios, a Tí me he confiado
y ahora eres mi duda, el que confunde mi camino.

La sangre ya casi me ha abandonado
pero paz en Ti aún no he hallado.

A. ALMI*, *seudónimo de Eliahu Jaim Sheps nacido en 1892 en Varsovia, Polonia, en el seno de una familia muy pobre. Ensayista y crítico literario, es autor de una vasta obra que incluye poesía, memorias, reportajes e incluso algunos volúmenes de humor. A partir de 1912 vivió en los Estados Unidos, falleciendo en Nueva York en 1963.*

Remiendo amarillo¹⁹

Lentamente se apaga el sol en oro amarillo.
Los campos saciados sorben los últimos rayos.
Luz postrera. oro postrero. El sol en el horizonte,
un remiendo amarillo.

La noche llega con tristes pasos callados.
La luna se desliza agobiada, avergonzada;
amarillo de luna. luna sobre el mundo,
un remiendo amarillo.

Dirige tu mirada orgullosa hacia el firmamento
y graba con ella, en el azul, la fecha:
1940, tiempo del avión, de la radio
y del remiendo amarillo.

Epoca de la cruz gamada. El mundo es una celda.
¿Quién gime tan solitario tras los barrotes?
Es Dios quien gime, y sobre su ropa, como la Providencia,
resplandece un remiendo amarillo.

IANKEV SHTERNBERG, nacido en 1890 en Lipkan, Besarabia, hijo de un acaudalado comerciante en ganado y cereales. Formó parte del importante grupo literario ídish rumano liderado por Eliezer Shteimbarg, siendo el creador en Bucarest, de un teatro de vanguardia. En 1935 se instala en la URSS y a partir de 1940 es deportado por varios años, siendo rehabilitado luego. Continuó viviendo en Moscú y colaborando en la revista ídish "Sovietish Heimland" hasta su fallecimiento ocurrido en esa ciudad en 1973. Sus cenizas fueron traídas clandestina-mente a Israel.

En un piso sobrevolado

¿El hombre que mira de noche hacia abajo
desde la ventana de un piso sobrevolado
y aquel que en ese momento, por la calle-hondonada,
allí, sobre la tierra, marcha solitario,
son diferentes, ajenos o por el contrario
son una misma persona que venció silenciosamente su soledad
partiéndose en dos él mismo
como lo hacen ahora los humildes copos de nieve
que caen y caen y tejen el espacio,
juguetonamente enredan el sentido de arriba y de abajo
o los juntan así y unen mágicamente, acaso?.

Mi madre

Juraría que es sueño.
Juraría que es realidad.
Mi madre, que en paz descansa,
como un ser viviente,
se sienta en el borde de mi cama
y me habla:

—¿Por qué suspiras, hijo?
¿Por qué no duermes?
¿Estarás acaso, Dios libre, enfermo?
¿le duele acaso la cabeza?

—No, madre, —le contesto—
la cabeza no;
me duele el pensamiento.

Yo no busco.

Yo no persigo aquella idea
que se adorna con cuernos
para agredir, herir y lastimar
como la lezna del zapatero,
lista siempre para punzar zapatos.

Yo no busco aquella idea
más alta que yo mismo,
pero cuando la entreveo
siento una gratitud enorme
como hacia el pino
que permanece ante mi puerta
erguido.

Yazgo y corrijo

Desparramados sobre mi cama, sobre mi pecho
casi todos mis últimos escritos
repletos de frases tachadas;
así están mis poesías recién escritas,
mis baladas.

¿Recién escritas? ¿Para quién?
(me pregunto, de pronto, furioso)
¿Para él? ¿para el ángel de la muerte,
el sagrado matarife
a quien ya veo venir a recitar la bendición
tras la cual cumple sin bromear, su misión?

Y alguien me responde, absolutamente serio y objetivo,
tal como sucede en casi todas las baladas:
—¿Para quién? Para tí mismo
y pese a la voluntad del asesino.
Apúrate entonces y cuanto más rápidamente corrije
aquellos párrafos pesados
que quedan aún en tus últimos escritos.

Obedezco,
y a pesar de los dolores, yazgo y corrijo.

ARN KUSHNIROV, nacido en 1890 en Boiarski, localidad ucraniana cerca de Kiev. Su padre estaba empleado en un bosque. El joven Kushnirov entró en 1920 como voluntario en el Ejército Rojo y en 1922 se radicó en Moscú. Poeta, autor dramático y traductor de Gorki, Lermontov y Lope de Vega al ídich, fue el portaestandarte de los escritores de ese idioma en la Unión de Escritores Soviéticos. Falleció en Moscú en 1949.

No he de colgar mi arpa.

No he de colgar mi arpa de los árboles
ni abandonar mi música a todos los vientos.
Una tierra que mane leche y miel
ya ni siquiera en sueños la poseo.

En el alma un ratoncito roe
una melodía de padres y abuelos,
pero a la puerta de mi propio sábado
puso la semana cerrojo, con un lucero.

Moledme como a una semilla
molinos de todos los tiempos
si la estrella del amanecer, como una manzana,
ha de madurar por ese medio.

LEIB KVITKO, nacido en 1890 en Oleskov, en la provincia de Podolia, Rusia, en el seno de una familia rabínica. En 1905 se unió al movimiento revolucionario. Fue uno de los más renombrados autores de poesía para niños de la Unión Soviética, habiendo protagonizado violentos enfrentamientos con la burocracia de la "literatura proletaria" por sus punzantes poemas satíricos, por los que en 1929 es excluido de las redacciones y debe irse a trabajar a una fábrica de tractores. Vuelve a Moscú en 1937 y en 1939 es condecorado con la Orden del Trabajo. En 1945 es secretario de la oficina de escritores ídich de Moscú y presidente de la sección de Literatura infantil de la Unión de Escritores Soviéticos. El 12 de agosto de 1952 es asesinado junto a los más destacados miembros de la literatura ídich de la URSS.

El árbol

En su copa el árbol se tambalea
y en su raíz permanece firme;
sin embargo ningún pájaro
se atreve a plantar en la raíz su nido.

De aquí surge lo relacionados
que se hallan cielo y tierra;
se distingue lo grande y lo pequeño
y quién, a la copa, alimenta.

MOISHE BRODERZON, nacido en Moscú, Rusia, en 1890 hijo de un comerciante. Durante la primera guerra y la Revolución de Octubre permanece en Moscú y luego se traslada a Lodz donde reside hasta 1939 desarrollando una intensa tarea como poeta, escritor y periodista. Fue el organizador de un re-nombrado grupo moderno de teatro, escribiendo obras para él incluso una ópera bíblica. En 1939 se traslada a la URSS donde es detenido en 1948 junto con los demás escritores judeo soviéticos. En 1955 es liberado por fin, retornando a Varsovia, Polonia, donde fallece en 1957.

A las estrellas

Nosotros, muchachos, una alegre pandilla cantarína,
recorremos una desconocida senda
en noches de temor,
en profundos días taciturnos
¡per aspera ad astra!

Estrellas se vuelven lágrimas
y lágrimas, estrellas;
los sordos comienzan a oír,
los muertos, a desear
y todo lo bueno comienza a suceder.

¿El camino que lleva a las estrellas es difícil?!
¡Hey, a pensar un poco menos!
¡Lo que nos esté predestinado habrá de sucedernos!
La alegría ha de fructificar, multiplicarse
Y los cielos atenderán de buena gana
jurando fidelidad piadosamente:
entretanto ¡bailen osos!

¡per aspera ad astra!
Nosotros vamos por una senda desconocida
en los días taciturnos,
en noches de temor
nosotros muchachos, una alegre pandilla cantarína.

ZISHE LANDAU, nacido en 1889 en Plotzk, Polonia, en el seno de una renombrada familia rabínica. En 1906 se radicó en los Estados Unidos donde fue uno de los líderes del grupo literario *Di Iungue* —Los jóvenes—al lado de *Leivik*, *Mani Leib* y otros. Falleció en Nueva York en 1937.

Un lejano llamado.

Un lejano llamado. Un son imperceptible.
Vuelves asombrado la cabeza.
Y como una víbora venenosa en tu mirada
se enciende, cansina, la tristeza.

Sin embargo, alguien murmura detrás tuyo:
—Bajo llave, la pequeña puerta
quedó cerrada en el gran castillo
y el camino yace perdido entre la hierba.

Espinas

En la oscuridad tus ojos se hacen más hermosos,
alegría y paz brotan de tí.
En la oscuridad tu pequeño pie es más pequeño
y más tierna, más flexible te haces tú,

En la oscuridad tu suave voz suena más suave,
penetra y embriaga de promesas el corazón.
Tus dedos pálidos son más pálidos y largos,
y más tierna, más flexible te haces tú.

Afuera ladran los perros

Afuera ladran los perros
y el viento sacude los cristales.
Aunque tal vez los perros yazgan tranquilos sobre sus cadenas
y el viento, sobre una rama, dormite en silencio;
pero yo estoy tan mal ahora
como si se sacudiera el viento en mi cerebro
y en mis oídos ladraran perros.

Oh, cuántos olores.

¡Oh, cuántos olores hay en el mundo!
Huelen ciudades y aldeas, fábricas y calles;
tienen su olor las porcelanas y las almas;
cada generación tiene su olor y cada clase;
cuerpos, motivos y conceptos huelen;
tienen su olor los sentimientos, las guerras, los poemas,
etcétera, etcétera, etcétera.

¡Y no habrás de librarte nunca
de aquel olor en que nacieras!
¡Es más fuerte e implacable
que prisiones y cadenas!

¡Oh, tú,
olor apenas perceptible de mis maravillosos versos!
De esos que escribiera
sobre aquella, para aquella, a aquella que quiero,
la de cansados, perezosos, complacientes miembros.
Oh, a tí
sólo ha de comprenderte
aquel que marcha ausente por la vida
y lleva sobre sí una carga
de la cual, tal vez sólo lo librará la muerte.

¡Oh, olor de mis maravillosos versos!

DOVID HOFSHTEIN*, nacido en 1889 en Korotichev, en la provincia de Kiev, Ucrania. Su padre era agricultor y Dovid, estudiando en una escuela elemental judía, vivió casi permanentemente en el campo hasta los 17 años, cuando se emplea como maestro en una aldea. Estudia en la Universidad de Kiev botánica y filosofía. Comienza a escribir poemas en hebreo, luego en ruso y ucraniano para pasar por fin al ídish. Tras la Revolución de Octubre es uno de los responsables de las ediciones de las juventudes comunistas judías de Ucrania. Maestro de la poesía ídish, es uno de los líderes de la Escuela de Kiev. El régimen stalinista lo arrestó en 1948 y lo fusiló en 1952, siendo rehabilitado en 1956.

Atardeceres de invierno

¡Atardeceres de invierno por los campos de Rusia!
Dónde puede uno estar más solo, dónde puede uno estar más solo.

Un viejo caballo, un chirriante trineo,
un nevado camino, y yo por el medio.

Detrás, en un ángulo aún luminoso
languidecen tristes los últimos rayos.

Delante, extendida hacia la distancia,
un desierto blanco y algunas pocas casas.

Hundida en la nieve dormita allí una choza.
casita judía que los senderos tocan.

Una casa como todas, con ventanas más amplias;
allí soy, entre los chicos, el mayor de la casa.

Mi mundo es estrecho, y pequeño mi círculo:
a vez por quincena, de casa al pueblito;

y añorar en el mutismo de los campos inmensos
sendas ocultas, caminos secretos.

y cargar en el corazón recónditas penas
de semillas que esperan y esperan la siembra.

¡Atardeceres de invierno por los campos de Rusia!
¿Dónde puede uno estar más solo, dónde puede uno estar más solo?

Noche

¡Amada!

El mundo se olvidó ahora de nosotros
tal como antes nosotros lo olvidamos.

Sin consultarnos cayó la noche
en la sensual y rumorosa calle.

La puerta nocturna
se hizo pálida y silenciosa
sorda y mudamente clausurada.

Sobre el rojo tejido
de nuestro viejo sillón
derramó ya su tinta la noche.

¡Amada! Pon tu mano sobre mi cabeza,
así.

A cada roce de tus dedos
sobre la ceniza del incendio de mi corazón
pasa como una víbora
un callado, nostálgico aleteo.

¡Gracias, mujer;
gracias, esposa
por cada gota de rocío,
por cada temblor de tu cuerpo siempre sediento...!

Orquesta

¿Quién dice —¡qué me mire a los ojos!—
que las multitudes sólo escuchan tambores?

Quién lo dice:

—¡Un tambor ventrudo y algunas trompetas
bastan para acompañar a las masas!

Quién dice:

—¡Para las masas alcanza con fanfarrias!

¡Lo dicen los antiguos amos!

Nosotros decimos:

—¡Queremos, hemos de conseguir,
una vida caudalosa para cada uno!

Decimos

que luchadores—obreros y constructores
poseen un oído sensible y delicado.

¡Nada de "pan y circo
para esclavos"
sino todo lo que creó la humanidad
para nosotros y para ellos,
hombres de la nueva siembra,
hombres libres con plenos derechos!

¡Y no sólo pan
ni redoble de tambores,
y no sólo rabia y amargas maldiciones
a las cadenas de ayer!

Una mano poderosa
guía la construcción de nuestra patria
y una savia sensible y delicada
nutre su flexible fuerza.

Y dulces flautas y violines
acompañan la construcción,
recuerdan penas y pérdidas;
sonidos de cornos se estiran a lo lejos
y anuncios consoladores
de alegrías venideras
en tiempos cercanos,
en orgullosos días y noches:
¡también necesitamos de vosotros,
violines y flautas!
¡Vosotros, flautas y violines
acompañáis la construcción,
las penas y alegrías
de nuestro mundo!

Origen

¡Nuestro origen son rocas!
Rocas desgastadas en el molino del tiempo.
Provenimos de rocas
que ataron su destino
a lejanías,
a mares,
a vientos...

Provenimos de rocas
que rompieron
el congelado yugo del no-movimiento;
avanzamos
y sólo desolados bosques
pueden detenernos.

Somos los primeros
al este al oeste, el sur y al norte,
hermanos de las olas
y las tempestades,
unidos a las tormentas
en los pliegues del viento.

Fraternidad

¡Mi pecho ya está repleto
de cálidas premoniciones
de tu gran llegada,
fraternidad!
¡Cuando cada aliento quiere
y cada timón crea;
cuando cada piedra
está limpia de polvo
e indiferencia;
cuando cada caída,
cuando cada despegue,
cuando cada movimiento
es sí
o es no,
pero es un empujón,
un tirón
hacia adelante!
Cuando cada esfuerzo
en pequeño,
en cadena,
sólo
es grande,
es amplio,
sólo
es pura alegría.

H. LEIVIK (H. LEIVICK*), *seudónimo de Leivik Halpern, nacido en 1888 en Iehumen, en la provincia de Minsk, Rusia Blanca. Arrestado en 1906 por sus actividades políticas, pasó cuatro años en una cárcel de Moscú siendo deportado luego a Siberia de por vida, pero logró huir a los Estados Unidos, adonde arribó en 1913. Empapelador de día y poeta de noche durante muchos años, compone una de las obras poéticas y dramáticas más trascendentes de la literatura ídich de este siglo. Su drama "El Gólem" es un clásico de la dramaturgia judía. Integrante del grupo literario Di Iungue —Los jóvenes— su obra poética tiene acentos proféticos. Falleció en Nueva York en 1962.*

En el fuego

La oscura noche es fuego,
mi cabeza sobre una almohada llameante de fuego.
Aspiro y exhalo fuego
por puertas abiertas y ventanas de fuego.
Mi mano se extiende y hace signos en fuego.
Escribe en el fuego, con fuego, sobre fuego.
Pido piedad, busco amparo del fuego,
¡socórreme, sálvame, fuego!

Oigo un chisporrotear de voces en el fuego:

Soy tu padre, tu padre de fuego;
soy tu madre, tu madre de fuego;
tu padre que te judaizara en el fuego;
tu madre que te amamantara con fuego.
Recuerdas tu cuna colgante de cuerdas de fuego,
en una pequeña choza, hace mucho, al estallar el fuego;
recuerdas el aletear de las cuerdas en fuego
hasta alcanzar el techo con fuego;
recuerdas cómo te atrapamos en el fuego
y echamos a correr contigo entre el fuego:
huíamos del fuego, por el fuego, al fuego.
Ahora venimos de nuevo a estrecharte al fuego,
a cubrirte de nuevo con pañales de fuego,
a alzarte otra vez, conducirte entre el fuego,
del fuego, por el fuego, al fuego.

Así escucho voces en el nocturno fuego,
Hasta que comienza a amanecer con fuego,
Y lo que sigue luego sólo lo sabe el fuego,
Que dibuja sobre fuego, en el fuego, con fuego.

Mi plegaria

Mi plegaria, no sé a quién llevarla,
y la llevo;
mi plegaria, no tengo a quién decirla,
y la digo.

Mi plegaria, sobre el paladar se me hiela,
y la llevo;
mi plegaria, revive en un estallido de ira,
y la digo.

Mi plegaria, tantas veces se quiebra,
y la llevo;
mi plegaria alzada sobre seis millones de fosas,
y la digo.

Mi plegaria, se derrumba y deshace sin palabras,
y la llevo;
mi plegaria para quien no sé si ha de oírla,
y la digo.

Anoche oí

Anoche oí
—aunque tal vez sólo lo haya imaginado—
a una multitud de músicos
tocando al unísono en mi cuarto.

Pero entre el estrépito redoblado del tambor
y el levantado grito de la flauta,
de pronto me demudó el terror:
—Mira, ¡el violinista falta!

Me eché a indagar, a urgir,
cuando una mano me cubrió los labios
y cruzó mis ojos
el brillo de un acero deslumbrado.

Los músicos cumplieron su tarea y fríamente
guardaron sus instrumentos lado a lado;
luego, del mismo modo impasible,
sin esbozar un gesto, una palabra,
como fundidos en una sola sombra,
abandonaron mi casa.

Recién entonces vi:
un hombre yace contra el muro de mi cuarto,
y el violín, caliente todavía,
sangra en su mano.

Luz

Con cantos astillo el corazón del silencio
sin apartarme un pie siquiera de mi sino;
y si me apartara volvería a él
para arribar siempre por el mismo camino.

No permanezco solitario ni apartado;
ya voy envejeciendo, pero tú en mí sigues joven.
Mi rostro, iluminado por el terrenal milagro
y por la dulzura de la arena y la piedra en la boca.

Entreví bajo los párpados del hombre
la promesa de un estallido prodigioso
y la parte más dura de su yugo
me dispuse a cargar sobre los hombros.

¡Sol del día, quíereme y ama también mi sombra!
Enciéndeme y consúmeme cuando sea necesario.
Existe una dicha que yo mismo me he prohibido;
su regocijo llegará, pero ¿cuándo? ¿cuándo? ¿cuándo?

La noche está oscura

Marcho ciego por la noche oscura
entre un viento que arrebatara de la mano el cayado.

El corazón llevo hueco, el morral vacío;
los dos pesando, los dos innecesarios.

De pronto siento sobre mi mano el roce de otra mano:
—Dame, llevemos —dice— la carga entre ambos.

Por un mundo en tinieblas marchamos entonces dos,
yo cargando mi morral, y él, mi corazón.

Tal como soy

Tal como soy,
sin medir más de cinco pies de altura,
si me levanto de pronto
y crezco,
sólo un minuto
y alcanza mi testa el cielo.
Y si comienzo a girar sobre mí mismo
como un toro salvaje,
y a mover los brazos,
como si fuesen las aspas de un molino
por sobre los cuatro costados del mundo,
se revuelven los pueblos con furor,
de los mares se levantan los abismos
y la arena de los desiertos se tranza en el aire;
pueblos, abismos y arenas
hacia mí,
para hacer más vertiginoso
el ritmo de mis giros,
para inundar con más luces y sombras, mis ojos.

De pronto comienzan mis rodillas a quebrarse;
me tuerzo, ya me derrumbo
y me estiro como un trapo
cuyos extremos tocan los extremos del mundo.
Primero yazgo sobre la superficie de la tierra,
boca abajo,
espalda al cielo;
lentamente luego, con medio cuerpo
me voy hundiendo,
y en seguida con el cuerpo entero.

No hay tristeza en mi corazón,
ni llanto
pues no estoy muerto
sino frío y duro como roca;
más frío y duro aún
para no dejar mancillarme.
Y así yazgo
hasta que se levantan dentro mío
desde los abismos,
nuevas ansias de erguirme,
de elevarme. . .

Cantos míos

Cantos míos, como gansos de estirados cuellos;
canto míos, como terneros de ojos redondos,
escuchad, aguzad el oído a cada roce:
sogas y horcas hace tiempo ya que esperan.

Por cualquier sitio puede asomar el vagón del carnicero;
estad preparados para tenderos
cantos míos, como gansos de estirados cuellos;
cantos míos, como terneros de ojos redondos.

Grande ha de ser de la matanza el día, santamente grande;
pero más grande aún es entretanto el tiempo de la espera.
Por afiebrados ojos de ternero el silencio resplandece;
sobre largos cuellos, ternura maternal reposa.

La luz del día es muda. La luz es muda;
la oscuridad es la que canta, de pie ante tu cabecera.
Crepúsculo ven. Noche profunda, ven.
Viene el crepúsculo; la noche deja oír su galopar de aceros.

Cantos míos, como gansos de estirados cuellos, estad atentos:
cantos míos, como terneros de ojos redondos,
aguardad con temblor festivo,
porque vuestro guardián no duerme ni dormita
y quien blande el filo carnicero es puntual.

Aguardadle aún cuando demore
porque en lo profundo de las noches
llamo y ruego en mi nombre y en el vuestro:
—Cuellos esperan; venid y degollad.

1922

Yo debí.

Yo debí morir con vosotros
Pero las fuerzas me faltaron,
y ahora lo hago todo por ocultar
el debatirse de mi verbo, de mis manos.

Ni la ira ni el dolor ayudan a ahogar
en sus abismos tormentosos mi culpa de ser;
la culpa de que las llamas de Treblinka
hayan omitido mis entrañas.

Todas las palabras se tornan ahora máscaras
para ocultar el universal pecado de Caín;
para cubrir nuestro fracaso
de pretender justicia por un niño degollado.

Y mientras mentalmente cubro mis hombros
con sacos de duelo, y hundo mi frente en la ceniza,
vuelve el profanador a profanar
y el verdugo voltea otra cabeza.

Y en el corazón gime duplicada la vergüenza
cuando el sol se echa a cantar en mi ventana,
cuando mi mesa se viste con cubiertos
y saborea un trago mi garganta.

Busco refugio entre los pliegues de la fe;
me acurruco contra la eternidad, pero a sabiendas
de que ya todos los recipientes del mundo están quebrados
y ya no le queda a Dios donde guardar sangre de Abel.

El turno llegará

(fragmento)

Disculpadme si en horas cruciales
envidio a los mártires antes que a los héroes;
también mi padre los quería más,
y también mi abuelo y mi tatarabuelo.

Y ahora, cuando debo enseñar a mi hijo,
a menudo francamente con él me confieso.

Aún de niño, en los días del *jeider*¹¹
y luego en la escuela y en la *ieshiva*²³
más que la guerra de Bar Kojba,
atrapaba mi corazón la muerte de Rabi Akiva.

Pero la cobardía me llevó del país de la prueba
hasta cierto país de la seguridad,
y todos mis sueños sobre horas postreras
los transformé en palabras entre tapas de libros.

Un sólo consuelo: en medio de supuestos placeres
arde una llama seca en mi paladar,
y escucho claramente una voz de mártires:
—No te preocupes, tu turno llegará.

La gente debió haber venido

La gente debió haber venido
a detenerse ante tu cabecera y bendecirte;
la gente no vino,
entonces vino la bendición sola,
vino la bendición sola,
vino sola.

Tocó tus ojos cerrados,
tus labios apretados,
y asomó una sonrisa sobre ellos;
una sonrisa como en vísperas del día
—y ya eran vísperas, casi, de la noche—
y la bendición bendijo la sonrisa,
se apartó y se fue;
entonces la sonrisa quedó sola,
quedó la sonrisa sola,
quedó sola.

Por el cristal de la tarde, un rayo de sol
se enhebró áureo y blandamente
envolviendo con silenciosa ternura la sonrisa
en el preciso momento de extinguirse.
La sonrisa se evaporó,
entonces el rayo de sol quedó solo,
el rayo de sol quedó solo,
quedó solo.

Por qué merezco yo.

Buscas milagros en la mañana azul,
buscas entereza en las lejanías,
y a tu alrededor todo grita:—Destruye
Si es que en alguna parte queda algo entero todavía.
Las palabras pulidas quiébralas
en cuantos más pedazos, cuanto más destruidas.

Si yace desnudo aquí un judío
Profanado, germanizado, hitlerizado,
con cuanta más razón puede tu canto estar desnudo,
estar él mismo de profanación azotado.
¿Por qué habrías de merecer tú ala y sueño
y luz sobre tu cara en el espejo?

¿De dónde te vienen libertad y vuelo?
¿Por qué te merecerías milagro y maravilla
si no afiebró tu pulmón el gas
de una muerte judía;
si Maidanek sigue siendo sólo una palabra,
apenas el nombre de cierta comarca?

Sobre tu tierra, Jerusalem

Jerusalem, qué grato
callar sobre tu tierra.
Abro a mis palabras
todas sus celdas,
y agradecido,
alabando su singular fidelidad
liberándolas, les digo:
—Volad a vuestro gusto, amadas,
por los montes de Jerusalem,
por sobre todas sus colinas;
escoged entre sus santos lugares,
posaos y descansad sobre ellos;
son todos vuestros.
En cuanto a mí,
dejadme a solas con el sueño
de haber logrado
un instante siquiera de paz;
un instante conmigo mismo,
de completo acuerdo.

Jerusalem: sobre tu tierra
fulgura el día dorado de silencio
y de noche el silencio azulea.

Pero de pronto me digo:
—Aquí mismo, donde estoy erguido,
aquí mismo posó su pie Isaías.
¿Aquí mismo? ¿De veras?
Y el fiel instante nocturno
responde:
—Sí, aquí.

Entonces sobrecogido, me echo a llamar
de vuelta a mis palabras.
—Volved de donde estéis;
volved, volved, mis fieles,
dadme a expresar en silencio
el regocijo
de estar erguido sobre la tierra
que pisó Isaías.

Sobre las espaldas del Monte Carmelo

Sobre las espaldas del Carmelo
brotan casas nuevas, blancas,
que estirándose otean
hacia el mar y la distancia.
Casas, se diría, comunes:
puertas, balcones, ventanas;
pero en cuanto lo meditas
intuyes el milagro.

Las puertas se echan a temblar
con un batir de alas,
hasta que en ellas, con ellas,
estallan cerrojos y trabas.

Cada muro, no bien recuerda
el milagro desatado,
sobre las piedras de sus cimientos
se echa a danzar de un salto.

Y los balcones, mayor prodigio,
se deslizan como naves
unidas y solitarias,
del mar a las profundidades.

Sobre ellos, los cielos azules
Flamantes, como recién tendidos;
y por encima la palabra y será
de *El fin de los días* de Isaías.

Y cuando preguntes

Y cuando preguntes si alguno me ha traído,
si alguno me ha arrojado a este confín del mundo,
no podré responderte una sola palabra,
y si lo hiciera sería con vocablos oscuros.

Cuántas palabras abiertas ya he pronunciado
y ni una celda siquiera he abierto con ellas,
ni un charco de sangre he borrado en la nieve,
ni quebré con palabras una sola cadena.

Ni un solo pogrom deshice con palabras;
con palabras no evité ni una muerte en el gueto;
ahora todas gritan: —Queremos ser inscriptas
sobre azul y rojo; sobre blanco y negro.

Por labios cerrados, de mudez ocluidos,
capto más cabalmente la última esencia.
De la horda palabarrera huye, corazón mío,
y húndete en el silencio como en el musgo una piedra

Carcelero

Carcelero, quita ya tu ojo de la puerta,
ve y tiéndete a dormir;
para descansar fue dada la noche,
para tí igual que para mí.

Apoya en el portón tu arma,
reclina tu frente en la mesa;
de pasearte el día entero
ya han de dolerte las piernas.

Ninguno dejará la celda
y nadie ha de escurrirse en ella;
en torno de mi camastro danza
una enorme rata negra.

Danza, salta y urde trampas
a mi derredor, círculos mágicos;
quita tu ojo de la puerta
que ya estoy, carcelero, embrujado.

El camastro es corto

El camastro de la celda es corto
pero echarse a dormir necesitan todos,
coloca uno los pies sobre los ojos del otro
y sobre sus cadenas apoya el rostro.

El camastro de la celda es angosto
aprieta²⁴ cada cual el cuello del prójimo.

Toco la puerta de mi padre

Toco la puerta de mi padre,
pero sin golpear; dejo apenas
el roce de mi mano sobre ella
y vuelvo a mi vida de todos los días.

Ando por la ciudad,
por sus silenciosas calles nocturnas
y escucho que a cada uno de mis pasos
lo acompaña un singular llamado:

—Anuda tu mano en un puño,
cuanto más grande, cuanto más fuerte,
y embriagado de ardiente ira,
de mi sepulcro, quiebra el cerrojo.

Me echo a correr de nuevo hacia la puerta
como si fuese un muchacho todavía,
y la toco con un roce más intenso,
con una caricia de todos mis dedos.

Pero no fuerzo la cerradura.
En cambio me asalta una serena sonrisa,
y al extraño llamado de mi padre
sólo respondo: —Padre mío, debes disculparme.

Hoy vi a mi madre

Hoy vi a mi madre en sueños'
los ojos llorosos,
sentada a la puerta de su tienda,
cabeza inclinada hacia el suelo.

En su regazo mi pequeño hermano
busca amamantarse de su seno,
pero no contiene una gota de leche
su pecho reseco.

El chico llora y llora
hasta quedar en silencio.
Sentada, callada,
escucha mi madre llorar al pequeño.

Un campesino, dinero en mano,
entra por pan a la tienda,
esperando que, como siempre, mi madre
salga alborozada a su encuentro.

Pero mi madre, como si durmiera
no se mueve de su sitio.
Echa otra mirada muda
y huye aterrado el campesino.

No digo

No digo que mi vida haya sido un fracaso;
solamente digo que la tormenta quiebra
al manzano más recio, y sus frutos
los va recogiendo el guardián en su cesta.

No digo que mi vida haya estado errada;
solamente digo que un trapequista sobre su hilo cruza profundos abismos cantando como
si bajo sus pies tuviera un puente tendido.

No digo que mi vida haya sido un sueño;
solamente digo que un jinete, sobre su cabalgadura,
atraviesa todo un mundo al galope
y retorna al rincón donde descansa su cuna.

No digo que mi vida esté terminada;
solamente digo que el sol se hunde en las aguas
hecho una esfera inflamada de ocaso,
que incendia el occidente con una llamarada.

Una simple plegaria

¿Donde tomar fuerzas, dime,
Para este debatirse, Dios mío;
Para caer erguirse, y volver a esperar?
Para miles de senderos escapé ya de la muerte:
Por el heroísmo, por el miedo,
E incluso por la casualidad.
Dime' ¿cuántas pruebas más tiene la vida, Creador?
¿Cuántas más?
y aún habiendo ya escapado tantas veces,
sin embargo no olvido,
—para llevar, como corresponde, la cuenta—
todas las formas de muerte,
todos sus colores
que mis ojos mamaron
para revertirlos a su vez, algún día,
en los tuyos.

He visto la muerte roja,
he visto la muerte negra,
he visto la muerte azul,
y por sobre todos los tonos,
la muerte blanca, blanca, blanca, ciega.

Dime, ¿cuántas energías posee el hombre
para alimentar sus fuerzas;
para ser contigo un socio igualitario?
Por lo que vieron mis ojos
hay días en que abrigo la clara sospecha
de que no son iguales nuestras cargas;
que mi porción de dolor es mucho más intensa.

Solamente una vez evitaste
que se hinque un cuchillo en un cuello.
El entregarse del cuello de Isaac
quedó desde el monte Moría
por señal ungida del judío
para toda la eternidad.

También yo cargo esa seña, por supuesto.
La cargo —ambas cosas a un tiempo—
como un prodigio
y como un anatema.
¿Y es que tengo acaso otro remedio?

Justamente, dime,
¿es que puedo acaso escoger para el futuro
otra senda?

Escucho dentro de mí una voz que dice:
—No corresponde con la majestad divina
descargar con tanta familiaridad el corazón
ante el Creador Supremo.

Pregunto entonces:—Dime,
¿cuántas montañas de insomnio
le corresponde cargar a un frágil párpado?
¿Y cuántas lenguas de fuego deben regocijarse
sobre un trozo de cuerpo torturado?
¿Y cuántas veces debe estrellarse una frente contra un muro
para que el hombre permanezca intacto?

Intuyo tu secreto de introversión, reserva,
pero precisamente ya es tiempo de hablar contigo
cuanto más simple; cuanto más clara y largamente.
Con toda tu ubicuidad, no ves a veces;
con tu omnivisión entera, pasas sin darte cuenta a mi lado.
Disculpa que te hable casi en prosa.
No levanto la voz, pero tampoco ruego.
No te hablo con humildad,
pero con soberbia mucho menos.
Hablo como si las palabras por sí solas se unieran
y se ordenaran en versos por sí mismas;
hoy no quiero versificar de ningún modo.
Sin embargo, Creador, te ruego no lo impidas;
lo hacen ya, sin duda, por costumbre
o quizás precisamente
para continuar disimulando todavía
todo el abismo de su pena.
Quieren, a pesar de tu presencia,
permanecer acurrucadas entre sí
a la soterrada herida de su claror.
Sabén que ante tí han de revelarse;
lo que ignoran es si Tú has de curar su herida.
Y no es su culpa
que, como de un cuchillo que sí se hincó en una garganta,
yazga anegado en sangre mi pacto contigo.

A América

Cuarenta y un años ya que estoy entre tus límites, América,
llevo en mí tu libertad bendita,
aquella que Lincoln santificó con su sangre-ofrenda
y Walt Whitman con sus cantos.
Observa qué notable:
aún hoy busco respuesta a mis contradicciones,
a la inquietud que anima mi vida;
y me pregunto, por qué hasta hoy no te canté
con alabanza, con alegría, con transparente admiración,
tal como cabe a tu envergadura,
a tus ciudades y praderas,
a tus valles y montañas; y más aún:
a mis pequeñas paredes, ora en Bronzville, ora en Clinton Street,
ora en Borough Park, o en Bronx, o en The Hates;
y sobre todo a mis caminatas por East Broadway,
el East Broadway que me repleta de vitalidad aún hoy,
de intimidación en cuanto apoyo sobre él mi planta.

Cuarenta y un años ya que estoy bajo tus cielos,
ya más de treinta que soy tu ciudadano,
y hasta hoy no hallé en mí ni la palabra
ni la manera de relatar mi arribo y retoñar sobre tu tierra
con pincelada tan amplia y colorida
como tú, América.
En cuanto mi voz quería acercársete,
limitaba mis palabras, las reprimía endureciéndolas,
guardándolas avaro en mi interior.
Toda mi vida y mi mundo quedaban callados
bajo secretas llaves, lejos de tu excesiva envergadura.
Ahora te lo confieso: cuando bajé del barco,
cuando pisé tu tierra,
quise arrojarme a besarla, a rozarla con mis labios.
Sí, quise, pensé hacerlo y no lo hice.
Luego, sobre tu tierra bendita,
escribí cantos de añoranza y de culpa
en recuerdo de la figura de mi padre
diciendo a su imagen:
—Acoge en mi tardanza
los besos que, aún siendo niño, pensé, quise,
y siempre tuve pudor de darte.
No me dirás, en toda tu grandeza, América,
que tú eres más, que es mayor tu ascendiente;
que eres más importante que mi padre.

Pero tal vez me digas:

—Yo no soy más, ¿pero es que soy acaso menos?

En realidad quisiera escuchártelo decir,
porque escucharlo sería un bálsamo para mi pecho,
y podría, por lo menos en el declinar de mis años,
abrirte las fronteras de mi corazón;
revelarte mis aún escondidas confesiones sobre tí, América.
Lo repito: intenté hacerlo mediante cientos de alusiones,
en prosa y en verso, en el estallido de diálogos dramáticos,
en el caer y levantarse de telones;
traté más de una vez de arrancar de mi propio corazón los velos,
de abrirme e intimar contigo, América,
por lo menos la mitad de lo que intimo
con aquel cementerio en donde yacen mis padres
en el pequeño Iehumen
desde los oscuros días de la primer guerra mundial;
la mitad de mi intimidad con las ardientes nieves de Vitim,
aldehuela perdida en las heladas arideces de Siberia;
de mi intimidad con la marcha de Isaac al monte Moría,
o con la tumba de la madre Raquel;
con las preces de David o con las profecías luminosas de Isaías;
de mi intimidad con la ascensión de Lekert a la horca
o con las danzas ascendentes de Ein Jarod.

Lo intenté, y está claro que es mi culpa y no la tuya
que hace treinta años
anduviera ya bajo tu cielo con duelo en el corazón,
lamentando llevar con angustia mi canto judío
por tus calles y avenidas,
apretado entre mis dientes,
como una gata solitaria lleva a sus cachorros,
buscando en algún sotano, para ellos, un escondite de paz;
y en cuanto pienso en mis hermanos, poetas judíos,
me oprime como una tenaza su destino,
y siento necesidad de orar por ellos, por su suerte,
pero precisamente entonces enmudecen mis palabras.
Por supuesto que es mi culpa y no la tuya también hoy
cuando, pasados aquellos treinta años,
vuelve con tristeza a clamar mi corazón
porque la adversidad, hoy más que nunca,
arroja a los bardos judíos a nuevas siberias
y precipita al abismo de las tempestades,
hacia mortales riesgos,
nuestra estremecida nave poética,
a un abismo de tempestades que alcanzó también tus aguas,
América;

entre los riesgos mortales, busco la brava canción
del capitán bravío también hoy;
que el bravo capitán no traicione hoy también
su canción del destino.

Ya ves, soy cruel conmigo al decir:
por supuesto que es mi culpa.

Si pudiera decir "tal vez", "quizás", no "por supuesto".

Pero me cuido de arrojar siquiera una parte de culpa sobre tí, América,
y dios mismo, en el cielo, es testigo
de que no mereces todavía sentirte completamente libre de culpa,
del todo blanca como nieve.

Ya ves, en este momento deberías tu misma
venir en mi ayuda y aliviarme el hallazgo de aquellas palabras
que expresen a un tiempo acercamiento, fusión y despedida.

Fusión con toda tu belleza y tu amplia complexión.

¿Despedida? Cuanto mayor es la amalgama
tanto más cercano se hace el instante de la separación.

Ella puede sobrevenir entre tus límites,
pero puede también ocurrir fuera, lejos de ellos;
ella puede transportarme a aquellas regiones de maravilla
que transité siendo aún niño,
de la mano de Abraham, por los alrededores de Beersheva;
de la del rey David por las callecitas de Jerusalem;
ella puede transportarme también
a las calles de la Jerusalem renacida.

También tú, América, anduviste junto a ellos;
también tú acogiste en el corazón
el mandamiento y la bendición divinos:
de ser tierra que mane leche y miel,
multiplicando tu simiente como las estrellas del cielo
y las arenas de la orilla del mar;
de ser proféticamente libre
como soñaron para tí tus creadores.

¡Oh, que el sueño de Walt Whitman y el de Lincoln
sea hoy también tu sueño!

En los días de mi ancianidad,
al detenerme ante la clara imagen
de esta o de aquella luminosa hora
evoco nuevamente aquel instante en que,

hace cuarenta y un años
alcancé tu orilla, América, y pensé y quise
dejarme caer sobre tu tierra con mis labios,
y en mi conmovido desconcierto no lo hice.
Permíteme hacerlo ahora, tal como estoy,
así, de pie, abrasado por un claror
de acercamiento y despedida, América.

1954

IIZJOK KATZENELSON (YITZHAK KATZENELSON*), nacido en 1886 en Karelitz, cerca de Minsk, Rusia Blanca, se traslada de muy joven a Varsovia. Allí comienza a escribir en hebreo igual que su padre, cobrando fama con sus obras dramáticas. La segunda guerra lo sorprende en Varsovia, en cuyo gueto es recluido. En 1943 logra huir a Francia siendo atrapado, enviado al gueto de Vittel y luego a Auschwitz donde es asesinado en 1944. En el gueto de Vittel, bajo las raíces de un viejo árbol, deja enterradas en tres botellas herméticamente cerradas, un tremendo poema testimonial — "El canto del pueblo judío asesinado"—, una obra dramática y otros poemas, como los que se publican aquí, escritos en el gueto.

Canto del hambre

Ven, salgamos a la calle, querida;
ven a morir por las calles,
sobre las duras, tristes veredas.
Y trae contigo a nuestros pálidos hijos.

Trae al mayor; trae al mediano;
trae a nuestro tercero que es aún muy joven
pero que también ha de lograr, como un judío adulto,
irse muriendo por la calle, de hambre.

Ven a la calle, ven a Karmelitzka;
entre la variedad humana no desentonamos;
hay por Karmelitzka un gran tumulto:
unos andan, otros caen, otros permanecen sentados.

¡Ven afuera! Oh, sal de casa,
una casa vacía; me avergüenzo ante mí mismo
permaneciendo tendido allí, vivo, en la fosa;
un hambriento no debe morir en su casa, solitario.

En la calle no hay de qué avergonzarse;
uno sale, hinchado, se tiende.
allí se muere al por mayor;
Por la calle va muñéndose toda junta una legión.

También nosotros nos tenderemos sobre las veredas;
no, tendernos no, iremos cayéndonos;
no, no, cayéndonos tampoco; nos acostaremos, un corazón contra el otro
a morir, a morir como todos.

Ven a la calle.

Gueto de Varsovia, 28 de mayo de 1941

Canto del frío

En casa hace frío, un frío amargo;
lobos andan corriendo por mi casa,
los vidrios se han poblado de osos,
mi mujer, yo y mis hijos tiritamos
sin poder ayudarnos.
Y nadie lo ve ni quiere escucharlo.
No lloren, oh, no lloren: las lágrimas,
aun calladas
pueden, Dios nos guarde,
quedárseles en los ojos congeladas.

En casa hace frío. Tengo miedo,
el pánico me asalta en casa
y salgo a las calles desoladas.
Ando por sobre personas congeladas
como árboles hachados,
con manos caídas en un terror enmudecido
como en un desolado, inútil grito
pidiendo socorro
o saludándome acaso, precisamente a mí,
con un saludo tan rígido.

Gueto de Varsovia, 1^o de febrero de 1942

MOISHE LEIB HALPERN (M. L. HALPERN*), nacido en 1886 en Zlochev, Galitzia oriental. Luego de vivir una década en Viena, llega en 1908 a Nueva York, donde luego de ejercer diversas tareas, divide su tiempo entre el periodismo y la poesía. Comienza publicando en los órganos literarios del grupo Di Iungue —Los jóvenes— pero sin integrarse al mismo. Posteriormente colabora con el diario comunista judío, pero también durante un período limitado. Su obra poética se resume en cuatro volúmenes, —dos de ellos póstumos— de una intensidad inusual. Fallece en Nueva York en 1932, a los 46 años.

Mi inquietud de lobo

Mi inquietud de lobo y mi serenidad de oso;
la ferocidad aúlla dentro de mí, el hastío atiende.
Yo no soy lo que pienso ni soy lo que quiero;
soy el hechicero y el encantamiento.
Soy un enigma que se atormenta a sí mismo;
un hombre con agilidad de viento, atado a una piedra.
Soy el sol del estío y el frío del invierno;
soy el elegante opulento que arroja monedas de oro;
soy el muchachón que anda, la gorra de costado,
y silbando se roba a sí mismo el tiempo.
Soy el violín, el tambor y el contrabajo
de tres músicos ambulantes que tocan por las calles.
Soy la ronda infantil y el resplandor de la luna;
soy el simple que siente nostalgias por el país azul.
Y cuando paso ante un edificio derruido
soy también la desolación que asoma entre las ruinas.
Ahora soy el miedo, afuera, ante mi puerta;
la fosa abierta que me espera en el camino.
Ahora soy un cirio encendido recordando a un difunto;
un viejo retrato inútil sobre un muro polvoriento.
Ahora soy el corazón, la tristeza en una mirada
que hace un siglo sintió por mí añoranzas.
Ahora soy la noche que me ordena estar cansado;
la pesada neblina nocturna; el canto quedo del atardecer;
la estrella encima mío, arriba, en las alturas;
el murmullo de un árbol; un son de campanas; una exhalación.

Extrañeza entre nosotros

Callamos.

Escucho cómo solloza mi ataúd en medio de la casa
porque es enteramente negro
y porque no posee siquiera la pequeña ventana
de la más mísera casa derrumbada
donde ya nadie vive.
Y tú, a la leve luz de la lámpara,
con la cabeza gacha,
regalas el más trémulo acento a tu vestido negro
que abraza tu cuerpo casi tan oscuramente
como a mí mi ataúd, que ahora veo.

Noche

Yo pensé,
a un hombre de mi edad,
¿qué lo atrae aquí al mar en este atardecer de otoño?
si ya conoce estas piedras;
y ¿qué le importa ese humo que se estira
desde la chimenea de un barco, cielo arriba?
y ¿qué le importa esa nube que desaparece
por el borde occidental del firmamento?
Un niño comienza a ir a la escuela
y le enseñan a bendecir
el trozo de pan que sostiene su manita,
pero ¿quién enseña a un hombre de mi edad
a deambular a solas
y a protestar
a la neblina del espacio nocturno?
¿al viento que llora como él
y a la blanca espuma que danza mar afuera
su eterno baile mortal?
Oh Guinguelí, inquietud mía,
llevo la soledad sobre mis huesos
como lleva herrumbre una vieja espada;
y tal como un pájaro moribundo cae de su nido
así cae sobre mí la noche.
Y eternamente discurro sobre esto conmigo mismo
como un santo simple le habla al viento por la ventana abierta,
al mismo viento que ante el libro apagó su vela.

Porque sí

Moishe Leib se detuvo en medio de la noche
a meditar el mundo.
Presta atención entonces a su propio pensamiento:
alguien le murmura al oído
que todo está derecho y que todo está torcido
y que el mundo gira alrededor de todo.
Tironea Moisse Leib una pajueta con las uñas
y sonríe.
¿Por qué?
Porque sí.

Así tironea la pajueta en la noche;
de pronto se le ocurre nuevamente algo.
Se le piensa, presta atención de nuevo:
alguien le murmura al oído
que nada está derecho y que nada está torcido
y que el mundo gira alrededor de nada.
Tironea Moisse Leib la pajueta con las uñas
y sonríe.
¿Por qué?
Porque sí.

¿Quién es aquél?

¿Quién es aquél que allí cabalga
sin moverse de su sitio?
Calla, sangre mía, no llores;
aquel jinete soy yo mismo.

En medio del mundo, a medianoche,
¿quién le obstruyó el camino?
Calla, sangre mía, no llores;
aquel jinete soy yo mismo.

Y si por todas partes hay tinieblas
¿por qué no deshace el camino?
Calla, sangre mía, no llores;
aquel jinete soy yo mismo.

Yo y tú

Yo y tu, ni paz ni inquietud;
gris y rubio que se acercan uno al otro.

Nos encontramos de improviso,
como dos mendigos con linternas y cayados,
deambulando de noche.

Como dos mendigos, con su atado y su jarra de agua,
que, como en un espejo, .
se ven el uno en el otro.

Levantán una ceja;
el ojo se enturbia.
No te amo
ni me odias.

Cómo ahuyentarlos.

Si viene gente con grandes pies embarrados
y sin pedir permiso, abren las puertas,
y comienzan a pasearse por tu casa
como por un prostíbulo perdido en una callejuela,
entonces, el placer más grande
consiste sin duda, en tomar en la mano un látigo,
como un barón que enseña a su esclavo a dar los buenos días,
y echarlos sencillamente como a perros.

Pero ¿qué se hace con el látigo, si viene gente
con cabellos rubios como espigas y ojos azul-cielo,
se introducen hábilmente, volando como pájaros;
hacen como si te acunaran con hermosos sueños
mientras se escabullen subrepticamente en tu corazón;
se quitan los pequeños zapatos cantando,
y como quien baña un niño en un arroyo estival,
bañan en la sangre de tu corazón, sus hermosos pies?

Cuando yo esté muerto.

Cuando yo esté muerto, levántame,
átame sobre un caballo,
y déjame ir así por el camino,
muerto, sin que nadie me acompañe
hasta deshacerme paso a paso
sobre hierba y piedra por mí mismo.

Y tú, que inútilmente a mi lado
transformaste en un erial tu vida,
destruye aquí la última señal
de quien ya no está.
Haz de cuenta que sólo fui una pesadilla
que sobrevino y pasó.

Nunca estuve yo aquí.
Nadie nunca aquí me vio.

Giba tú.

Giba tú que estás sobre mi alma,
tristeza bajo el resplandor lunar;
qué bueno estar así perdido
por toda la eternidad.

Las palabras que resuenan
nunca me dieron consuelo;
levantada la cabeza entonces,
lloraré, aullaré noche adentro.

Escucharé mi llanto,
escucharé mi aullido,
y ya no necesitaré de palabras
para perderme a mí mismo.

Me pareceré entonces
a un enorme perro negro;
giba tú que sobre mi alma,
tristeza bajo el resplandor lunar del cielo.

El pájaro Mertzifint

¡Oh, hermanos míos!
Quien quiera mi gorro de payaso con las campanillas de plata
porque piensa que es bueno gustar
tal vez a mujeres que parecen cargar contrabando en sus pechos,
que sepa que se lo entrego con mi más profunda reverencia,
y si lo necesita, le obsequio incluso mi tambor
y le enseño cómo golpear para que lo escuchen
y comprueben que desde hoy él es el tonto
por si a alguno se le ocurriera brindarle honores por eso.
Y yo he de volver a casa y, con el saco arremangado
igual que Reb Moische, el pobre sepulturero de Bialikomen,
he de pararme con un barril de grasa
allí, en el viejo mercado. Y cuando aparezca un menesteroso no-judío
y yo vea que su carro chirría tanto como mi alma,
he de engrasarle las cuatro ruedas embarradas por medio centavo
y podrá seguir viaje, con salud, adonde quiera,
digamos a Sasov, si le agrada
o incluso a Stremblie.

El último canto

Han dejado de creer en Dios,
entonces el amor también se ha ido;
los hombres se ahorcaron en el bosque
y se arrojaron al río.

Del río se alejó el cielo,
en el bosque hizo silencio el pájaro,
el arado y la flauta del pastor
quedaron en el campo, abandonados.

La tierra se volvió desierto,
todos los caminos se han perdido;
el profeta se sentó sobre una piedra
hasta tornarse piedra él mismo.

Memento morí

.y si Moishe Leib, el poeta, les contara
que vio a la muerte sobre las olas
como se ve uno mismo en un espejo
y precisamente de mañana, a eso de las diez,
acaso han de creerle a Moishe Leib?

¿Y que Moishe Leib saludó a la muerte desde lejos con la
y le preguntó cómo le iba
y precisamente cuando miles de personas
se alegraban en el agua salvajemente con la vida,
acaso han de creerle a Moishe Leib?

¿Y si Moishe Leib les jurara con lágrimas en los ojos
que la muerte le atraía tanto
como a un enamorado en la noche
lo atrae la ventana de la mujer que adora,
acaso han de creerle a Moishe Leib?

¿Y si Moishe Leib les pintara a la muerte
ni gris ni oscura sino hermosamente colorida
tal como se le apareció a eso de las diez
allá lejos, sola, entre las olas y el cielo,
acaso han de creerle a Moishe Leib?

Este es nuestro destino

Jóvenes pescadores cantan como el mar libre
y fornidos herreros cantan como el fuego.
Nosotros, igual que ruinas en una tierra desolada,
cantamos como el vacío cuando fluye y llueve.
En el parque juegan reunidos los chicos cantando
y vive en su canto amor de madre.
Parecería que a nosotros nunca nos parió una madre.
La desdicha nos perdió, cantando, por el camino
y, como desgraciados, entonamos cantos sin sentido
como un papagayo sobre la barra de su jaula
o como la rana, al anochecer, entre la hierba y el pantano
o como ropa colgada a merced del viento
o como espantapájaros olvidados en el campo
cuando ya lo devoró todo el invierno.

Eibi Kirli, el héroe de guerra

Eibi Kirli, el héroe de guerra,
con las medallas sobre el pecho y la muleta,
cierra el ojo izquierdo cuando llora.
Sin embargo ayer, un miércoles cualquiera,
se hizo una fiesta a medianoche
devorando siete sapos vivos.

Siete veces creí
que en mi jardín sólo lloraba el viento de la noche.
Pero ni siquiera intenté preguntarme
por qué llora.
Quizás lo enfurezca
no poder agitar las flores de mi jardín.
Son de piedra tal cual las soñé.

Pero, por más extraño que parezca,
no era el viento nocturno. Era Eibi Kirli quien lloraba.
Cada vez que tragaba un sapo vivo
lloraba su muerte.

Ahora está de nuevo sentado al sol
y espera que vengan los chicos
a decirle: —Buenos días.
Los quiere.
La ternura de los chicos le recuerda a su esposa,
la salvaje Barla.
Una vez, riendo, le mordió el hocico.
Pero entonces tenía todavía su organito
y una pluma de pavo sobre el sombrero verde
y pantalones ajustados,
y las botas
que brillaban como espejos al sol.
—¡Hey, mi Barla!

Eibi Kirli no puede recordar su dicha
porque grita,
se echa a toser y escupe sangre.

Pero Eibi Kirli no se enoja;
sólo cierra el ojo izquierdo cuando llora
con las medallas sobre el pecho y la muleta.

Lina noche

(parte XI del poema)

Si pagas, hermano,
viajarás en carroza,
ay, liu-liu, liu-liu;
si no pagas
andarás sobre piedras y espinas;
cierra entonces los ojitos
ay, liu-liu, liu-liu.

Como a un perro extraño
te echarán de todas partes,
ay, liu-liu, liu-liu;
donde pases el día
no te dejarán pasar la noche;
cierra entonces los ojitos,
ay, liu-liu, liu-liu.

Y si, a golpearte el corazón,
te sientas sobre una piedra,
ay, liu-liu, liu-liu,
la madre Raquel
llorará tu suerte negra;
cierra entonces los ojitos
ay, liu-liu, liu-liu.

No podrá el Mesías
soportar tu llanto,
ay, liu-liu, liu-liu,
se arrancará las cadenas
y dará su cabeza contra una piedra;
cierra entonces los ojitos,
ay, liu-liu, liu-liu.

Desfile 1920

Una vieja bandera sucia llevada por alguno
sobre un caballo de cabeza colgante.
Tras él una tropa de seres que parecen difuntos
que se hubieran excavado de su propia sepultura;
y delante y detrás algunos músicos
que se tambalean, se arrastran y tocan.
Tendida todo alrededor una modorra
como el monótono chirriar de ruedas
de viejos molinos aguateros.
La espera, con la sangrante herida desolada
en pleno corazón, aguza los oídos de nuevo
y aúlla como un perro
que perdió a su amo en medio del camino.
Y desde lo alto, cubriéndolo todo, una nube
que se tiende como una niebla de lejanas tierras;
y por encima de todo una mecánica quietud
que oprime con peso de metal.
Y nada más.

Añora tu casa natal

Añora tu casa natal y odia tu patria;
sé una rama quebrada
de un árbol hace tiempo reseco;
sé un montículo de ceniza
de una torre en llamas.
Enfurécete, hombrecillo, en tu pena.
Si un león llegara aquí extraviado,
enloquecería,
se destrozaría a sí mismo.
Llora tus años, hombrecillo;
tus lágrimas caen
como una llovizna en el océano.

La plegaria de un lumpen

Toma mi talento y dáselo
a un perro viejo o a un burgués
que persigue honores
para que sus amados vecinos lo envidien,
oh ayúdame, ayúdame, Dios.

Oh, ayúdame Dios
a que cuando un atorrante
me ataque en pleno día
yo haga retumbar su hocico como una campana,
oh ayúdame, ayúdame, Dios.

Oh, ayúdame Dios
a que mis camaradas, apretando los dientes,
se pregunten de qué vivo
mientras yo, precisamente,
ande con las manos en los bolsillos,
oh ayúdame, ayúdame, Dios.

Oh, ayúdame Dios
a que al santurrón le resulte mi presencia
tan insoportable y ardiente
como un tazón de jreín fresco,
oh ayúdame, ayúdame, Dios.

Oh, ayúdame Dios
a que mis palabras hiedan
como un gato muerto en la basura
y a que quede desolado el lugar donde yo pise,
oh ayúdame, ayúdame, Dios.

Oh, ayúdame Dios
a que, como una lúgubre danza de putas,
salte a los ojos de todos mi insolencia
y a que cada hombre casado me maldiga,
oh ayúdame, ayúdame Dios

Oh, ayúdame Dios
a que yo sea la guadaña
y yo mismo sea la piedra
y a que escupa sobre el mundo,
sobre tí y sobre mí mismo,
oh ayúdame, ayúdame, Dios.

La última

Sol del atardecer.

Todas las moscas en los rincones de la ventana
endurecidas por el frío de la tarde

o tal vez ya muertas;

y sobre el borde del vaso de agua, la última,
una única en toda la casa solitaria.

Le digo: —Cántame algo de tu lejana patria,
mosca querida.

Escucho como llora y me responde,

que se le seque la patita derecha

si roza siquiera una cuerda

a la orilla de aguas extranjeras;

si olvida

las queridas montañas de basura

que antaño fueran su tierra.

MOISHE NADIR*, *seudónimo de Itzjok Raíz nacido en 1885 en Naraiev, Galitzia oriental, de donde emigró con sus padres a los Estados Unidos en 1898. Allí comienza empleándose como obrero en una fábrica y cambiando permanentemente de oficio. Prolífico escritor, fue poeta, autor dramático, periodista, traductor—de O'Neill, Twain, Kipling— pero fundamentalmente fue un extraordinario prosista y el más renombrado humorista ídich después de Scholem Aleijem. Durante un breve periodo estuvo cerca del grupo Di Lungue, pero luego comenzó a publicar permanentemente en el diario comunista judío, para renegar del PC en sus últimos años, a partir de la firma del pacto Hitler-Stalin. Falleció en Nueva York en 1943.*

Tierra

Broté de tí,
fui arrancado, tierra,
un trozo de tu aliento.
El sueño pacífico de tus himalayasy,
el fulgor de tu pavo real
y también el subterráneo rugido de furia
que conmueve con lava tu pecho.

En mí resplandece, fluye,
el caudaloso fuego
de tu ardiente cerebro.
Por encima de mí, dentro de mí
habita una enorme claridad.
Yo soy tu brillante, luminosa
mota de polvo.

Como tú, yo soy de cerca
sólo dura realidad, corteza solamente.
Pero en mis profundidades
es el mar,
es la voz olvidada
de la eternidad.

Por venas secretas:
oro, radio y carbono.
Como en tí, en mí se oculta
tras la boca fría, la llamarada.

Un deshollinador

¡Y si hace falta ser deshollinador, se es!
¿Qué tiene de vergonzoso y qué de feo?
Hay que procurarle un camino al humo
si se quiere que arda el fuego.

¡Y si hay que ensuciarse el rostro, uno se ensucia!
Los chicos ríen, ríen el tonto y el malvado;
pero tú, que pasas un instante entre gargantas negras,
recibes la claridad del fuego a cambio.

Quien barre una chimenea sale sucio
si es necesario hacerse deshollinador;
pero debe ser así seguramente
y uno se arrastra por la chimenea hacia el sol.

ZUSMAN SEGALOVIGH (Z. SEGALOWICZ*), nacido en 1884 en Bialistok, Polonia, en el seno de una familia rabínica. Influido por la literatura rusa, sus primeros escritos fueron en ese idioma para pasar luego al ídich. En 1919 se establece en Varsovia, donde permanece hasta 1939. Al estallar la guerra se traslada a Israel. Autor de una obra polifacética que incluye cuento, poesía y ensayo, su producción gozó de gran popularidad y fue traducida a cantidad de idiomas europeos. En 1954 fallece en Tel Aviv, Israel.

Una nave

¿Me preguntas qué quiero,
qué necesitaría mi serenidad?
Una nave
que no se detenga en ningún puerto;
un barco que siempre navegue.

Irme del mundo enfermo,
de todo lo que destruyó mi fe.
Una nave
que no sepa de anclas;
un barco que no regrese.

Como escritura jeroglífica

Como escritura jeroglífica se esparcen tus cabellos
sobre la blanca almohada.
Tus ojos cerrados;
tus labios cerrados,
¿quién eres, mujer?!

¿Qué te trajo a mí?
¿Qué te apartará de mí?
Tu corazón es más profundo que el mar,
es como un secreto del cielo.
¿Quién entiende de un corazón el palpitar?

Estás completamente desnuda ante mí,
y sin embargo me resultas un misterio.
¡Despierta, despierta!
Entre tus brazos
quiero quemar un universo.

El mecenas

El poeta de cabello largo
seguido por el mecenas
viene cada noche a la taberna,
los ojos cansados, agobiados.

Sentados hablan, comen, ríen,
bostezan hacia la noche,
bostezan noche adentro.

Y ya muy tarde, sentados, cansados,
escribe un canto así el poeta
sobre una servilleta,
un epigrama, un verso,
una canción.

El mecenas, repleto,
cuerpo y cabeza pesados,
toma en la mano la pequeña servilleta,
el canto del poeta,
y se limpia los grasientos labios
con ella.

El mecenas.

MANI LEIB*, *seudónimo de Mani Leib Brahinski, nacido en 1883 en Niezin, Rusia, en una familia muy humilde. Su padre era buhonero, su madre vendía verduras y Mani Leib ejerció durante toda su vida el oficio de zapatero. En 1905 se radicó en los Estados Unidos integrando el grupo literario Di Iungue Los jóvenes—junto con Zishe Landau, Leivik y otros. Autor de una rica obra poética que incluye poemas infantiles, baladas, soné-tos y otras composiciones dotadas de una gran sencillez, musicalidad y lirismo, falleció en Nueva York en 1953.*

Espejos muertos

Mi hermano yace en mis espejos muertos
y duerme. Descansa. Sobre su cara
una sonrisa enferma. Y delicadamente mana sangre
de sus alas cerradas.

Y nuestra hermana se inclina ante los espejos;
es suave y bondadosa como nuestra madre,
y de las alas cerradas de nuestro hermano,
con sus cabellos tiernos, limpia la sangre.

La noche

La noche ha de andar a ciegas
tanteando con dedos ciegos
por calles apagadas;
golpeando con ciegos dedos
ventanas clausuradas.
Ha de sentarse,
despeinados los cabellos negros,
al pie de una tapia,
al acecho de alguien,
para hechizar a alguien,
para llorar a alguien.

Versos

¿Quién te necesita aquí, poeta? ¡Sofoca tu fuego silencioso!
¡Fluyan por todas partes sueño y noche prolongados!
¡Ypreciado y triste, aparécete en sueños,
a algún otro poeta, dentro de cien años!

Extraños

El se arrojó como un niño sobre su corazón
con su soledad enorme y su tristeza.
Mamaba de los dos despiertos manantiales de oro
con ojo desfalleciente y sangre hambrienta

su sabor a leche; y se estiraba como un cuchillo
a abrir de par en par su dulce cuerpo,
a disolverse en su fresca hueva, a deshacerse en ella,
en su abismo; volver a hacerse parte de su hueva.

A la noche, con las estrellas, estaban sentados a la mesa
Los dos comían pan.
Entre ellos, yacía el cuchillo sobre la mesa.

Pero extraños, los ojos de ambos se eludían
como si el cuchillo cortara en dos el lazo
y los separara, como a los dos extremos de la mesa.

Me gustan

Me gustan las mujeres preñadas
con los puntiagudos vientres hinchados,
cuando, como las vacas por los valles con hierba,
cargan sus cuerpos duplicados.

¡Cuanta seguridad hay en sus ojos
que relampaguean como torrentes!
Aroman con leche
como un atardecer de verano en los establos.

Con ojos como puñales de acero,
te olvidas en un incendio de heridas,
que las rosas de sus pezones
se encendieron alguna vez sobre tus labios.

ELIEZER SHTEINBARG (ELIEZER STEINBARG*),
*nacido en 1880 en Lipkan, Besarabia, fue el maestro de
ese grupo artístico-literario que floreció en la Rumania
judía de los años 20 y que estuvo integrado, entre otros,
por poetas como Shternberg y Manguer. Estudioso del
Talmud, dedicó su vida a la enseñanza, dejando a la
literatura un volumen de fábulas, donde la ironía y la
inteligencia se unen a una gracia particular. Vivió
algunos años en Brasil para retornar a Chernovitz, en
donde falleció en 1932.*

El gato y el salchichón

El gato andaba acongojado:

—¡Miau, miau, miau; la patrona se olvidó de mí
y la mucama me pegó!
¡Estoy hambriento y quiero comer!
¿A quién quejarme? ¿Ante quién llorar?
Miau, ¡me muero de hambre y sed!

Entonces el salchichón, entrado en carnes,
comienza a predicarle moral al gato;
(ya que no va en su ayuda,
se siente obligado a brindarle una palabra al menos):
—¡Qué feo ver llorar a un gato!
Decididamente no queda bien.
¿Hambriento? ¿Y qué?
Y si alguna vez uno no se llena el buche, ¿es tan terrible?
Hasta diría que es mejor no comer.
¡Quién tiene hambre no se olvida de Dios!
¿Dónde está el arrepentimiento si no se ayuna?
¿Acaso tiene sentido llenarse de carne el vientre?
Agua, sal y una piedrita por almohada.

—Miau —dice el gato— tu discurso entero
no reemplaza a la comida.
Todo lo que dijiste ya se me olvidó.
Yo sólo recuerdo lo que pongo en mi barriga.
soy nada más que un gato.

Quiere escapar el salchichón
Pero con dientes y uñas el gato lo atrapa
y lo devora junto con su sermón.
Una vez tragado y repleto el vientre
con el salchichón y su lección,
Se va el gato a visitar a los ratones,
a impartirles clases de moral.

AVROM REIZEN (A. REISEN*), *nacido en 1876 en Koidanov, licalidad de la provincia de Minsk, Rusia Blanca. Extraordinario poeta y cuentista, fue uno de los discípulos favoritos de Peretz. En 1908 emigró a los Estados Unidos donde publicó cientos de relatos y poemas, algunos de estos, adoptados por el pueblo como verdaderas creaciones populares y anónimas. Falleció en Nueva York en 1953.*

Voces

¿No es un milagro acaso
lo de nuestros lejanos hermanos?
Por su lado, en cada tierra,
canta cada cual su canto;

todas las voces cruzan luego
los océanos todos,
y los cantos lejanos
se hacen uno solo.

Una familia de ocho

Solo un par de camas
para una familia de ocho.
¿Cómo duermen entonces
cuando llega la noche?

Tres con el padre
y tres con la madre,
brazos y piernas
mezclados, trenzados.

Y cuando cae la noche
y hay que tender las camas,
comienza a pedir la madre
la muerte sobre sí.

Y lo piensa de veras,
y no tiene nada de extraño:
también la tumba es estrecha,
pero se yace separado.

Campanas de iglesia

¡Qué repicáis, campanas de iglesia!
¡Basta! Suficiente terror ha sembrado ya
vuestro siniestro sonido en nuestro pobre mundo.

Vuestras campanadas parecen llamar
a quemar cuerpos humanos
en los altos patíbulos que habéis levantado.

Vuestro sonido convoca a verdugos
a martirizar a todo aquel que piensa
y a cortar las cabezas que no quieren doblarse.

Vosotros pretendéis acunar al mundo
con un negro canto de muerte
y cubrirlo con un manto jesuita.

Yo construí una nueva campana
para despertar esclavos agobiados
y no la cuelgo en iglesias sino en el aire;

una campana que en vez de asustar, despierte
por todos los rincones, al mundo entero
con un entusiasta y alegre llamado: levantaos a vivir.

IEHOIOSH*, *seudónimo de Iehoiosh Shloime Blumgarten nacido en 1870 en Virblán, Polonia, recibiendo una educación tradicional en la academia talmúdica de Volozhin. En 1890 emigra a los Estados Unidos. Junto con Reizen es el poeta más importante de la primera generación americana de escritores ídich y su prestigio sólo se equipara al del poeta Morís Rozenfeld. Iehoiosh introdujo un hábito de modernidad en la poesía ídich y los poetas introspectivos lo adoptaron como maestro. Su obra magna es la traducción de la Biblia al ídich. Falleció en Nueva York en 1927.*

El profeta

Ellos se inclinaron ante él: —Hombre de Dios, vamos a coronarte.

Él se sonrió quedamente: —Vais a hacerlo al lapidarme.

Ellos sitiaron su tienda: —Hombre de Dios, vamos a alzarte.

Él sacudió apenado la cabeza: —Y alzándome hundiréis mi creencia.

Ellos le cantaron su más hermosa alabanza:

—¡Eres aquel que necesitamos!

El se sobresaltó: —Cuidado, que yo soy la llama y vosotros, las espigas secas.

Atado

Y tal como estabas hincado ante tu ídolo,
inclinándote piadosamente ante su santa imagen,
salió una araña de su red,
te envolvió en su tejido, y su nudo te tiene
inseparablemente atado a tu ídolo
hasta que la misma boca os devore a ambos.

Arboles

Mi cabecera
son duras raíces retorcidas.
Sucederá, me digo:
una de las raíces
ha de crecerme cuerpo adentro
y sorberá a través de mi sangre
agua de ríos subterráneos
y la esencia de mudas cosas tristes
que no hablan ni piensan
pero crecen, crecen, crecen.

Miniatura

De una rama pende un sol de oro
atrapado en una gota;
en la minúscula jaula
un bosque de canciones tiembla y brilla.

De las cenizas

Quemaste puente tras puente
y observa qué ha sucedido:
tras cada incendio
manos extrañas hurgaron
y extrajeron de entre las brasas
la maravillosa piedra que escondiste.

MORIS ROZENFELD (MORRIS ROSENFELD*), nacido en 1862 en Bokcha, Polonia, en el seno de una familia obrera. En 1882 emigró a los Estados Unidos donde ejerció su oficio de sastre en talleres asfixiantes, volcando en su poesía una rebeldía que expresaba la de toda esa masa de obreros judíos llegados en la gran corriente migratoria. La poesía de Moris Rozenfeld cobró gran popularidad, siendo traducida luego al inglés, alemán y francés con lo que trascendió del marco judío. Representante de una generación de poetas proletarios, Rozenfeld pasó sus últimos años en la miseria, falleciendo en Nueva York en 1923.

Héroes

¿Quién dice que ya pasó el tiempo de los héroes;
que el hombre no posee ya coraje
para mirar al peligro cara a cara;
que nadie viene ya a ofrecerse
para luchar por la humanidad y sus derechos
como en aquellos viejos tiempos?

¿Quiénes se atreven descaradamente a negar
la grandeza de la humanidad;
quiénes arrojan embustes y desatinos
sino los enemigos del presente?
El hombre es hoy como lo fue siempre
coronado de espíritu, para la lucha listo.

¿Acaso no es un vencedor, un héroe
aquel que lucha con la necesidad y la miseria;
que sobrenada las negras olas de la soledad
y no se vuelve estafador ni villano;
que sigue en esa lucha hasta el fin de su vida
intentando crear, esperanzado?

¿Acaso no es un gran hombre, un héroe
aquel que mitiga penas ajenas;
que toma parte de sus alegrías
para compartirlas con el oprimido;
que se esfuerza por su compañero
y comparte con él su único mendrugo?

¿Acaso no es un héroe, un luchador enorme
el hombre que corta, cava y construye;
que se ríe del peligro que lo acecha
y hace seguir girando la rueda del mundo?
¿Acaso no es un noble caballero, un héroe
ese hombre que crea los bienes del hombre?

Crisis

(fragmento)

Todos los paladares están resecos,
y adormecidas las lenguas;
¡qué tiempo esplendoroso, pueblo
dio a luz tu confianza!

Soñabas y trabajabas
dando fe al poderoso
y ahora te atrapan
el hambre y la miseria.

Porque produjiste sin cálculo
los comercios están repletos
y las fábricas vacías.

Tus patrones viven en la abundancia
aunque en la feria reine el silencio;
su rostro grosero engorda
y se torna más rojo su cuello;

pero tú, pálido suspirante
de la calle miserable,
sin un mendrugo de ira
marchas en silencio a morirte de hambre.

¿Has de tomar con indiferencia
el sufrimiento de tus hijos?
¿No te empuja tu corazón de padre
a buscar pan ya mismo?

¿Acaso va a permanecer tu mano
soñando en tu bolsillo
mientras tu mujer recoge mendrugos
de entre los desperdicios de los ricos?

Todos tus opresores temen
que ahora te levantes;
la fuerza que posees
sólo tú no la sabes.

¿No ha llegado la hora, acaso,
que aún sigues pensativo;
que no te atreves a tomar ya mismo
lo que tu mano ha construido?

1919

ITZJOK LEIBUSH PERETZ (I. L. PERETZ*),
*nacido en 1852 en Zamoszcz localidad ubicada en
la zona de Lublin, Polonia, hijo de padres
pudientes. Recibió educación religiosa y general
graduándose de abogado. Como poeta y
dramaturgo, pero en especial como cuentista,
abrió caminos nuevos para la literatura ídich e
influyó sobre su posterior desarrollo. Junto con
Mándeje Moijer Sforim y Scholem Aleijem es
considerado un clásico de la literatura ídich
moderna. Falleció en Varsovia en 1915.*

No creas

¡No creas que el mundo es una taberna
creada para abrirse paso a la barra con codos y uñas,
a devorar y emborracharse, mientras otros
miran desde lejos con ojos vidriosos,
tragando, desmayados, saliva
y apretándose el vientre que tiembla convulso!
¡Oh, no creas que el mundo es una taberna!

No creas al mundo una bolsa de comercio
hecha para que el poderoso trafique con los débiles,
comprando el pudor de las muchachas pobres;
comprando a las mujeres la leche de sus pechos; a los hombres,
el tuétano de sus huesos, y a los niños la sonrisa,
esa rara visita de sus rostros de cera.
¡Oh, no creas que el mundo es una bolsa de comercio!

No creas que el mundo marcha a la deriva,
creado para lobos y zorros, estafa y rapiña;
y que el cielo es un cortinado para que Dios no vea,
y que las nubes existen para ocultar tus manos,
y el viento, para ahogar los gritos salvajes,
y la tierra, para absorber la sangre de las víctimas.
¡Oh, no creas que el mundo marcha a la deriva!

El mundo no es taberna, ni bolsa, ni marcha a la deriva!
¡Todo es medido y pesado!
No se evapora una lágrima ni una gota de sangre,
ni se apaga inútilmente la chispa de ojo alguno!
Las lágrimas se hacen río; los ríos se hacen mares;
los mares, un diluvio; las chispas, un rayo.
¡Oh, no creas que no hay juez ni justicia!

CANCIONES FOLKLORICAS

La vieja pregunta

El mundo se hace una vieja pregunta:

—¿Trai-dim-tadiridi-bom?

A la que se responde:

—¡Oy, oy, ta-diridi-bam!

Pero si alguno argumenta:

—¡Trai-dim!

Sigue en pie entonces

la vieja pregunta:

—¿Trai-dim-tadiridi-bom?

a la que se responde:

—¡Oy, oy, ta-diridi-bam!

Sobre la buhardilla duerme el techo

Sobre la buhardilla duerme el techo

con las tejas tapadito;

en la cuna, sin pañales,

duerme el niño desnudito.

Oy, oy, así, así

se come la cabra la paja del techo;

Oy, hop, así

En la buhardilla hay una cuna

y una araña se mece en ella;

esa araña sorbe la vida

y me deja la miseria.

Oy, oy, así, así

se come la cabra la paja del techo;

oy, hop, así.

En la buhardilla hay un gallo

y su cresta es rojo fuego;

que mi mujer, para los niños

pidan prestado un pan de nuevo,

oy, oy, así, así

se come la cabra la paja del techo;

oy, hop, así.

El ayer ya no existe²⁵

El ayer ya no existe,
todavía no hay mañana,
sólo un trocito de hoy;
no lo estropeen con lágrimas.

Mientras les queda vida
tómense una grapa.
En el otro mundo, si Dios quiere,
no van a servirles nada.

¿Cómo vive el rey?

—¡Señores, señores, sabios insondables!
quiero preguntarles, quiero preguntarles.

—Pregunta, pregunta, te escuchamos.

—Respondedme a este interrogante:

¿cómo bebe té el rey?

—¿Té?

Toma un gran terrón de azúcar,
y le hace un agujerito
por donde echa agua caliente
y revuelve, revuelve.

Oy así, oy así
toma té el rey.

—¡Señores, señores, sabios insondables!
quiero preguntarles, quiero preguntarles.

—Pregunta, pregunta, te escuchamos.

—Respondedme a este interrogante:

¿cómo come papa el rey?

—¿Papa?

Levantán un muro de manteca
y un soldadito con un cañoncito
dispara a través del muro una papa caliente
directamente en la boca del rey.

Oy así, oy así
come papa el rey.

—¡Señores, señores sabios insondables!
quiero preguntarles, quiero preguntarles.

—Pregunta, pregunta, te escuchamos.

—Respondedme a este interrogante:

¿cómo duerme de noche el rey?

—¿Cómo duerme?
Llenan con plumas una habitación entera,
arrojan dentro al rey
y tres batallones
gritan todo el tiempo:
¡Silencio, silencio, silencio!
Oy así, oy así
duerme de noche el rey.

Un jazán para el sábado²⁶

A una pequeña aldea
llegó un *jazán* a officiar un sábado.
Y acudieron a escucharlo
los tres señores más distinguidos de la aldea:
uno, un sastrecito, el otro un herrerito
y el tercero un carrerito.

Comenta el sastrecito:
—¡Oy-oy-oy, cómo rezó!
Como una puntada de la aguja,
como el deslizarse de la plancha.
¡Oy, oy, que *jazán*!
¡Oy, oy, cómo cantó!

Comenta el herrerito:
¡Oy-oy-oy, cómo rezó!
Como un golpe del martillo,
como un soplido de la fragua
¡Oy, oy, que *jazán*!
¡Oy, oy, cómo cantó!

Responde el carrerito:
¡Oy-oy-oy, cómo rezó!
Como un silbido del látigo,
como un tirón de riendas.
¡Oy, oy, que *jazán*!
¡Oy, oy, cómo cantó!

NOTAS

1. **Señoras:** en castellano en el original.
2. **Treinta y seis:** número que hace a la leyenda popular judía según la cual siempre viven en el mundo 36 justos, que ambulan por la tierra mezclados con los demás hombres, haciendo el bien de incógnito. Según dicha leyenda, el mundo existe gracias a su santidad.
3. **Slijes:** plegarias que se efectúan de madrugada durante la semana anterior a Rosh Hashaná, el año nuevo judío.
4. **Imprenta de Rom:** tradicional editorial judía de Vilna que editó, durante décadas, numerosos libros de plegarias y de estudio hebreos.
5. **Pesadillas:** último poema de Iankev Fridman, escrito en el hospital.
6. **Seder:** cena pascual judía; textualmente significa orden de donde surge un juego de palabras intraducible utilizado en este poema, seder desordenado. (Ver nota 13).
7. **Dieciocho bendiciones:** párrafo principal de cada una de las tres plegarias que recitan diariamente los judíos piadosos. Se recita de pie y con el rostro vuelto al oriente, es decir, a Jerusalem.
8. **Jacob camino de Jarán:** referencia al famoso sueño de Jacob con los ángeles que subían y bajaban por una escala tendida entre cielo y tierra. Ver Génesis, capítulo 28.
9. **Amalequita:** generalización de los enemigos mortales del pueblo judío, mediante referencia al pueblo bíblico de Amalek, que atacara alevosamente la retaguardia del pueblo judío a su salida del Egipto de los faraones.
10. **Alma-Ata:** capital de la república soviética de Kazajistán, donde muchos judíos encontraron refugio durante la segunda guerra mundial. Alma-Ata significa textualmente "el padre de las manzanas".
11. **Jeider:** tradicional escuela judía de primeras letras de las pequeñas aldeas de Europa oriental, jeider en hebreo significa literalmente "habitación", nombre que recibían dichas escuelas por tratarse precisamente de una sola habitación donde un único maestro impartía instrucción elemental de un modo simultáneo, a niños de diferentes edades y niveles.
12. **Eliezer:** referencia al viaje del siervo del patriarca Abraham, enviado en busca de esposa para Isaac, según el relato bíblico. Ver Génesis capítulo 24.

13. **Seder:** cena pascual que recuerda la salida del pueblo judío de su estado de esclavitud en Egipto. Durante dicha cena se lee la Agadd, relato de dicha epopeya, que comienza con las palabras "Fuimos esclavos."; el dueño de casa y su mujer, vestidos con ropas blancas y festivas, comen reclinados como lo hacían los reyes en la antigüedad. (Ver nota 6). La rebelión del gueto de Varsovia tuvo lugar en la primer noche de Pascua.
14. **Descarga tu ira:** en el transcurso del seder pascual se dice al Eterno: "Descarga tu ira sobre las naciones idólatras que no te reconocen ." (Salmos 79: 6-7).
15. **Agadá:** texto tradicional que se lee durante la noche de la Pascua judía y que incluye el relato de la salida de Egipto, leyendas y canciones.
16. **Majzer:** libro hebreo de plegarias para los días de fiesta.
17. **Sidur:** libro hebreo de plegarias para todo el año.
18. **Shmá Israel:** primeras palabras de la exhortación secular judía que reza textualmente "Oye Israel, el Señor, nuestro Dios, el Señor es Uno". Se considera que esta frase resume el credo judío e históricamente es la frase con la cual mueren quienes lo hacen por la fe judía.
19. **Remiendo amarillo:** trozo de tela amarilla que, con o sin el dibujo de la estrella de David, estaban forzados a usar sobre sus ropas los judíos como distintivo infamante durante diferentes épocas y en especial durante el régimen nazi.
20. **Posapies:** escabel para apoyar los pies; alusión a la imagen bíblica en la cual la tierra asume el rol de posapiés de Dios.
21. **Elí, lama azavtani.:** textualmente "Dios mío, por qué me has abandonado." (Salmos, XXII/2)
23. **Ieshiva:** academia talmúdica.
24. **Aprieta:** este término pretende traducir el verbo ídish "haldzrt" que significa simultáneamente abrazar y asfixiar.
25. Este pequeño texto figura en algunas antologías como canción popular anónima y en otras se señala a Jaim Zhitlowski como su autor.
26. **Jazán:** chantre, cantor litúrgico.

CLAVES PARA LA LECTURA DE LA GUIA DE DATOS BIOGRAFICOS

1) Las columnas corresponden de izquierda a derecha a: **Primera**: nombre y apellido de los antologados; **segunda**: año de nacimiento; **tercera**: año de fallecimiento cuando corresponde; **cuarta**: ciudad y país o región de nacimiento; **quinta**: año de emigración al lugar de última radicación o actual residencia, y país y ciudad de última radicación (en el caso de poetas asesinados por el nazismo o por el régimen stalinista en circunstancias poco claras, el lugar presunto de su muerte, precedido del adverbio **en**).

2) En la transcripción de nombres, apellidos y ciudades, se apeló a la utilización de ciertas letras o combinaciones de letras, para expresar aquellos sonidos propios del ídish que no cuentan con equivalencia fonética en español. A continuación se detallan dichas letras y el modo de pronunciarlas. En las breves notas biográficas incluidas en las páginas precedentes, tras la transcripción fonética del nombre de cada poeta, figura señalada con un asterisco, la forma como suele aparecer en sus libros su nombre en letras latinas.

sh: representa el sonido de la letra hebrea **shin** de uso muy frecuente en ídish. Equivale a la **ch** francesa (charmant), la **sch** alemana (Schubert) o la **sh** inglesa (Shaw). La grafía adoptada corresponde a esta última lengua por las razones apuntadas (ver págs. 13 a 15) con referencia a la escritura del vocablo ídish. (Ejemplos: Fishman, Ashendorf, Moishe).

tz: representa el sonido de la letra hebrea **tzadi**, cuya pronunciación, corresponde aproximadamente a la combinación castellana de las letras **ts** o **tz**. (Tzeitlin, Itzjok, Tzvi).

z: representa el sonido de la letra zain que suena como la **s** intervocálica francesa (liason). (Reizl, Reizen, Leizer).

zh: representa el sonido de la combinación de las letras hebraicas **zain-shin** y suena como la **ye** española cuando va seguida de vocal (yo, yará) o como la **jota** francesa (joli). (Ejemplo: Zhijlinski).

Para ampliar el conocimiento sobre el tema, pueden consultarse la introducción al diccionario de Lerman y Niborski o "College Yiddish" de Uriel Weinreich (ver Bibliografía).

GUIA DE DATOS BIOGRAFICOS

Rojl Fishman	1935-1984	Filadelfia, EE. UU.	1954 a Israel (Bet Alfa)
Alexander Shpigblat	1927	Kimpolung, Bucovina	1964 a Israel (Petaj Tikva)
Moishe Iungman	1922-1983	Jodorov, Galitzia	1947 a Israel (Kiriát Tivón)
Hirsh Glik	1922-1944	Vilna, Lituania	en Estonia
Isroel Bercovich	1921-1988	Botosani, Rumania	a Rumania (Bucarest)
Dora Teitelboim	1914-1992	Brest-Litovsk, Polonia	1972 a Israel
Rojl Boimvol	1914	Odesa, Ucrania	1971 a Israel
Avrom Sútzkever	1913	Smorgón, Lituania	1947 a Israel (Tel Aviv)
Shloime Roitman	1913	Mohilev-Podolsk, Ucrania	1973 a Israel (Hertzlía)
Leizer Aijenrand	1912-1985	Demblin, Polonia	a Suiza (Zurich)
Meier Jaratz	1912-1993	Markulesht, Besarabia	1972 a Israel (Jerusalem)
Iehuda Leib Teler	1912-1972	Tarnopol, Galitzia	1920 a EE.UU. (Nueva York)
Moishe Shulshtein	1911-1981	Kurow, Polonia	1937 a Francia (París)
Moishe Waldman	1911	Ozorkov, Polonia	1949 a Francia (París)
Reizl Zhijlinski	1910	Gombín, Polonia	1951 a EE.UU. (Nueva York)
Iankev Fridman	1910-1972	Melnitze, Galitzia	1948 a Israel (Tel Aviv)
Leizer Wolf	1910-1943	Vilna, Lituania	1942 a U.R.S.S. (Uzbekistán)
Jaim Grade	1910-1982	Vilna, Lituania	1949 a EE.UU. (Nueva York)
Moishe Knaphais	1910-1992	Varsovia, Polonia	1952 a Argentina (Buenos Aires)
Isroel Ashendorf	1909-1956	Melnitze, Galitzia	1952 a Argentina (Buenos Aires)
Itzjok Ianasovich	1909-1989	Iezev, Polonia	1973 a Israel (Jolón)

Isroel Emiot	1909-1978	Ostrov-Mazovieka, Polonia	a EE.UU. (Rochester)
Hirsh Osherovich	1908-1994	Poniewiez, Lituania	1971 a Israel (Jaffa)
Binem Heler	1908	Varsovia, Polonia	1956 a Israel (Tel Aviv)
Avrom Gontar	1908-1981	Berdichev, Ucrania	
Shmerke Kacherguinski	1908-1954	Vilna, Lituania	1950 a Argentina (Buenos Aires)
Arie Shamri	1907-1978	Kaluszin, Polonia	1932 a Israel (Ein Shemer)
Nojem Bomze	1906-1954	Sasov, Galitzia	1948 a EE.UU. (Nueva York)
Ioif Rubinshtein	1904-1978	Skidei, Grodno	1948 a EE.UU. (Nueva York)
Kehos Kliguer	1904-1985	Wladimir-Volinsk, Volinia	1936 a Argentina (Buenos Aires)
Iankev Glantz	1902-1982	Novovitebsk, Ucrania	1925 a México (México DF)
Itzik Manguer	1901-1969	Chernovitz, Bucovina	1967 a Israel (Tel Aviv)
Itzik Fefer	1900-1952	Spole, Ucrania	en U.R.S.S. (Moscú)
Shneier Wasserman	1899 -1982	Odaltza, Polonia	1924 a Argentina (Buenos Aires)
Arn Tzeitlin	1898-1973	Uvarovich, Bielorusia	1940 a EE.UU. (Nueva York)
Izi Jarik	1898-1937	Zemblin, Bielorusia	en U.R.S.S.
Rojl Korn	1898-1982	Pidlisik, Galitzia	1948 a Canadá (Montreal)
Ioif Papiérnikow	1897-1993	Varsovia, Polonia	1924 a Israel (Tel Aviv)
Shmuel Halkin	1897-1960	Roachov, Bielorusia	en U.R.S.S.
Eliezer Grinberg	1896-1977	Lipkan, Besarabia	1913 a EE.UU. (Nueva York)
Iankev Glatshstein	1896-1971	Lublín, Polonia	1914 a EE.UU. (Nueva York)
Malke Jeifetz Tuzman	1896-1987	Volinia, Ucrania	1912 a EE.UU. (California)
Moishe Kulbak	1896-1937	Smorgón, Lituania	1928 a U.R.S.S.
Peretz Markish	1895-1952	Polnoe, Volinia, Ucrania	en U.R.S.S.
Kadie Molodovski	1894-1975	Bereza-Kartuska, Polonia	1935 a EE.UU. (Nueva York)
Uri Tzvi Grinberg	1894-1981	Bilkomin, Galitzia	1924 a Israel

Isroel Shtern	1894-1943	Ostrolenka, Polonia	en Polonia (Treblinka)
Arn Lutzki	1894-1957	Lutzk, Volinia	a EE. UU. (Nueva York)
Melej Ravich	1893-1976	Radimno, Galitzia	1941 a Canadá (Montreal)
Zishe Wainper	1893-1957	Trisk, Volinia	1913 a EE. UU. (Nueva York)
Moishe Dovid Guiser	1893-1952	Radom, Polonia	1933 a Chile (Santiago)
Efroim Oierbaj	1892-1973	Beltz, Besarabia	a EE. UU. (Nueva York)
A. Almi	1892-1963	Varsovia, Polonia	1912 a EE.UU. (Nueva York)
Iankev Shternberg	1890-1973	Lipkan, Besarabia	1935 a U.R.S.S. (Moscú)
Arn Kushnirov	1890-1949	Boiarski, Ucrania	en U.R.S.S.
Leib Kvitko	1890-1952	Oleskov, Podolia	en U.R.S.S.
Moishe Broderzon	1890-1957	Moscú, Rusia	1955 a Polonia (Varsovia)
Zishe Landau	1889-1937	Plotzk, Polonia	1906 a EE.UU. (Nueva York)
Dovid Hofshstein	1889-1952	Korotichev, Ucrania	en U.R.S.S.
H. Leivik	1888-1962	Iehumen, Bielorusia	1913 a EE.UU. (Nueva York)
Itzjok Katzenelson	1886-1944	Karelitz, Bielorusia	en Polonia (Auschwitz)
Moishe Leib Halpern	1886-1932	Zlochev, Galitzia	1908 a EE. UU. (Nueva York)
Moishe Nadir	1885-1943	Naraiev, Galitzia	1898 a EE.UU. (Nueva York)
Zusman Segalovich	1884-1954	Bialistok, Polonia	1939 a Israel (Tel Aviv)
Mani Leib	1883-1953	Niezin, Ucrania	1905 a EE.UU. (Nueva York)
Eliezer Shteinbarg	1880-1932	Lipkan, Besarabia	1919 a Rumania (Chernovitz)
Avrom Reizen	1876-1953	Koidanov, Bielorusia	1908 a EE.UU. (Nueva York)
Iehoiosh	1872-1927	Wirblán, Polonia	1890 a EE. UU. (Nueva York)
Moris Rozenfeld	1862-1923	Bokcha, Polonia	1882 a EE. UU. (Nueva York)
Itzjok Leibush Péretz	1852-1915	Zamoszcz, Polonia	a Polonia (Varsovia)

BIBLIOGRAFIA ELEGIDA

ANTOLOGÍAS

Español

- Eduardo Weinfeld: "*Literatura ídish*", tomo II de la colección "Tesoros del Judaísmo", 496 pp. 45 autores prosa y poesía, Ed. Enciclopedia Judaica Castellana, México D.F., 1957.

Inglés

- Joseph Leftwich: "*The Golden Peacock*", 950 pp., 237 poetas; Ed. Sci-Art (USA) y Anscombe (Londres), 1939. Id., 1961.
- Joseph Leftwich: "*Anthology of Modern Yiddish Literature*", 346 pp., International Pen Books, La Haya y París, 1974.
- N. y M. Ausubel: "*A treasury of Jewish poetry*", Nueva York, 1957.
- Ruth Whitman: "*An anthology of modern yiddish poetry*", Nueva York, 1966.
- Howe y E. Grinberg: "*A treasury of yiddish poetry*", Schocken Books, Nueva York, 1976.
- Irving Howe, Ruth R. Wisse & Khone Shmeruk: "*The Penguin Book of Modern Yiddish Verse*", 719 pp., Penguin Books, Nueva York, 1987.

Francés

- Edmond Fleg: "*Anthologie juive*", Ed. George Crés et Cié., 750 pp. en 2 tomos incluyendo literatura, filosofía, etc.; París, 1923.
- Charles Dobzynski: "*Le miroir d'un peuple*", antología de la poesía ídish 1870-1970; 518 pp., 84 poetas, Ed. Gallimard, París, 1971.

Alemán

- Hubert Witt: "*Der fiedler vom getto*", poesía ídish de Polonia, 286 pp., 61 poetas; tomo 195 de la Biblioteca Universal Reclam; Ed. Philipp Reclam jun., Leipzig, 1966.
- Hubert Witt: *Id.*, Ed. Claassen, Hamburgo y Düsseldorf, 1971.
- Hubert Witt: "*Meine Judischen augen*", Leipzig, 1969.

Idish

- M. Bassin: "*500 ior idishe poezie*", 500 años de poesía ídish, 2 tomos, Ed. Dos Buj, Nueva York, 1917.
- E. Korman: "*Idishe dijterns*", antología de mujeres poetas de lengua ídish desde el siglo XVI; 390 pp., 70 poetas; Ed. L. M. Stein, Chicago, 1927.
- Di Presse: "*Antologuie fun der idisher literatur in Argentine*", antología de

la literatura ídich en Argentina, edición de homenaje al 25e aniversario del diario "Di Presse", 950 pp., Buenos Aires, 1944.

- Rushovski, Shmeruk y Sútzkever: "*A shpigl oif a shtein*", antología de la prosa y poesía de doce escritores judíos asesinados en la U.R.S.S. 812 pp.; Ed. Di Goldene Keit y I. L. Peretz, Tel Aviv, 1964.'
- Arn Verguelis: "*Horizontn*", antología de la actual poesía ídich soviética 535 pp., 50 poetas; Ed. Sovietish Heimland, Moscú, 1965.
- J. y E. Mlotek: "*Perl fun der idisher poezie*", antología de 33 poetas y una selección de canciones folklóricas; Ed. I. L. Peretz, Tel Aviv, 1974.
- B. Katz y B. Kopshtein: "*Unter Iankeles vigurele*", antología de unas 400 canciones de cuna de unos 240 poetas; Ed. Shalom, Tel Aviv, 1976.

OBRAS ACERCA DE LA LITERATURA Y LENGUA ÍDISH

En Español

- Salomón Resnick: "*Esquema de la literatura judía*", 150 pp., Ed. M. Gleizer, Buenos Aires, 1933.
- Leib Bayon: "*La literatura ídich*", introducción al segundo tomo de Tesoros del Judaísmo; 16 pp., Ed. Enciclopedia Judaica Castellana, México DF, 1957.
- Menajem Boreisho: "*La historia del ídich*", 32 pp., Biblioteca Popular Judía, Congreso Judío Latinoamericano, Buenos Aires, 1966.
- Simja Sneh: "*Breve historia del ídich*", 48 pp., Biblioteca Popular Judía, Congreso Judío Latinoamericano, Buenos Aires, 1976.
- J. J. Lerman e I. Niborski: "*Diccionario Yidish-Español*", 350 pp., Ed. Instituto Científico Judío IWO, Buenos Aires, 1979.

En Portugués

- J. Grinsburg: "*Aventuras de urna língua errante*", Ed. Perspectiva, 510 pp. San Pablo, Brasil, 1996.

En Francés

- Regine Robin: "*L'amour du yiddish, écriture juive et sentiment de la langue (1830/1930)*", Editions du Sorbier, París, 1984, 324 pp.

En Inglés

- A. A. Roback: "*The story of yiddish literature*", 510 pp., Ed. Instituto Científico Judío IWO, rama americana, Nueva York, 1940.
- A. A. Roback: "*Contemporary yiddish literature*", a brief outline, 110 pp.,

Ed. World Jewish Congress, British section, Lincoln-Prager Publishers Ltd., Londres, 1957.

- Uriel Wienreich: "*College Yiddish*", una introducción al idioma ídish v a la vida y cultura judías; 397 pp., IWO, Nueva York, 1949.
- Sol Liptzin: "*A history of Yiddish literature*", 521 pp., Jonathan David Publishers, Nueva York, 1985.

En ídish

- Isroel Tzinberg: "*Di gueshijte fun der literatur bai idn*", 10 tomos, Ed. Asociación pro Cultura Judía, Buenos Aires, 1964/70.
- Najmen Maizl: "*Doires un tkufes in der idisher literatur*", Ed. Ikuf, Nueva York, 1942.
- Shmuel Niguer: "*Idishe shraiber in soviet-rusland*", ensayos sobre escritores de lengua ídish en la URSS, 475 pp., Ed. Congreso de Cultura Judía, Nueva York, 1958.
- Shmuel Niguer: "*Idishe shraiber fun tsvantsikstn iorhundert*", ensayos sobre escritores ídish del siglo XX, 2 tomos, Ed. Congreso de Cultura Judía, Nueva York, 1972/73.

INDICE DE AUTORES POR ORDEN ALFABETICO

Leizer Aijenrand	45
A. Almi	203
Isroel Ashendorf	87
Isroel Bercovich	27
Rojl Boimvol	31
Mojem Bomze	107
Moishe Broderzon	211
Isroel Emiot	95
Itzik Fefer	125
Rojl Fishman	17
Iankev Fridman	65
Iankev Glantz	117
Iankev Glatshstein	149
Hirsh Glik	25
Avrom Gontar	101
Jaim Grade .	77
Eliezer Grinberg .	147
Uri Tzvi Grinberg	175
Moishe Dovid Guiser	199
Shmuel Halkin	145
Moishe Leib Halpern	239
Binem Heler	99
Dovid Hofshstein	215
Itzjok Ianasovich	89
Iehoiosh	261
Moishe Iungman	21
Meier Jaratz	51
Izi Jarik	139
Malke Jeifetz Tuzman	163
Shmerke Kacherguinski	103
Itzjok Katzenelson	237
Kehos Kliguer	111
Moishe Knaphais	85
Rojl Korn	141
Mnishp Knlbak	167

Arn Kushnirov	207
Leib Kvitko	209
Zishe Landau	213
Mani Leib	255
H. Leivik	219
Arn Lutzki	185
Itzik Manguer	120
Peretz Markish	169
Kadie Molodovski	173
Moishe Nadir	251
Efroim Oierbaj	201
Hirsh Osherovich	97
Ioisef Papiérnikov	143
Itzjok Leibush Péretz	267
Melej Ravich	193
Avrom Reizen	259
Shloime Roitman	43
Morís Rozenfeld	263
Ioisef Rubinshtein	109
Zusman Segalovich	253
Arie Shamri	105
Alexander Shpiglblat	19
Moishe Shulshtein	55
Eliezer Shteinbarg	257
Isroel Shtern	183
Iankev Shternberg	205
Avrom Sútzkever	33
Dora Teitelboim	29
Iehuda Leib Teler	53
Arn Tzeitlin	131
Zishe Wainper	197
Moishe Waldman	57
Shneier Wasserman	129
Leizer Wolf	73
Reizl Zhiilinski	59

INDICE GENERAL

Introducción: <i>El ídish y su poesía</i>	
de Itzjok Niborski	5
Prefacio: <i>Claves de un intento de transustanciación poética</i>	
de Eliahu Tokar	11
Rójl Fischman	
Eslabón tras eslabón	17
Miradla	18
Alexander Shpigblat	
Ciegos	19
Huellas en el tiempo	19
Sacrificio de palabras	20
Fronteras	20
Moishe Iungman	
Para mi hijo	21
Melones	22
Vendedores de frutas	22
Ladino	23
Canto sobre treinta y seis vacas ..	24
Hirsh Glik	
Nunca digas	25
Isroel Bercovich	
Diferente	27
Dora Teitelboim	
Tu amor	29
Una piedra	29
Mi amor	29
Rojl Boimvol	
22 de junio	31
Avrom Sútzkever	
Llegaste desnudo	33
La primera noche en el gueto ..	35
Ejecución	36
Las planchas de plomo de la imprenta de Rom	36
Mi salvadora	37
Juguetes	38
Pequeños relámpagos	39
Improvvisación	40
Elegía a la muerte de un elefante	40
Moto	40
Balada de una única línea	41
Elefantes de noche	41
Descalzo	42
<i>Y será al final de los días</i>	42
Shloime Roitman	
Desaparece, espíritu maligno ..	43
Leizer Aijenrand	
Y estás tan sola	45
Tristeza del hombre	46
Atardecer de un poeta	46
Sobre un monte desnudo	46
Él dice	47
Los chicos juegan en la nieve	47
Lágrimas tardías	48
La balada de Humahuaca	49
Meir Jaratz	
Quiero reconciliarme	51
El susurro no es	51
Iehuda Leib Teler	
La muchacha ruega	53
El último canto	53
<i>¿Acaso será Dios?</i>	54
Moishe Shulshtein	
Mi madre cuece pan	55
Moishe Waldman	
Cuadros en un museo	57
Reizl Zhijlinski	
Dos canciones de setiembre	59
Una enorme bolsa	60
Para las delgadas manos	60
Una palabra en el valle	60
Madre	61
Se rasgó el silencio	61
Todos los árboles	61
Compro la carne	62
De noche en Nueva York	62
Los pobres	63
— <i>Reizl, trae un balde de agua</i>	63
Iankev Fridman	
Un sueño entre montañas	65
A veces	66
Sucede	66
Solitario	67
Herencia	67
Yo	68
A casa	69
El único	69
Pesadillas	70
Leizer Wolf	
<i>Una nave llegó</i>	73
Canto estival	73
Pensamientos de oro	74
El filósofo	75

Jaim Grade		Itzik Manguer	
La paloma sobre la escalera	77	Años enteros rodé	119
El hombre de fuego	83	Su excelencia, mi padre	120
Moishe Knaphais		Amor	120
Cantos de la cárcel		Balada del judío que se elevó del	
Un compañero tose	85	gris al azul	121
El silencio aquí	85	Como un asesino	123
Isroel Ashendorf		Itzik Fefer	
Las extraordinarias andanzas		Sombras del gueto de Varsovia .	125
matutinas de mi madre	87	Fuego	126
Polvo	88	Shneier Wasserman	
Letras	88	Mi padre en cama	129
Itzjok Ianasovich		Arn Tzeitlin	
Ay	89	Cuando la gris madrugada	
Me equivoqué	89	disuelve los sueños	131
Latinoamericana	90	Desde el profundo desconocido	131
Isroel Emiot		Una lluviecita	132
Camino de retorno	95	Respecto de mí	132
<i>El mundo te vio</i>	95	Ustedes dicen	132
Hirsh Osherovich		<i>Yo soy yo, más</i>	133
Creación	97	Ardiente exterior	134
<i>E incluso si ya se lograra</i>	97	Ser judío	134
Fénix	97	Canto al sabra	135
Binem Heler		El fondo	136
Polvo	99	¿Quién tiene la culpa?	137
Interminable	99	Janusz Korczak	137
<i>Y también esto</i>	99	Izi Jarik	
Avrom Gontar		Cantos acerca de cantos	139
A un niño que duerme	101	Novedades golpean los vidrios .	140
Shmerke Kacherguinski		Sobre la tierra	140
Himno de la juventud	103	Rojl Korn	
Itzik Vitemberg	104	Juego con prendas	141
Arie Shamri		Otoño	142
Hoy	105	Ioisef Papiérnikow	
Espigas	105	Bosque monte arriba	143
Nojem Bomze		El mar ante mi ventana	143
Para tí	107	Los últimos	144
Elegía	107	Shmuel Halkin	
Ioisef Rubinshtein		Rusia	145
Alma-Ata	109	El recién nacido	145
París	110	¿ <i>Qué día es hoy?</i>	145
Kehos Kliguer		Eliezer Grinberg	
Paisajes de Israel		La última palabra	147
Palmeras alrededor del		Iankev Glatshtein	
Río Kishón	111	Obstinado	149
Un águila	112	En el camino	149
Narguiles y túnicas	112	Ante la entrada del bosque	150
Medianoche	113	Vejez	150
Little Rock	114	Canción oscura	151
Iankev Glantz		Sones	151
Señales en la memoria	117	A una hermana en la lejanía	152

La hora	152	Arn Lutzki	
Tu partícula de santidad	153	No quiero morir	185
De nuevo	153	El pueblo judío	187
Decir la plegaria de la tarde	154	Una mosca es inteligente	188
Fieles pecados	156	Génesis de pronto	188
De un padre a su hijo	156	Un diminuto insecto estudia el mundo	189
Buenas noches, mundo	157	En seguida ha de llover	189
Cantos	158	Una gorra	190
Plegaria	159	Una mosca aeroplano	190
El regocijo de la palabra en ídish	160	Viajar en tren	191
Vamos	160	Melej Ravich	
Felices fiestas	161	Una poesía sin nombre	193
Malke Jeifetz Tuzman		Cuando mujeres embarazadas lloran de noche	194
Viudez	163	De buen talante un canto así	195
En los azules estanques de tus ojos	164	Un instante	195
Calla	164	Zishe Wainper	
Hasta qué altura	164	Idish	197
Para amigos de duelo por una madre anciana	165	Moishe Dovid Guiser	
Moishe Kulbak		¡Capitán, capitán!	199
<i>Vi palabras</i>	167	Efroim Oierbaj	
<i>Una extensión de nieve</i>	167	El gran pájaro	201
Un baile	168	Repleto de amenazas	201
Péretz Markish		En el Monte Nebó	202
Me despido de tí	169	A. Almi	
Torre Eiffel	170	Remiendo amarillo	203
Afuera	171	Iankev Shternberg	
¡Cielo y tierra!	171	En un piso sobrevolado	205
Ruinas	172	Mi madre	205
Kadie Molodovski		Yo no busco	206
Somos ahora como dos palomas grises	173	Yazgo y corrijo	206
Dos camas	174	Arn Kushnirov	
Poetas acudirán volando a tu alma	174	<i>No he de colgar mi arpa</i>	207
Uri Tzvi Grinberg		Leib Kvitko	
El reino de la cruz	175	El árbol	209
Mefisto		Moishe Broderzon	
<i>Ya no creen en Dios</i>	176	A las estrellas	211
<i>De quién habrá de aprender a olvidar</i>	177	Zishe Landau	
<i>Vida mía, que con mis años</i>	178	Un lejano llamado	213
<i>Cuanto más desciendo</i>	178	Afuera ladran perros	213
<i>Y sucede que alguna vez</i>	179	Espinas	213
<i>Una medianoche</i>	180	Oh, cuántos olores	214
<i>Sobre el nirvana</i>	181	Dovid Hofshstein	
Isroel Shtern		Atardeceres de invierno	215
Manicomios cantan	183	Noche	216
Atardeceres	184	Orquesta	216
		Origen	217
		Fraternidad	218
		H. Leivik	
		En el fuego	219

Mi plegaria	220	La plegaria de un lumpen	249
Anoche oí	220	Moishe Nadir	
Luz	221	Tierra	251
La noche está oscura	221	Un deshollinador	252
Tal como soy	222	Zusman Segalovich	
Cantos míos	223	Una nave	253
Yo debí	223	Como escritura jeroglífica	253
El turno llegará	224	El mecenas	254
La gente debió haber venido	225	Mani Leib	
Por qué merezco yo	225	Espejos muertos	255
Sobre tu tierra, Jerusalem	226	La noche	255
Sobre las espaldas del Monte Carmelo	227	Extraños	255
Y cuando preguntes	228	Me gustan	256
Carcelero	228	Versos	256
El camastro es corto	229	Eliezer Shteinbarg	
Toco la puerta de mi padre	229	El gato y el salchichón	257
Hoy vi a mi madre	229	Avrom Reizen	
No digo	230	Voces	259
Una simple plegaria	231	Una familia de ocho	259
A América	233	Campanas de iglesia	260
Itzjok Katzenelson		Iehoiosh	
Canto del hambre	237	El profeta	261
Canto del frío	238	Atado	261
Moishe Leib Halpern		Arboles	262
Mi inquietud de lobo	239	Miniatura	262
Extrañeza entre nosotros	240	De las cenizas	262
Noche	240	Moris Rozenfeld	
Porque sí	241	Héroes	263
¿Quién es aquél?	241	Crisis	264
Yo y tú	242	Itzjok Leibush Péretz	
Cómo ahuyentarlos	242	No creas	267
<i>Cuando yo esté muerto</i>	243	Canciones folklóricas	
Giba tú	243	La vieja pregunta	269
El pájaro Mertzifint	244	Sobre la buhardilla duerme el techo	269
El último canto	244	El ayer ya no existe	270
Memento mori	245	¿Cómo vive el rey?	270
Este es nuestro destino	245	Un jazán para el sábado	271
Eibi Kirli, el héroe de guerra	246	Notas	272
Una noche	247	Guía de datos biográficos	275
Desfile 1920	248	Bibliografía elegida	279
Añora tu casa natal	249	Índice de autores	283
La última	249	Índice general	284

Titulamos
EL RESPLANDOR DE LA PALABRA JUDÍA
a esta *Antología de la Poesía ídich del siglo XX*
—la única existente en lengua española—
porque a lo largo de esta obra
los poetas contemporáneos de lengua ídich
dan expresión al alma judía
conmovida por el amor, la belleza,
la condición humana, la vida y la muerte,
es decir la experiencia de ese pueblo,
intensa, actual, riquísima,
una y múltiple, viva y vital.